

EL COJO ILUSTRADO

AÑO V

15 DE ABRIL DE 1896

N.º 104

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA

LECCION DE ESCRITURA

(POR E. LEGOUVÉ)

—Abuelo, ¿por qué escribes tan mal?
Con esa pregunta me saludó una mañana mi nietecita.

—¡Cómo! señorita. ¿Qué por qué escribo mal? ¿Y quién le ha dicho á usted que escribo mal?

—Pues . . . mamá, papá, mis hermanos, tus amigos, mi madrina, mi . . .

—Basta, basta. ¿Y qué es lo que dicen de mi modo de escribir? Tenga la bondad de referírmelo.

—Mamá dice que no le pones los puntos á las *ies*. M. Henri asegura que tú mismo no entiendes lo que escribes, y que tus letras parecen gero . . . gero . . .

—Geroglíficos. Ajá! Conque de ese modo me tratan. Vamos á ver, señorita! Tú escribes muy bien, ¿no es cierto?

—Acabo de ganar un premio de escritura. —Bueno! Siéntate allí, delante de esa mesa; coge una pluma y una hoja de papel. ¿Ya? Bien. Voy á sentarme en frente, tomo también mi papel y mi pluma, y vamos á componer.

—¿Vamos á hacer una plana?

—Sí.

—¡Bravo! ¡bravo! Y si gano ¿qué me das?

—Todo lo que quieras.

—¡Una linda muñeca! ó no, no, una cunita con su cortina . . . ó mejor . . .

—¡Espera! ¡espera! Es preciso ganar primero.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes? ¡Pues manos á la obra!

Y ya estamos los dos inclinados sobre el papel, copiando un modelo de seis ú ocho líneas, con las facciones contrafadas, y poniendo toda nuestra atención.

Terminado el trabajo, le dije á la niña:

—Llévale á tu maestra de francés las dos planas, y pregúntale cuál está mejor escrita.

Se va corriendo la niña, y regresa muy afligida.

—¿Qué hay?

—Dice la maestra que tu plana es la mejor.

—¡Ajá! le respondí con acento de triunfo.

—Y entonces, abuelo, ¿por qué no escribes siempre así?

—Oye, hijita: no se escribe solamente con

de forma correcta. ¿Por qué? me dirás. Porque en esa época habría considerado las palabras mal trazadas y las letras ilegibles como errores gramaticales ó de estilo, y sólo por no estar bien escrito, me habría parecido malo cualquier trabajo mío. La emulación, el

deseo de conservar el primer puésto, la severidad de las reglas me contenían la mano y dominaban mi viveza; pero cuando los años me hicieron dueño de mis acciones, no teniendo ya nadie detrás de mí que me obligara á escribir bien y me castigara, mis torpes dedos trazaron las letras á su antojo; y más tarde, cuando se me ocurrió componer para el teatro, oh! entonces entró á figurar la imaginación, y pasó á la mano la impaciencia de mi espíritu. ¿No te acuerdas de aquel día de primavera? . . .

—¡Ah! sí. Bien lo recuerdo: un día en que le diste á mamá una escena para que la copiara, y ella se echó á reír á carcajadas. Era una multitud de punticos, dibujitos, zig-zags . . . de todo, menos palabras. . . sobre todo ya para el final no se veía más que una! . . .

—No había escrito con los dedos, hija, sino con la cabeza, y eso mismo me sucede todos los días, hasta para una simple carta. Las dos primeras líneas se pueden leer siempre, pero á la tercera empieza el trotecito . . . y después la desbandada.

—Pero, abuelito, por qué no te corriges?

—No es posible!

—Aplicáte; mamá me dice cada vez que hago mal alguna cosa: "Señorita, usted tiene la culpa porque no se aplica."

—Ya no es tiempo de aplicarme; estoy muy viejo, y la costumbre de escribir ligero y mal se ha hecho en mí enfermedad incurable. Escribe bien tú, hijita! escribe bien!

Una bonita letra en la mujer es lo mismo que un bonito vestido, que una fisonomía agradable, que una dulce voz; se siente uno predispuesto en su favor é inclinado á pensar bien de ella. Procura escribir bien, hijita! ¡No imites á tu abuelo!



UNA PREGUNTA. — Dibujo de E. Ihöni

los dedos, sino también con los ojos, y después con la edad, con la salud, con el carácter, con la imaginación . . . ¿Que por qué he escrito bien esas ocho líneas?

En primer lugar, porque no eran más que ocho, luego porque toda mi atención estaba concentrada en esa página. Cuando yo tenía tu edad, mi letra, si no muy elegante, era



ALIRIO DÍAZ GUERRA



A literatura venezolana debe al hijo de Colombia,

señor Alirio Díaz Guerra, brillantes notas de ingenio y preciados testimonios de confraternidad. Ha cantado nuestras glorias, ha sonreído á nuestras dichas y ha llorado con nuestras penas. EL COJO ILUSTRADO lleva más de una dorada página de este joven

poeta y atildado escritor. Grabemos su nombre, que es justicia de Venezuela y reconocimiento nuestro.

Desde la infancia fue Díaz Guerra consagrado á las letras en su patria nativa, y después de 14 años de constantes estudios alcanzó título de médico. Las circunstancias políticas de Colombia, atraían al estado de los negocios las inteligencias escogidas, y Díaz Guerra excitado por la fe, tomó parte en las discusiones ardorosas de la prensa, y últimamente en la lucha armada á que aquellas dan casi siempre ocasión en nuestros pueblos. Vencido en los combates, abandonó la patria y emprendió el escabroso camino del destierro con rumbo á Venezuela. Vino pues á nosotros sin más caudal que su fe, su honor y su talento. La modestia es siempre una virtud, pero pocas veces un medio; de modo que las dotes del proscrito suelen vivir empañadas ante el vulgo de las gentes. Sin embargo Alirio brilló á poco: tenía la pluma del poeta que como el águila recorre las cumbres, tenía las convicciones que fortifican los espíritus y levantan los caracteres, tenía en fin el estímulo, que como la palanca de Arquímedes sólo necesita un punto de apoyo para remover el mundo. A pesar de todo, no es empresa fácil surgir de la multitud y merecer aplausos y coronas en vez de indiferencia. Este triunfo es de Díaz Guerra. ¿Qué mucho si nosotros agregamos una hoja más á los laureles tan legítimamente conquistados?

En un esbozo biográfico escrito por Vargas Vila, en ese gráfico lenguaje que sólo él posee, se dice: "Como poeta y como patriota, Díaz Guerra es un ejemplo. Bardo proscrito, representa la dignidad de la patria poesía en clima extraño. El honor nacional le debe gratitud." Y esta es la opinión de un hombre de talento y compatriota suyo.

Asentada su reputación como poeta y escritor disertó, viósele brillar en la cátedra, obtener premios en los certámenes literarios, lucir en la prensa, desempeñar destinos delicados con singular acierto y merecer en público y en pri-

vado todas las caricias que una sociedad culta puede ofrecer á la virtud probada y al talento descolante.

Ultimamente, como coronación de la fecunda obra, unió su suerte á una distinguida señorita de Caracas y formó hogar feliz, armónico y elegante. Niños bajaron del cielo como ángeles y esparcieron bajo el sagrado techo el perfume del amor que no se inventa, ni se calcula, ni se analiza, sino que se recibe como el dón más preciado de lo Alto; amor ante el cual palpita el corazón y sonríe el alma, al par que se inclina la frente agradecida.

Correspondió Díaz Guerra á tanto afecto con igual sentimiento, y en pocos años pudo su corazón *venezolanizarse* por decirlo así; pues si la memoria de la patria nativa palpaba viva é imperiosa en su espíritu, los vínculos contraídos en Venezuela llamábanle á las fruiciones íntimas en el variado panorama social y político de la nueva Patria.

Por lo que hace á la sociedad caraqueña, borrado quedó del recuerdo el origen gentilicio de Díaz Guerra. A Dios gracias, pocos son los pechos venezolanos en que se anida la triste preocupación de la diferencia de nacionalidades, mucho menos si se trata de los hijos de aquellos Estados que compusieron la antigua Colombia, sol esplendoroso que iluminó é ilumina aún los vastos ámbitos de la América hispana; porque la lira que canta aquellas proezas canta las nuestras y porque todos los nobles ideales que le inspiran son nuestros ideales.

Hoy habita el poeta las márgenes del Hudson y sueña con sus dos patrias, la del Magdalena y la del Orinoco. Cante ó lllore, la paz de la conciencia le acompañará y el amor conyugal sembrará de flores sus pasos.

No ha mucho que sus *Revistas*, publicadas en diversos diarios, comenzaron á ser conocidas y ya han cautivado la atención de los inteligentes. Y cuenta que esta obra, mezcla de lo superficial y lo profundo, de lo útil y de lo dulce, de lo ligero y de lo serio, ha detenido el vuelo de muchas plumas. Pronto llegará el día en que la *Revista* ocupe uno de los primeros puestos en la literatura. Por lo que toca á Díaz Guerra, justo es decir que escribe las suyas con pluma de marfil.

¡Y quién lo creyera! esta alma que se deleita en la belleza de la naturaleza y asciende como los vapores de la tarde á colgar pabellones de gasa ante la escarlata del sol poniente, tiene el temple acérrimo de la espada de Toledo y hace frente con la serenidad del filósofo y la bravura del soldado á la adversidad de la suerte y á la ferocidad de las pasiones humanas. En el terreno de la política le encontraron los hombres armados de punta en blanco, firme, intransigente, y después más orgulloso de su derrota que lo hubiera estado de un triunfo en que la causa de sus convicciones apareciera sin los quilates que al fundirse se hallaban en el crisol. Así probó ser en sus lares, según el testimonio de sus conmitones; mas aquí, en atmósfera sonrosada ¿qué debía ser él? espíritu dúctil, corazón sensible, alma desleída en ondas como arroyos que cruzan el florido valle. Corran así sus horas y delétese su espíritu en las grandes verdades, para la fama de su nombre y la gloria de su patria.

LEÓN LAMEDA.

PAISAJE

DEL LIBRO "TROPICALES"

De pericos la banda vocinglera
en el maizal el Labrador espanta
y la luz que los montes abrianta
en las mazorcas de oro reverbera,

Se columpia y susurra la palmera,
la onda azul en su lenguaje canta
y esponjado el vellón de la garganta
va pescando la garza en la ribera.

Resuena el estridor de la algarada
que entona jugueteando en la espesura
de las aves silvestres la parvada,

y la tierra se agita alborozada:
hay en su estremecimiento la ternura
de un ensueño de virgen desposada!

SAMUEL DARÍO MALDONADO.

1895.



LA MUERTE DE PAN

—
Á DON JULIO CALCAÑO

Poetas! Con fragantes tuberosas
La mustia sien ornemos!
La acorde lira en que Tirteo un día
Cantó, viril, la libertad de un pueblo,
Hoy muda yace en el obscuro olvido
Sobre las ruinas del altar heleno . . .

¿Qué mano audaz recogerá esa lira
Y con seguro plectro,
Arrancará á sus cuerdas vibradoras
Un gemido, un lamento,
Cuando á la musa del dolor pidamos
Una elegía por los dioses muertos? . . .

Mirad! Ya se agostaron los rosales
Con cuyas flores el cantor de Teos,
Engalanó sus sienes cuando ufano
Cantó el prestigio triunfador de Eros.

La zumbadora abeja ya no ronda
Los lirios del Himeto,
Ni el Cefiso confía en sus remansos
A la núbil ondina sus misterios;
Ya no danzan los sátiros en torno
Del asno de Sileno,
Ni las hermosas ménades, airadas,
Con la flotante cabellera al viento,
A la rojiza luz de las antorchas
Simulan las deidades del Averno . . .

Ya la sibila con su voz vibrante
No responde á los ruegos!
Arcadia ya no existe! En vano entona
Su canto plañidero
La pastoril zampoña que otros días
Cantó de Ceres el fecundo imperio.

En vano evoca el corazón los manes
De los invictos adalides griegos;
En vano intenta del oculto enigma
Penetrar hasta el seno,
E interrogando á las vencidas razas
Del mundo antiguo levantar el velo. . .
En vano! En vano! El misterioso Olimpo
Continúa en silencio! . . .

Era una fría tarde en que el otoño
Sus últimos aromas daba al viento,
Y alfombraba con hojas amarillas
Los bosques del Taigeto.

A la sombra de un roble centenario
Yacía Pan enfermo:
Sobre su frente pálida aun lucía
La corona de pámpanos ya secos
Que para adorno de su sien, las ninfas
En la ruidosa bacanal tejieron.

Abandonada sobre el césped, muda,
—Como la imagen del extinto ensueño—
La dulce flauta que pobló las frondas
De arrullos y de arpeggios,
Y oyera Apolo con el alma henchida
De cólera y de celos!

En torno suyo, silenciosos faunos
Contemplaban su rostro macilento,
Con la agonía del que aguarda, surja
De amantes labios el adiós postrero!

La noche descendía. Entre el ramaje
Mecido por el viento,
Se oyó trinar un pájaro errabundo
Y á su canto fatídico, gimieron
Las selváticas dríadas transidas
De inexplicable miedo . . .

—¿Tembláis?—les dice Pan : llegó la hora
Y el paganismo ha muerto!
Ya no hieren los rayos vengadores
De Júpiter soberbio ;
Ya al impulso de un dios desconocido
Se derrumba el oráculo, y del templo
Se apaga ya bajo invisible soplo
Sobre el altar el fuego,
Y huyen despavoridas las vestales,
Y alborozados los ingratos pueblos
Columbran, ay! la suspirada aurora
De un ideal supremo! . . .
¡Se ha cumplido tu horrenda profecía!
¡Has vencido á los dioses, Prometeo!

Calló su voz, más al mirar, temblando,
Que el exánime dios rodaba al suelo ;
Que al bosque las sombras de la noche
Daban un tinte pavoroso y negro,
Ninfas, silvanos, sátiros y ondinas
—¡Se van, se van los dioses!—prorrumpieron ;
Y desde el fondo de la selva oscura
Tristísimo clamor subió hasta el cielo,
Y en el éter azul quedó vibrando
Como un sollozo prolongado, inmenso!

GABRIEL E. MUÑOZ.



J. A. PEREZ CALVO

El joven poeta á quien dedicamos hoy estas líneas nació en Valencia, de familia honorable y recibió educación literaria bastante para desenvolver las dotes intelectuales con que plugo á la Providencia favorecerle.

Su padre el Dr. Carlos Pérez Calvo, filántropo y educacionista de primera magnitud y el distinguido sacerdote Dr. José Antonio Ponte, después Arzobispo de Caracas, fundaron en esta ciudad el célebre colegio de la *Ascensión*; y esta fue la fuente en que bebió el joven Calvo los rudimentos de la literatura y de la ciencia. Promovido el Dr. Ponte al Arzobispado, entró á sustituirlo el Dr. Ramón Montilla Troanes, también hombre de muchas y notables prendas. Pero desgraciadamente la muerte segó en pocos años tan interesantes vidas: se extinguió aquel hermoso plantel que al nacer fue asentado sobre bases de diamante: se disolvió aquella hermosa juventud que comenzaba á cruzar la primavera de la vida como retoños de laurel; y nuestro poeta lo perdió todo, padre y maestro. En la tumba duermen, no olvidados, estos ilustres hijos del saber: Pérez Calvo, Ponte y Montilla Troanes.

Por fortuna los principios morales en que había sido imbuido el joven Pérez Calvo, y los conocimientos adquiridos, bastaban para dirigir con rumbo cierto su inteligencia y conciencia hacia la meta en que brillan el nombre y el talento.

Y así sucedió que al correr del tiempo, trillando con firmeza este sendero y acercándose de continuo al foco de la prensa, resultase nuestro joven, poeta y escritor.

En prosa y verso sustenta con lucimiento la razón política, la verdad filosófica, los fueros del arte y los hermosos destinos que el entusiasmo de la nueva generación prepara á la belleza de la poesía.

Pérez Calvo ha escrito poco; pero sus producciones gustan, atraen y dejan en el ánimo del lector impresiones duraderas. Al reflexionar sobre esta abstinencia en quien



J. A. PÉREZ CALVO

dispone de amplias facultades para el cultivo del sublime arte, nos hemos explicado que él procede sin cálculo y nos conformamos con la creencia de que es más gustosa la fruta que se madura en el árbol.

La poesía de Pérez Calvo es espontánea y sencilla, no rebusca las metáforas, la palabra es propia, la frase clara, el sentimiento delicado como botón de nardo y la idea va siempre inspirada por el estro poético.

No ha mucho que *EL COJO ILUSTRADO* publicó su última composición titulada *Pentélica*, en que pueden observarse las dotes que acabamos de anotar.

Como ciudadano ha cumplido Pérez Calvo con los difíciles deberes que esta condición impone. Sirvió á la prensa como Redactor y Colaborador de varios periódicos, y llamado al desempeño de algunos destinos de honor y de confianza, entre ellos la Administración de las Salinas de Maracaibo, se distinguió por su pureza, severidad é inteligencia. Fue subsecretario del Estado de Carabobo y secretario privado de José Antonio Arvelo durante la Presidencia de este notable Magistrado. Siendo Barret de Nazaris Ministro de Guerra en comisión, escogió á Pérez Calvo para secretario privado; y más tarde sirvió también el mismo destino bajo la Presidencia de la República en el período del Dr. Andueza Palacio.

Ha colaborado en publicaciones literarias é ilustradas de Caracas, y sus artículos han sido recibidos con aplauso. Si Pérez Calvo se pagara de la fama, se le hallaría provisto de suficientes títulos para ser por ella cortejado.

Mejor vive así. No siguen las aclamaciones á la modestia; pero sí el aprecio íntimo, concienzudo y sereno de la gente sentada. Y si el escritor por sus prendas morales se ha hecho digno de la estimación pública, como sucede con Pérez Calvo, goza de los favores de la fama sin sus inconvenientes.

Siga el escritor su camino y continúe honrando su bella patria nativa y su honorable apellido.

GITANA

Á ABELARDO GORROCHOTEGUI

Agreste, voluptuosa, exuberante, como flor que revienta en la montaña; querida de los Faunos misteriosos; inseparable amiga de las Driadas.

Inconstante, como una mariposa del aire y de la luz enamorada, vive como los pájaros, cantando, libre y feliz, la nómada Gitana.

El manto de su negra cabellera cubre y protege su desnuda espalda, y palpita su seno bajo el dombo de cuentas de colores y medallas.

Apenas á besar su pantorrilla, baja la suelta, caprichosa falda; y al compás de la alegre pandereta su diminuto pie fácil resbala.

Con agádicas fórmulas presume conocer el secreto de la cábala, y la sonriente augur de la ventura no sabe nunca donde irá mañana.

Quizá levante su movible tienda de algún villorrio en la desierta plaza, ó allá en la feria alegre y bulliciosa, su gracia exhiba en numerosa danza.

Los gnomos muchas veces la sorprenden casi desnuda, sola y confiada, al amparo del Genio de las Selvas, dormida bajo toldo de esmeraldas.

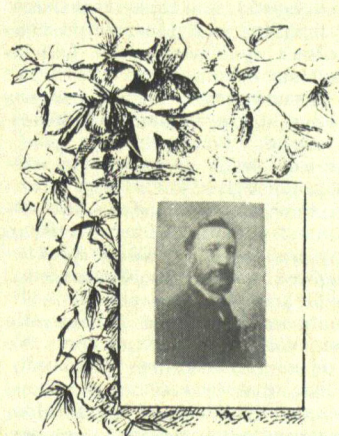
Y cuando al nuevo sol abre los ojos, bajo el negro capuz de sus pestañas se asoma el alma de la virgen nómada, ingenua, ardiente, soñadora y cándida.

No teme á la intemperie. Sus encantos los modeló bajo las frondas Diana; y al mirarse en las aguas del Eridano sabe que es bella, y su belleza canta.

J. A. PEREZ CALVO.

ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA



El señor Felíu y Codina es, de algún tiempo á esta parte, quizás el único de nuestros escritores dramáticos cuyas producciones obtienen éxitos espontáneos. No pertenece, en verdad, al número de los que

más renombre tienen entre nosotros; pero no se entienda por esto que su reputación de dramaturgo no esté, hace tiempo, bien cimentada entre los críticos que no reducen el valor del movimiento literario de España á lo que en Madrid se escribe. Felíu y Codina, hace años que figura entre los más inteligentes sostenedores del teatro regional en Barcelona, donde este teatro tiene su más importante y, puede añadirse, única representación. Vino nuestro escritor á Madrid hace pocos años, y quiso probar, y lo consiguió en seguida, que sus facultades se adaptaban también á las exigencias del teatro castellano. Después de algunos ensayos de resultado indeciso, presentó su *Dolores*, que lo tuvo bueno y hasta brillante, y luégo *Miel de Alcarria*, que

no le hizo retroceder en el favor del público. Ahora, ha dado á la escena *María del Carmen*, comedia que representa un verdadero triunfo, por nadie discutido, el éxito más franco de los obtenidos en todos los estrenos efectuados en Madrid en la presente temporada cómica.

Tiene el autor de que hablo, á buscar los argumentos de sus obras en asuntos basados en la observación de las costumbres y del carácter regional. Así puede decirse que la *Dolores* es la representación de la índole peculiar de la región aragonesa; *Miel de Alcarria*, de la de Castilla, y en *María del Carmen*, expone ahora admirablemente el tipo dominante en los habitantes de la hermosa región murciana. Es la suya, bajo este concepto, tarea muy laboriosa y que requiere facultades especialísimas en quien la emprende: además de tener que sujetarse á las exigencias del arte dramático, cada día más difíciles de satisfacer, precisa un estudio muy detenido de las condiciones étnicas de la región ó comarca en que imagina y desarrolla el argumento llevado al teatro.

En las comedias del señor Feliú y Codina, no se busque la tesis: no la hay, ni él ha procurado que la haya. Se trata únicamente de describir costumbres de actualidad, y para ello escoge un argumento sencillo, encarnado en gente del pueblo ó de la clase media, y lo desarrolla por medio de sentimientos y pasiones puramente humanos, con expresión sencilla y natural como habla el pueblo. En esto, en saber huír del conceptismo retórico, sin caer en la vulgaridad, estriba principalmente el mérito de las producciones de nuestro autor.

Pero los argumentos de sus obras, con ser aparentemente sencillos, tienen casi siempre un fondo muy meditado y, en cierto modo, trascendente. En *María del Carmen* hay un personaje, Javier, que por sí solo es un drama, porque representa un estado moral, una lucha entre dos pasiones á cual más poderosas en los hijos del mediodía de España: el amor y la venganza; llama ardorosa que en la ficción de que hablo, se apaga súbitamente ante la convicción de que la enfermedad mortal que mina la existencia de aquel hombre, va á tener un próximo desenlace. ¿Para qué sirven las ficticias energías del alma cuando decae el cuerpo? Es aquello la naturaleza imponiendo sus fueros soberanos á las exaltaciones del espíritu.

Quizás por esto se ha dicho que la nueva obra del señor Feliú y Codina, es una comedia que tiene en su fondo mucho de drama, y aun entre nuestros buenos críticos de artes, hay quien ve en *María del Carmen* una vigorosa comedia melodramática. Nótase en ella arte exquisito pero bien disimulado, tanto en la marcha y desarrollo del argumento como en la expresión. No hay finales de acto rebuscados para producir efecto. Este aparece suavemente en casi todas las escenas. En cuanto á la expresión, hay en esta comedia una novedad: los personajes hablan el castellano con los giros y modismos especiales con que lo hacen las personas faltas de ilustración. Pereda, en sus últimas novelas, ha introducido esta costumbre, pero Pereda subraya las palabras: el señor Feliú y Codina, no. Hasta hace poco sólo habíamos visto esto en sainetes de carácter eminentemente popular. El señor Dicenta empezó á hacerlo en su último drama: *Juan José*, y el señor Feliú y Codina le ha seguido ó ha coincidido con él en *María del Carmen*. Esta nueva manifestación del realismo en el arte, no sé hasta qué punto puede contribuir á fijar, limpiar y dar esplendor al idioma castellano.

La correlación de ideas al mentar el lema de nuestra Academia Española de la

lengua, me lleva á pensar que el reciente fallecimiento de uno de los socios de número de aquella docta Corporación, el ingenioso escritor D. José Castro y Serrano, ha producido una vacante en la misma, vacante que ya se disputan varios señores cuyos méritos no niego, pero que no obtienen, para este caso concreto, la sanción general. La persona más indicada para el cargo vacante entre cuantos se ocupan en este asunto, es don Francisco Pi y Margall, el único de nuestros grandes escritores contemporáneos que no tiene asiento en la Academia. Pero el señor Pi y Margall, que reuniría probablemente el voto unánime de los académicos, se niega á suscribir la solitud que por disposición reglamentaria han de presentar los aspirantes, y esta negatva equivale á decir que no quiere sentarse entre nuestros *inmortales*. El señor Pi no pertenece á ninguna de nuestras Academias, cuando le sobra aptitud para pertenecer á todas ellas. Descartada la candidatura del ilustre autor de *Las Nacionalidades*, los aspirantes que hasta ahora ofrecen más probabilidades de éxito, son don Isidoro Fernández Flores y el presbítero señor Sbarbi. Patrocina al primero, buena parte de los periódicos políticos de Madrid; el señor Fernández Flores es un periodista de mucho mérito, ameno é insinuante, que describe con talento y profundidad de intención asuntos, al parecer ligeros, un *chroniqueur*, como dicen los franceses. El padre Sbarbi, cuya modestia le mantiene recluído en su hogar, es un literato que vale más que muchos otros que por allí bullen y se agitan. Es autor del *Refranero español* y de varias obras filológicas muy apreciadas por los doctos. Hasta ahora, todas las probabilidades de la elección aparecen en favor de este último candidato.

También hay vacante un puesto en la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Uno de los aspirantes, que ya puede decirse tiene asegurado el puesto, es don Jaime Cardona. Obispo de Sión ó, mejor se diría, de nuestro Real palacio, puesto que sólo en aquella casa ejerce funciones de prelado, debiendo por lo tanto considerarse puramente honorífico su cargo. Es buen orador y aficionado á tratar las cuestiones sociales, pero no abunda mucho en la materia. No es amigo de los jesuitas, y esto hace que ciertos elementos predominantes en la Academia de que hablo, le combatan furiosamente, diciendo que no ha escrito libro alguno relacionado con los estudios á que aquella se dedica, y que, en cuanto á sacerdote ilustrado, es la suya una fama usurpada, puesto que ni siquiera el Obispo de Sión es doctor en Teología.

Con motivo de la aparición de un libro del docto catedrático de lengua árabe en Granada, señor Simonet, en que se trata de la influencia del elemento indígena en la cultura de los moros del reino de Granada, don Juan Valera, en el último número de la acreditada Revista: *España Moderna*, ha publicado un precioso artículo, digno de ser reproducido por toda la prensa española y la hispano-americana, puesto que, aparte las galas de dición, propias del gran escritor, aparte también los vastos conocimientos que en la materia de que se trata revela, es el trabajo de que hablo, una elocuentísima defensa de la raza española en Europa y en América.

Opinión tan errónea como casi universalmente admitida, es que España, al realizar la reconquista de su territorio, desde el siglo VIII hasta el XV, se complació lastimosamente en destruir la civilización que los árabes nos habían traído. El señor Valera recuerda, á este propósito, á Draper, quien en su *Historia del desenvolvimiento intelectual de Europa*, en que tan mal habla

de España, dice que los españoles hemos empleado toda nuestra actividad, durante siglos, en destruir dos civilizaciones: la oriental y la occidental, es decir: la que nos trajeron los moros, y la que encontramos establecida en los pueblos de América. Gallardamente rebate el señor Valera esta aserción, como nadie lo ha hecho hasta ahora. Dice que hay mucho de fantástico en lo de la civilización hispano-árabe. Cierto que los árabes, antes del Islam, poseían cierta cultura de espíritu: sobresalían generalmente en la poesía. Hombres, á su manera civilizados, eran los árabes que conquistaron el Egipto. Pero los que vinieron á España en todas las invasiones, ya estaban mezclados con las hordas semi-salvajes del norte de Africa, las cuales estaban en gran mayoría entre los invasores. En sus gobiernos, de España, pocas veces ó nunca influyó el elemento genuinamente árabe sino el berebere ó el mauritano, es decir: el africano puro. No nos trajeron los moros civilización alguna: todo lo contrario, destruyeron, al principio, la que aquí encontraron; y, si aparecen luégo, en parte, civilizados, fue por haberse sometido, sintiendo los vencedores á la superior inteligencia de los vencidos. El mérito de los moros españoles, estriba en que, pasados los primeros estragos de la conquista, respetaron, con sus procedimientos de tolerancia, la civilización latina. Después de dos ó tres generaciones, confundióse el elemento español con el africano, sobre todo en las comarcas del centro y mediodía, sometidas definitivamente á los invasores, y entonces empezó á aparecer la civilización hispano-musulímica.

La cultura de que tanto y con no poca exageración se habla, era española-mahometana, y no fue nunca superior á la que hubo en España durante la época romana y aún en la goda. Son admirables las observaciones que hace el señor Valera acerca de lo poco que, en realidad, en cuanto á civilización nos trajeron los moros; una parte de la que se les atribuye, en el florecimiento de la agricultura lo teníamos ya; otra parte, se hizo después de la reconquista. Como dice muy bien el señor Valera, es un desatino sostener que en artes y en letras los moros importaron nada en nuestro país. En artes, no hay que hablar: sólo en arquitectura hicieron algo: en pintura y escultura, aunque á veces faltando á los preceptos de su religión, pintaron y esculpieron figuras humanas, el trabajo resulta grosero y rudo. En literatura no pasaron del cultivo de la poesía épica y narrativa, y aun en esto no llegaron á donde, en plena Edad Media, llegaron los poetas castellanos, catalanes y portugueses, inspirados en la tradición latina y cristiana. En ciencias, sobre todo en medicina, si tuvieron sabios no los trajeron del Africa: nacieron en España. Por consiguiente, observa el señor Valera, lejos de atentar los cristianos españoles contra la ciencia mucha ó poca de sus compatriotas musulines, lejos de destruir aquí la civilización oriental, como con mala fe, ligereza ó supina ignorancia supone Draper, la fomentaron y aun la difundieron por Europa.

Pero el escritor norte-americano ha dicho también que España destruyó la civilización occidental, la que había en América en los tiempos de la conquista; civilización que Draper supone ser superior á la española del siglo XV. En este punto, hay que leer á Valera. En un arranque de naturalísimo desenfado, exclama: "¿Qué diantre de civilización había en América antes de su descubrimiento? Por casi todas partes era completo el salvajismo. Menos en el Perú, no creo que en región alguna hubiese animales domésticos. Había en varias tribus conocimientos elementales de agricultura, pero en



LAS LAVANDERAS—Cuadro de Tomás Muñoz Lucena

las demás, se vivía de la pesca y de la caza, ó los hombres se comían unos á otros. Los sacrificios humanos exigían millares de víctimas. El perpetuo estado de guerra y los vicios nefandos, destruían la población é impedían su aumento. En Méjico, que era el imperio más civilizado, no habían descubierto aún que con un líquido combustible y con una torcida se podían alumbrar de noche, y la pasaban á oscuras por falta de candiles. Los geroglíficos en embrión, de Aztecas, Yucatecos y otros pueblos del centro de América (aun dando por supuesto que los más significativos y mejor pintados no son posteriores á la venida de la gente española y no son obra de indios industrializados y medio civilizados ya por nosotros), á más de ser casi ininteligibles, dejan entrever una cultura harto inferior á la de los antiguos imperios del centro de Asia, más de mil años antes de Cristo. Si algo hubo de más valor en la antigua civilización americana, había decaído y se había corrompido ó degradado antes de llegar los españoles. Poco ó nada tuvimos que destruir nosotros que no fuera perverso y abominable. En cambio llevamos á América nuestra propia cultura europea y cristiana, y llevamos el café, la caña de azúcar, el caballo, la vaca, el carnero, el trigo, las frutas exquisitas de Europa y de Asia, y otras mil cosas excelentes que por allí no había."

Defiende luego á España de las acusaciones que se lanzan contra los aventureros conquistadores, y dice, con razón, que las demasías cometidas son las mismas de todas las conquistas, y sobre todo, hijas del tiempo. Si hubiesen sido aventureros ingleses, franceses ó alemanes los que España envió á América, habría sucedido lo mismo, ó peor. ¿Fueron acaso mansos y amorosos con los indios los alemanes á quienes el emperador Carlos V concedió que se estableciesen en las hoy repúblicas de Venezuela y Colombia? Notables son las reflexiones que

aduce á este propósito, no por nuevas, porque ya se ha dicho todo, sino por la llaneza persuasiva con que están expuestas. Y como inspirándose en las tremendas acusaciones de Draper, y con motivo de la insurrección de Cuba, se ha puesto en moda en los Estados Unidos del Norte de América, vilipendiar á España, el señor Valera, dedica gran parte del artículo á que me refiero á contestar á otro que en *The Sónnet* ha publicado un señor Clarence King, y aquí es donde derrocha, puede decirse, nuestro gran escritor, las facultades intelectuales que le distinguen.

El fenómeno sideral que ocurrió en España el día diez del corriente mes, ó sea el formidable estampido que, precedido de una deslumbrante luz, en la mañana de aquel día se produjo sobre Madrid, ha sido objeto de muchas disertaciones en nuestros periódicos y de una conferencia dada en el Ateneo por el sabio profesor de ciencias exactas, señor Carracido. También ha servido de tema á otra disertación oral en el Círculo católico integrista, hecha por don Antonio Llardent, persona muy versada, según he oído decir, en estudios astronómicos.

El señor Carracido, dando por seguro que el fenómeno fue producido por la caída de un bólido que estalló al entrar en la atmósfera de nuestro planeta,—cosa que no está bien demostrada por más que se haya en ello generalmente convenido,—se extendió en luminosas consideraciones acerca la constitución química de esos meteoritos y de las causas probables de que unos estallen y otros no; pero no ahondó en averiguaciones acerca su procedencia, ni expuso teorías que se apartaran de las ya conocidas. El otro conferenciante, señor Llardent, suponiendo así mismo que el fenómeno de que se trata fuese producido por un bólido, dice que no se tiene memoria de que la aparición de un meteoro de esta índole, en pleno día, haya en ningún tiempo, ni en parte alguna, producido una

luz tan viva como la que en aquel momento se vio en Madrid, pues llegó á sobreponerse á la del sol, brillando este astro con todo su esplendor en una atmósfera pura y serena. Dijo además que no existe explicación satisfactoria, respecto á la causa de la tremenda detonación. Acaso puede atribuirse á la precipitación brusca é instantánea del aire en el vacío tubular que deja tras sí en una extensión de algunos kilómetros el aerolito; pero esto podría suponerse si la detonación en vez de ser, como fue, un estampido seco, como de un cañonazo, hubiese sido continuado aunque en intensidad decreciente como el sonido de una campana. Dijo también que el bólido, después de entrar en nuestra atmósfera, pudo haberse salido de ella para continuar su marcha á través de los espacios sin fin, y fijó las condiciones de dirección y velocidad necesarias para que aquellos pudieran realizarse. Terminó diciendo llanamente lo mismo que, cuantos se han ocupado en este asunto, lo han hecho con circunloquios y rodeos: "que nadie sabe lo que es un bólido y que lo que se ha hecho hasta ahora, es presentar razones que destruyen algunas de las hipótesis muy plausibles para explicar el fenómeno, y que hacen muy poco probables algunas que han estado y están todavía en boga."

El ingeniero-poeta, señor Echegaray, ya al siguiente día del magno suceso, publicó en uno de nuestros periódicos de más circulación, un artículo acerca este asunto: es un trabajo muy hermoso en que las verdades de la ciencia experimental y las vaguedades de la fantasía, se dan la mano; pero tampoco aporta nada nuevo á lo poco que acerca la naturaleza de estos fenómenos, se sabe, y menos tratándose del ocurrido en Madrid que, en su género, no tiene ejemplo en la Historia.

De todo lo dicho hasta ahora acerca del bólido, se desprende que no se sabe si realmente cayó—pues los pocos fragmentos encontrados hasta ahora son de muy dudosa



POR LA PATRIA! Cuadro de L. P. Sergent

autenticidad:—que tampoco se sabe si fue bólido, puesto que el fenómeno no presentó el aspecto común á los de esta clase, y que por no saber, ni siquiera se sabe si, de ser bólido, fue uno, ó fueron varios los aparecidos, puesto que en otros puntos de España en la misma hora próximamente que en Madrid, se vieron focos luminosos en el cielo, pero no hubo detonación.

No recuerdo que en Madrid haya aparecido en estos últimos días libro alguno que llame la atención pública, y para llenar el espacio destinado á la sección bibliográfica de mi crónica, habré de acudir á las obras escritas y editadas en Barcelona, algunas de las cuales tienen verdadera importancia. El catedrático de la facultad de Derecho de aquella Universidad, é ilustre jurisconsulto y aventajado escritor don Manuel Durán y Bas, ha tenido el buen acuerdo de recopilar en un libro sus trabajos sobre temas sociológicos, publicados estos últimos años en folletos y periódicos, expuestos, por lo tanto, á permanecer olvidados ó á perderse en el farrago que esta clase de impresos forman en nuestras bibliotecas.

Tarea larga y difícil sería dar cuenta, siquiera abreviada, de los interesantes temas que se dilucidan en esos escritos. El señor Durán y Bas es católico liberal, y, en política, figura en el partido conservador, y, dicho se está que al tratar la cuestión social, aparece contrario al criterio de las escuelas individualistas y muy inclinado á lo que se llama socialismo cristiano. Cree con Taparelli que el elemento ético ha de predominar en el criterio jurídico y social, porque sólo la Iglesia católica posee, afirma y enseña el verdadero concepto del hombre, de la sociedad, del Estado, del capital y del trabajo. Si hay quejas justas, la Iglesia las ampara; si hay odios que las enconan, la Iglesia las apacigua, y así reprobando la destrucción, inspirada por la demagogia, como estimula y aplaude las nuevas instituciones que reforman lo vicioso ó reemplazan lo caduco. Cree con *Le Play*, en su famosa obra: *La réforme sociale en France*, que hay que infiltrar el espíritu cristiano en el individuo, en la familia y en el Estado, y que es preciso que el rico

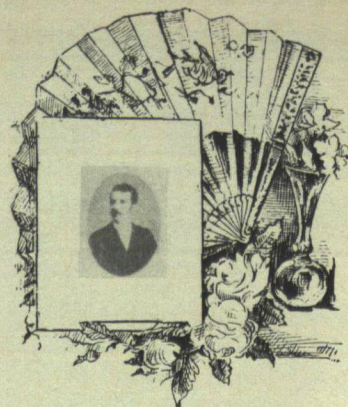
dé al pobre una parte igual á la que destina para sus goces materiales. Todo lo cual está muy puesto en razón, y sólo tiene en su contra una triste realidad: la consideración de que después de diez y ocho siglos de predicar esta excelente doctrina, la Iglesia aparece impotente para conjurar el mal, puesto que éste subsiste con más fuerza cada día.

Aferrado á su criterio puramente conservador de lo existente, aborda el señor Durán la ardua cuestión del derecho que de castigar al delincuente tiene la *sociedad*. Se encara contra los más célebres criminalistas modernos: Conte, Moleschot, Spencer, Litre, etc., singularmente contra la modernísima escuela antropológica: se revuelve contra las que llaman utopías que conspiran para derribar las instituciones seculares: definiendo la pena de muerte; no admite que el criminal sea, á menudo, producto de un estado morboso; pero, á fuer de leal, no deja de observar, con cierta tristeza que pudiera significar vacilación en sus convicciones en este punto, que el problema más difícil de la ley penal, consiste en la justa medida y proporción del delito que se comete con el castigo que se impone.

El señor Durán y Bas, muestra en todos los trabajos recopilados en este libro, una cultura extensísima, y un carácter entero para no ocultar lo que piensa. Son notables los párrafos que dedica á probar que la indiferencia en política y en religión, que constituye la característica de las clases directoras en nuestros tiempos, hace más daño á la sociedad y á la Iglesia que las predicaciones de los revolucionarios y de los impíos. Es un buen libro para el estudio de las cuestiones sociales que se agitan actualmente; pero que, como todos los de su clase, al terminar su lectura, dejan en el ánimo más optimista la duda acerca de la eficacia de los sistemas, y la convicción de que tanto esfuerzo generoso de sabios y legisladores, sólo sirve para fortificarnos en la idea de que el mundo moral y social, es como el físico: se forma y se destruye continua y eternamente.

J. GÜEL Y MERCADER.

Madrid—1896.



EL BRINDIS DEL VETERANO

Al redor de una mesa sentados
En el vasto salón de cantina,
Departiendo, cantando y riendo
Los amigos del vicio y la orgía;
Animados, los rostros con brillo
De siniestra expresión de perfidia,
Blasfemando de todo lo santo,
Maldiciendo la mísera vida;
Uno saca del fondo del alma
Todo el lodo y ponzoña que había,
Y en el limpio blasón de una honra
Con imbécil crueldad lo destila:
Otro rasga en girones que vuelan
En las alas de frase maligna,
De una casta doncella inocente
El cendal de pureza divina;
Aquel blande con gesto iracundo
El puñal de su lengua homicida,
Para hundirlo en el pecho indefenso
Del amigo que más le quería!
Levantaron las copas, y en alto
Las chocaron con voces y risas,
Y uno dijo—Yo brindo, señores,
Por la alegre embriaguez de la orgía!
—Pues yo apuro esta copa espumante
En honor de las diosas que brindan
En sus brazos amor y consuelos,
Y en sus besos pasiones lascivas!
—Yo . . . quisiera evocar algo nuevo
Al dejar esta copa vacía . . .
Pues el Diabolo será . . . ¡Camaradas!
¡A partir esta copa de cidra! . . .
Cuando en esto un anciano mendigo
A la mesa se acerca: traía
Blanca barba cubriéndole el pecho,
Melancólico el rostro y la vista.
Le saluda la turba insolente
Con aplausos y á una decían:
—¡Venga el viejo Marcial y que beba!
¡Que recuerde sus pícaros días! . . .
El buen viejo tomando convulso
Una copa que estaba vacía
Así dijo:—Yo brindo . . . yo brindo
Por la Patria que todos olvidan!
Por su honor que ninguno entre todos
Sabe alzar con acciones tan dignas
Como aquellas que nombre les dieran
A un *Ricarte*, á un *Cedeño* y á un *Ribas*! . . .
Yo he brindado después de *Ayacucho*,
He brindado después de *Pichincha*,
Celebrando las bellas jornadas
En que Patria nos dio el gran *Bolívar*!
¡No esperéis realizar grandes hechos
Juventud que el placer alemina,
Ni obliquéis al antiguo soldado
A libar en inmundas orgías
Donde el vino es impúdico vicio
Que los labios y el alma manciplan . . .
¡Con la copa de Sócrates brindo
Y es el vino las lágrimas mías!

(Valencia)

R. LINARES BERNAL

AMOR

Amor, hijo del cielo, eje del mundo;
Suprema luz que alumbra de la vida
La oscura senda, en tí mira y contempla
de Dios el sér el alma descreída.

Culto te rinde el Universo entero,
Sin tí se muere el corazón de pena;
Tú solo eres la gloria, y por tí sólo
Lo humano á lo divino se encadena.

(Barcelona).

EDUARDO L. MEDINA.



(TIPOS MARTINIQUEÑOS) VENDEDORA DE BANANOS



LA VIDA GRATIS

¡Parece mentira! Lo más importante que hay que hacer en este mundo es vivir, y, á pesar de eso, no hay en ninguna universidad del mundo una cátedra que se den lecciones de tan importante ciencia.

Los hombres aprenden cosas que yo considero secundarias, como á curar enfermos (que sanan ó no sanan), á construir puentes (que se hundan ó no se hundan), á defender pleitos (que se pierden ó se ganan); pero á vivir bien, y sobre todo á vivir gratis, no hay quien enseñe.

Sin embargo, en esa materia hay doctores, y doctores peritísimos, que no han salido de ninguna universidad, pero que merecían título, honores, y si no fuera por ofenderlos, diría que hasta merecen estatua.

La vida es corta esto es cosa sabida.

Pues bien, pasarse la vida trabajando es la mayor de las majaderías.

No hay tontería igual á la de

“ pasar de este mundo al otro
sin saber lo que es canela,”

como reza una copla andaluza que andaba en boga allá cuando yo iba á la escuela con melena y gorrita y calzón corto y cartapacio de badana.

Hay quien nace, crece, se desarrolla y trabaja, y cuando llega la suerte suprema se vá al otro barrio ignorando que hay trufas exquisitas, vino de Chateau-Iquen y mujeres guapas.

Hay otros que se van del mundo hartos de todas estas cosas y sin haber cogido en su vida una pluma, ni una lanceta, ni un compás, ni un código.

Claro está que el triunfo pertenece á estos últimos.

Pero bueno, ¿cómo se las componen?

¡Ah! Para eso está el ingenio, que es el quid de todas las cosas.

Hay quien hace versos á los doce años, y hay quien á esa misma edad ya fuma de gorra, como por invitación, tiene entrada franca en todos los teatros y hace el amor á la hija de un acaudalado banquero.

Para decir lo que siento debo declarar que esa clase de sujetos me son muy simpáticos. Yo los admiro como admiro á un gran músico, ó á un gran artista, ó á un gran torero. Generalmente nos inspiran admiración todos los que acometen empresas que no nos sentimos con fuerzas para acometer.

A uno de los doctores de esta ciencia novísima le conocí hará cosa de tres años, y desde entonces nos conservamos amistad y simpatía.

Diré como pasó.

Celebrábase un banquete con motivo de haber salido diputado un sujeto que no se lo merecía. ¡Las cosas claras!

El nuevo padre de la patria se las compuso de modo que pareciera que sus numerosos amigos le ofrecían un banquete.

A éste asistían personas de todas clases y condiciones, políticos desocupados, artistas de los que gustan que su nombre ruede por los periódicos, oradores de sobremesa de esos que en cuanto destapan el champagne sienten invencible comezón de hablar, y periodistas.

Yo iba representando no sé qué periódico.

Había mucha gente. Busqué un sitio, el menos visible, me senté, comí y callé.

Frente á mí se colocó un sujeto muy simpático, afeitadito, pulcro, estirado, bien vestido, del que recibí algunas muestras

de simpatía. Parecía que el hombre había ido allí para agasajarme. A cada paso me decía:

—¿Una aceitunita? ¿Una rajita de salchichón? ¿Más vino? ¿Un mondadientes? ¿Quiere usted repetir? ¿Le gustan á usted estos *Bechamel*? etc., etc.

Yo todo lo aceptaba, á todo correspondía, y la simpatía entre nosotros crecía á medida que las botellas de vino se vaciaban. (¡Ah! El vino es el lazo de unión de los hombres, de las familias, de los pueblos y de las razas.)

Pasó el champagne, llegó el café y el cognac y el cigarro puro, y se levantó el más impaciente y gritó:

—¡Señores!

Todos nos impusimos unos á otros silencio, y aquel orador de *menú* habló cuanto quiso, y le aplaudieron con verdadero frenesí.

Mi vecino de enfrente, que no tenía ya nada con que brindarme, me dijo como quien ofrece un dulce:

—¿Le gusta á usted?

—¡Psh, no está mal!

Luégo habló otro, con aplauso por supuesto; después peroró otro y otro y otro, y al final de cada uno me decía mi vecino:

—¿Y éste le ha gustado á usted?

Luégo habló por fin del diputado electo, y mi compañero de mesa me preguntó:

—¡Ah! ¿Con que es este el padre de la patria?

—El mismo, ¿no le conocía usted?

—No, es la primera vez que le veo.

—¡Ah, vamos! Entonces es usted, como yo periodista!

—¡Quiá, no señor!

—¿Pintor?

—¡Menos!

—¿Abogado? ¿profesor de violín?

—¡Nada! no se moleste usted. Yo no soy nada. He venido . . . porque se comía.

—Pero ¿invitado?

—¡Quiá!

—¿Como suscriptor al banquete? ¿Pagando el cubierto?

—¡Bobería! ¡Eso no tendría gracia!

—¡Vengo como espectador y de paso . . . como! ¡En esta casa sirven muy bien!

—No me explico . . .

—¡Lo creo! ¡Yo se lo explicaría á usted pero . . . ese es mi secreto!

Entonces entré en sospechas.

Terminado el banquete nos separamos, nos dimos las manos, nos presentamos uno á otro, pero aquel sujeto no me dijo su domicilio aunque sí su nombre. Se llama Pérez ó González, ó Fernández. ¡Algo así!

Después he visto á ese mismo señor en varias ceremonias, reuniones, banquetes y siempre nos hemos saludado con cierto afecto.

Una vez le ví en el entierro de un hombre notable. Nos reunimos en el cementerio, nos dimos la mano y charlamos.

—¿Conocía usted al difunto?—le pregunté.

—¡De oídas! ¡nada más que de oídas!

—¡Ah! ¡Ya! Como ha traído usted un coche tan hermoso . . . me presumía . . .

—No, el coche lo paga la casa: Hacía una mañana hermosa y he dicho: ¡vaya, acompañaremos á ese pobre difunto y de paso respiraremos el aire puro.

Otro día le ví en un baile del teatro Real.

—Esto está hermoso—le dije;—pero francamente, tres duros cada billete me parece caro!

—A mí me lo ha dado la empresa—me contestó.

Después le he visto en una recepción académica, en una función de gala en el teatro, en diez ó doce banquetes, en varias corridas de toros . . .

Por fin un día me resolví á sacarle la verdad del cuerpo.

Hablamos del lujo, de las fiestas, de lo agradable que es vivir en Madrid . . .

—¡Oh! En Madrid se vive bien,—dije yo—pero ah! la vida de Madrid es cara, muy cara.

—¿Lo cree usted?

—¡Ah! ¡sí! lo creo firmemente.

—Pues lo que es yo . . .

—¿No opina usted lo mismo?

—Tengo mis razones. Yo vivo bien, y . . . lo que es más importante, vivo gratis.

—¿Gratis? ¿Ha descubierto usted el medio de vivir sin gastar un cuarto?

—¡Sí, señor! ¡Ya hace años!

—Y ¡cómo! ¿cómo se las compone usted?

—¡Ah! usted perdone, este es mi secreto.

Y para cambiar de conversación sacó la petaca y me ofreció un magnífico habano.

—¿Usted gusta?

—¡Sí! muchas gracias! ¡Buen cigarro!

—¡Este es del banquete de anoche!

—¿También estuvo usted de banquete ayer?

—¡También!

—¿Y quién era el agasajado?

—¡Ah! no sé, ¡no le conozco! un sujeto que dicen que ha descubierto no sé qué cosa ¡un majadero! Ya ve usted, ¡yo he descubierto la vida gratis y aquí me tiene usted modestamente sin darme importancia y sin pedir que me fabriquen éxitos.

—¡Toma! ¡Cómo que usted los compra hechos!

—¿Y le parece á usted poco?

Efectivamente. El señor de Pérez ó de González, ó lo que sea, ha dejado atrás á Galileo.

Este sabio descubrió que el mundo daba vueltas.

El señor Pérez ha descubierto el medio de aprovechar en beneficio suyo el movimiento del mundo. ¡Gloria al señor Pérez!

M. MATOSES.

Z E T T E

(Traducido para EL COJO ILUSTRADO por Pedro Emilio Coll)



uí por el campo buscando por amor á la soledad, uno de esos rincones de naturaleza ingenua y salvaje, que subsisten aquí y allá en medio de nuestros terrenos cultivados, sometidos á catastro, y en donde las máquinas agrícolas ponen visiones y ruidos de fraguas en plenas geórgicas.

A través del bosque descubrí en el flanco de una escarpa, una casita de piedras, una cabaña más bien, semi-destruida, en un sitio como el que buscaba. Nada de ese pintoresco teatral, ni montañas melodramáticas, ni opulento río, ni océano tumultuoso; y no necesita de tanto. De un lado la tupida y fina hierba esmaltada, de enebros punzantes, redondos como verdes erizos, al otro un macizo ramillete de árboles, á lo lejos un horizonte de ondulante verdura, y sobre todo ni una aldea, ni un campanario visible, ni siquiera un sendero. Un pequeño desierto abrupto, melancólico é inanimado, bajo el silencio de un cielo pálido, cruzado por lentas nubes perezosas; interrumpido á ratos por el susurro de la invisible brisa.

Allí, me sentí en seguida libre y sosegado; de la faz se borraron los disimulos de la vida social, el alma codeada y golpeada por la batahola diaria, se expandió como una planta, y el viento seco entonó mis labios y les delvolvió la fuerza y la frescura.

La casita misma, solo vestigio humano en el hirsuto paraje, lejos de disgustarme me atraía: pequeñita, minúscula, con los muros sin ventanas, taladrados por simples claraboyas, tenía el aspecto desolado de las cosas muertas, en armonía con el paisaje. Descalabrado el techo, pocos minutos que hundido, la puerta rota dejaba ver el interior vacío de su único cuarto, con el suelo regado de pedazos de tejas, conservando como una cicatriz en uno de los ángulos el penacho de hollín de un hogar apagado. La casita en medio del desierto ofrecía el aspecto mohino de una diminuta fortaleza pueril y desmantelada. Debí acaso servir de abrigo á algún misántropo virgiliano. En redor, un huerto salvaje, agreste como el corazón de una floresta virgen, en torno la tierra en libertad, los bosques.



ACARIGUA—CAPILLA DE SAN ROQUE—(De Fotografía del señor H. H. Avril)

durmientes, la escarpa rugosa, he aquí todo el mundo que se contemplaba bajo el cielo profundo en donde se rompían en silencio las avalanchas de nubes.

Me ocurrió la idea de comprar la casita, no para vivir en ella; no tengo ciertamente nada de hermitaño; gusto de la vida, de la acción, de los hombres, del torbellino de París, pero la soledad es también necesaria. La acción y el aislamiento al prolongarlos, fatigan presto nuestro débil corazón, pero alternados no pueden ser sino saludables. "El contraste—pensaba— es un elemento reconocido de belleza literaria, y debe ser igualmente causa de felicidad y de salud moral. Vivimos demasiado simplemente, de manera uniforme y fastidiosa, así nos cansamos presto de todo por ser siempre la misma cosa. Deberíamos vivir por partida doble, y es lo que quiero ensayar. Un poco de Tebaída de tiempo en tiempo no puede hacerme sino bien."

La casita estaba, por ferrocarril, á una hora de París; compréla por un precio módico, con los terrenos adjuntos, hice reparar el techo, poner una puerta nueva, y en el interior algunos muebles simples, un diván de mimbre que me serviría de lecho, un sillón de junco, dos asientos, una mesa, reducida vajilla, una escopeta de cacería. Cerré la puerta con doble llave y regresé á París.

* * *

Mi vida continuó como de ordinario, pero con el encanto de un secreto oculto, el misterio anodino de la casita aislada, desconocida aún para mis mejores amigos, y cuya evocación en medio del torbellino de la vida parisiense, me daba una fugaz impresión de poesía y de pacífica pastoral. Desde lejos me aparecía como un amable refugio contra los posibles sinsabores, los continuos fracasos.

Me sentiría bien, estaba seguro, cuando estuviera allá, cuando saboreara la necesidad de

huir de los hombres, y en breve me acostumbraría á mis nuevas costumbres. A menudo al salir del teatro, después de una conversación ó de una comida, aturrido por las murmuraciones y las vanas lisonjas parisienses, me escaparía de un golpe, saltaría al tren y arribaría en plena noche á mi soledad cayendo de un tirón en el desierto.

¿Os imagináis esta felicidad: la paz radiante del cielo, del aire fresco, olorosa á hierba y á tierra, calmando la fiebre de las orgías mundanas de las vanidades, las traiciones? ¡Oh la gran serenidad melancólica y misteriosa!

.....A tientas encontré la puerta de la cabaña, ardiendo el hogar, preparado el té, á la luz de la lámpara me tendí en el diván y prendido mi cigarro, escuché.

Escuché el inmenso silencio de la naturaleza, interrumpido por todo lo que susurra en el ambiente y se agita en los tallos: una rama seca que se quiebra, el ruido de la lluvia al caer sobre la hierba, el rumor de cascada que arranca el viento nocturno á las copas de los árboles, y la calma absoluta é inerte que se extiende por momentos, como si todo de repente hubiera sido trasportado en globo á un cielo sin sonoridades, muy cerca de las estrellas.

Mi alma estaba en calma, sumergida en deliciosa languidez. Parecíame, que en verdad estuviera muy lejos, perdido en un extremo del mundo. Vivía con las plantas, las cosas, con todo lo que brota y florece, todo lo que sentimos animado, invisible y presente en el fondo de la soledad; y después, la imperceptible emoción dramática de lo desconocido, que la misma soledad encierra, el miedo involuntario de los peligros vagos, el pueril temor á lo sobrenatural que el misterio crea..... Y pensaba, pensaba en todo lo que había hecho en París. ¡Cómo me parecía diferente todo! ¡Una mascarada sin careta! Lo que la víspera consideraba importante, las ideas, las modas, los sentimientos, la

literatura, eran entonces para mí falso y mezquino. Compadecía lo que había admirado ese mismo día. Una hora de aislamiento en la floresta, cambiaba para mí el sentido de la vida, despertaba en mí otro hombre. Sentía el alma más clara, más alegre y más libre. Y al fin terminaba por dormirme filosofando.

A la mañana abría la puerta; la aurora entraba con resplandores de rosa, y el bosque despertaba bañado de sol y de rocío. Era como un beso de aire fresco y perfumado sobre mis labios; en el fulgor de la hora que inundaba la espesura, del París nocturno, dejado la víspera, no quedaba en mis recuerdos sino un punto oscilante, como una pequeña linterna sorda. Descolgando mi escopeta, flame á sorprender las liebres: internábame en el bosque, entre los zarzales y vivía como viven los salvajes.

Aquello duraba algunas veces dos y tres días; antes que me invadiese el fastidio me volvía á París y al recomenzar la vida activa, ardiente, seria, frívola, olvidaba la casita, hasta que la nostalgia se apoderaba de mí, el asco de la acción y de los hombres del que me salvaba yendo de nuevo á mi refugio.

Aun en invierno iba, hundiéndome hasta la rodilla en la nieve. Gustaba de una voluptuosidad especial al estar acurrucado en mi cabaña, leyendo ante el fuego tibio, en el estrecho abrigo de las murallas cerradas, viviendo solo en medio de la naturaleza cadavérica, oprimida por la pesada nieve. El paisaje á la mañana, tenía resplandores de escarcha, plateado bajo el sol, visto entre el marco de la puerta abierta.

* * *

En una de esas noches de invierno fui perturbado en mi soledad, entonces comenzó la égloga salvaje que me hizo renunciar á mi vida intermitente de ermitaño.

No había encontrado jamás á nadie en las cercanías; los habitantes de la próxima aldea igno-



TINACO — GRUPO DE PASEANTES EN EL RIO, CON MOTIVO DE LAS PESQUERIAS— (Fotografía de Rafael Méndez F.)

raban mis viajes y ninguno pasaba por allí. Estaba deshabitado en mi casita de la presencia humana, la venida de un intruso hubiera sido causa de mal humor. Era por lo demás inverosímil que recibiera una visita en semejante lugar, de noche, á hora en que transido de frío, llegaba á mi cabaña. No podía sospechar que alguien rondara á mi alrededor.

Prendida la lámpara, me ocupaba en revivir el fuego que humeando fastidiosamente me obligó á abrir la puerta. La redonda luna se destacaba en medio atmósfera inmóvil, glacial; la hierba, el bosque, se perfilaban nítidamente, polvoreados de nieve fina, agujereados por sombras de trecho en trecho; el claro de la luna entraba en la casita como una curiosa mirada del cielo; de pronto, inclinado hacia el fuego, tuve la sensación de que alguno se había detenido en el umbral de la puerta: una ligera sombra se interponía; al volver la faz, me encontré con una muchacha de unos quince años, semi-vestida con un burdo ropaje, con el rostro violáceo de frío, los ojos negros alargados como los de una cabra, cubierta con un abrigo de lana azul.

—¿Qué quiere usted? le pregunté brutalmente. La aparición no tenía nada de aterradora, pero la inesperada presencia de la granuja me encolerizó. La muchacha pareció no oírme. Miró el cuarto con atención; curiosa evidentemente de la casita siempre cerrada y que veía abierta esa noche por primera vez. De improviso estalló en risa estridente, haciendo gestos de cortedad.

—Nada—terminó por responderme con una vocecilla aguda—que tengo frío y quiero calentarme.

Su aire burlón, sus ojos negros, sus labios rojos y su juventud me hicieron indulgente. Era tan extraña la presencia de aquella muchacha, á semejante hora, en pleno bosque! «¿Qué puede ser? ¿de dónde viene?» me interrogaba. Debe de tener frío en efecto; y mitad por piedad, mitad por curiosidad la dejé entrar.

—Cerrad la puerta, le dije, la chimenea no echa humo ya.

Cerró la puerta con presteza riendo de contento, se aproximó al hogar, y al divisar el sillón de junco se lo puso á mirar fijamente con envidia.

—¿Puedo sentarme encima? dijo con timidez.

—Naturalmente, respondí.

Reía aún; miró el sillón desde más cerca y se sentó con precaución, pero acometida de súbitos medios, de sobresaltos de fuga, cuando el junco crujía bajo sus carnes. Serenándose, extendió las dos manos ante el fuego.

A la luz del hogar y de la lámpara, la distinguía claramente, linda y picaresca, con sus cabellos y sus ojos negros, su fino rostro sonrosado, su aire travieso y salvaje de cabra montaraz.

—¿Cómo te llamas? le pregunté por ver de insinuarme.

—Zette, dijo con brevedad, fijos los ojos en el fuego.

—Zette! . . . no es un nombre, es cuando más un diminutivo.

No respondió. Y como le acercase un pedazo de torta.—¿Tienes hambre?

Me lo arrancó de las manos, con la brusquedad de un pájaro que atrapa una migaja de pan; y se puso á comer con voracidad, mostrando sus dientes blancos. Indicándome la escopeta recostada en el muro y mirándome á hurtadillas, me dijo.

—Qué bonito!

Y luego con un puntillo de ironía.

—¿Usted tiene permiso?

—Sin duda, le dije un poco sorprendido.

De nuevo tuvo un acceso de risa.

—¿Se matan animales con eso?

—Los cazadores furtivos sí . . . ¿Eres tu acaso cazadora furtiva? le pregunté riendo.

Zette sacudió la cabeza con impaciencia.

—Yo no . . . papá sí.

—Ah! exclamé comenzando á comprender, ¿y en donde está tu padre?

Me lanzó una mirada de desconfianza, estalló en risa y extendió la mano en dirección del bosque.

—Está en acecho por ahí, vine con él.

—¿Y por qué lo has dejado y venido sola?

—Estaba fastidiada y tenía frío.

Súbitamente se detuvo de comer, al ruido de una botella de champaña que yo destapaba en ese momento.

Zette miró con avidez y como en éxtasis el líquido de oro que hervía en la copa y la llenaba con su espuma ligera y crepitante.

—¿Quieres beber?

Dijo que sí con la cabeza, desconcertada por la audacia misma de su deseo ante la belleza del licor mágico.

—Toma, dije empezando á encontrar divertida la aventura, prueba.

Bebió un trago arrugando la nariz.

—Pica!

Luégo consumió el resto en pequeños sorbos golosos.

—Es bueno!

Estaba rosada y riente, con ganas de charlar. Se trasluce que pronto seríamos amigos.

—Os conozco desde hace tiempo, me dijo.

—¡Verdad! pues yo no te había visto jamás. Ella sacudió los cabellos con malicia.

—Os espiaba en el bosque; os vea entrar á menudo, creí al principio que érais cazador furtivo también; pero sois un señor . . . Muchas veces he venido á escuchar á través de las rendijas de la puerta, cuando estábais; pero no he podido nunca. Estaba bien cerrada la puerta.

—¡Ola, ladroncilla!

Sacudió de nuevo la cabeza.

—Nó, ladrona, nó, era por ver.

—¿Y bien, viste, algo?

—Sí

Se puso de pie, miró en rededor, con curiosidad divertida, todos los objetos, la mesa, la vajilla, el reloj, pero el diván fue lo que la atrajo especialmente.

—¿Puede tocarse? me preguntó.

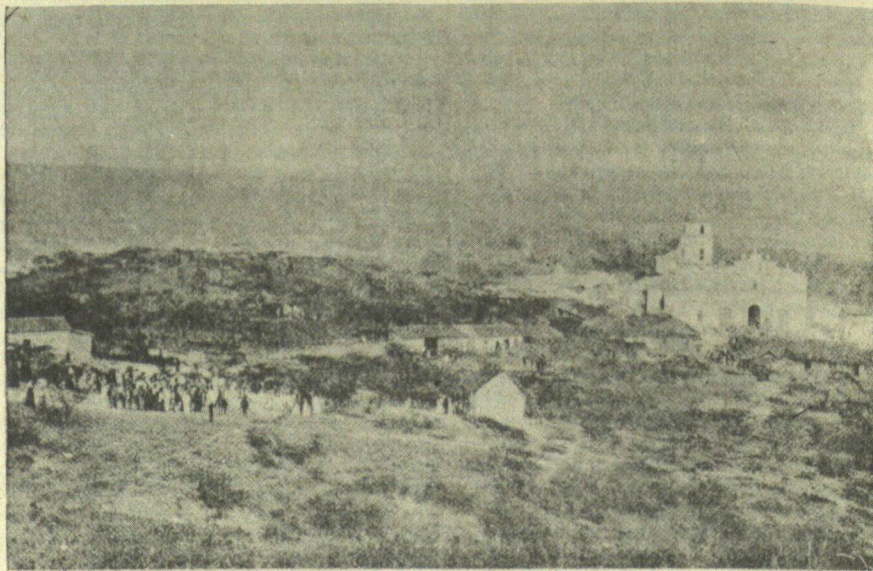
—Toca.

Tocó primero como temerosa y luego con risa que mostraba los dientes agudos; cobró ánimo, se sentó sobre el cojín, abrió los ojos maravillados y acarició con las manos el cobertor del diván.

Mas ya la visita principiaba á embarazarme.

«¿Qué voy á hacer con esta muchacha?» pensaba.

Su aspecto de animal montaraz, sus ojos negros, de mirar ora violento, ora dulce, que veían á hurtadillas desde un rincón de los párpados,



PUEBLO DE SANTA ROSA — BARQUISIMETO



MARACAIBO. — VISTA TOMADA HACIA EL OESTE [de fotografía del señor A. Lares]

lanzando miradas maliciosas, todo me ponía sobre ascuas.

—Me parece que es hora de que te vayas, le dije con tono autoritario.

—¿Por qué?

—Tu padre te espera.

—Nó, él cree que me he ido á casa, y no volverá hasta el amanecer.

—¿Y tu madre?

—No la tengo.

—Bueno, pero de todas maneras deseo que te vayas, quiero dormir.

Bajó la cabeza, mohina, colérica.

—Puedo quedarme aquí, me dijo designándome el sillón de junco.

—Pero no estás bien.

—Sí.

—¿Qué edad tienes? le pregunté, vacilando en despacharla, en presencia de su evidente despecho.

—Pronto cumpliré quince años.

Hubo un momento de silencio; no podía dejarla en casa, á pesar de la crueldad de arrojarla fuera, en la noche glacial.

—¿Tienes miedo quizás?

—Ah! no!

—Vamos, es preciso que seas seria, vuelve á tu casa.

—¿Y si no quiero? me replicó con descarada malicia.

—Basta! dije asiéndola por un brazo y para terminar de una vez. . . Véte!

Al contacto de mi mano, dio un salto de cebra; estaba ya en el umbral de la puerta y se lanzó afuera en medio de la clara noche. Dio algunos pasos, se detuvo, gritó:

—Miserable! miserable!

Y huyó saltando bajo la luna, con su breve risa burlesca.

Cerré la puerta, divertido y contrariado á la vez á causa de la imprevista visita.

—Hice mal en dejarla entrar, pensaba. Es una espla, de seguro. Su padre la ha man-

dato á ver qué merece ser robado en la casita. La próxima ocasión que regrese la encontraré desalojada. Lo cierto es que mi soledad ha sido interrumpida; voy á ser desde ahora espiado, celado, cercado. ¡Qué estúpida aventura!

Esa noche, dormí con dificultad, turbado por la visión de la importuna muchacha. Al día siguiente, al amanecer, me marché á París.

Terminó el invierno sin que me asaltara el capricho de volver á la casita. Absorbido por los negocios habíame olvidado de la hija del cazador furtivo, cuando en los comienzos de la primavera, el deseo del bosque se apoderó de mí y con él, el recuerdo de mi último encuentro. "Es necesario, me dije, ver si la casita está todavía intacta y si la muchacha no me ha robado."

Pero la encontré en el mismo estado. Nada había sido tocado, ni siquiera la puerta. Decididamente era una niña honrada la furtiva del bosque. Tomé la escopeta para distraerme tirando cuervos en la montaña.

Era uno de esos cálidos días primaverales en que, á pesar de la vetusta melancolía de los viejos árboles, dormidos entre la hiedra, una alegría de renovación se revela en la esbeltez de los retoños, en la clara ingenuidad de las florecillas precoces, en la timidez de los vástagos que se muestran como el extremo de una oreja, de una verdura delicada. Una vida apenas perceptible y próxima á despuntar en la superficie de las cosas, comienza á correr bajo las duras cortezas, entre las hojas secas, en los grandes brazos áridos de los ramajes muertos, por donde pasan ruidos de alas, gentilezas de ardillas y músicas de pájaros.

En el despertar un tanto inquieto de la savia universal, la soledad perdía su austeridad ordinaria; voluntariamente hubiera reído y parlado, loqueado como los animalillos agrestes que vivían á mi rededor. Mi filosofía era la

de un buen hombre. Y el rostro de Zette que apareció cuando menos lo esperaba, me sorprendió más bien agradablemente.

—Hola! exclamé con alegría. Buenos días, Zette!

Zette estaba inmóvil; á alguna distancia, y sin aproximarse, me miraba con los mismos ojos curiosos y cobardes que las ardillas desde lo alto de los árboles, y como si no me reconociese bien. Quizás se sentía más tímida á la luz del sol.

Avancé hacia ella.

—¿No me conoces?

Zette alargó el cuello, sonrojándose un poco.

—Sí, dijo en voz baja.

—¿No somos ya buenos amigos?

—Sí, contestó sonriendo y mirando á lo lejos. ¡Pero no habíais venido á verme desde hace tiempo!

—No habíais podido.

—Oh! dijo como dudando.

Tenía el aire mohino. Después de un silencio:

—Pensaba que no volverías.

—¿Por qué?

—Porque os molesté la última vez.

—Oh! dije riendo de su mohín embarazado: tú no me molestas nunca. Y tu padre, ¿cáza todavía por aquí?

—No, hoy es domingo, están de fiesta en la aldea y ha ido á la taberna.

—¿Y tú, qué haces aquí?

En lugar de reponderme, se puso un dedo sobre los labios.

—Esperad. De un salto se internó en el zarzal, hurreneando como un animal. Al cabo de algunos instantes volvió con un nido que sostenía en la palma de la mano, un precioso nido de yedra verde, en donde reposaban dos bolillas de plumas, ciegas y tibias, inmóviles y silenciosas.

—Tomad, me dijo dándome el nido.

—Cómo! le interrumpí. Cojes nidos á tu edad.

—Son para vos.

—No los quiero . . . Hubieras obrado mejor dejándole en donde estaba. Anda, pónlo otra vez.

—¿No lo queréis?

—No!

Me miró con sus grandes ojos negros, fijos, sombreados por la cólera; evidentemente, la manera con que había rehusado su regalo, la irritó. Su rostro sonriente se contrajo con brusquedad, su boca tomó una expresión feroz, y antes que hubiera podido impedirlo, con un gesto violento, arrojó el nido al suelo, y lo aplastó bajo su zapato.

El disgusto y la cólera de aquella crueldad injusta me embargaron; casi me sentí á punto de abofetearla.

—¡Malvada! ¡estúpida! Vete! no quiero verte más.

La simpatía que había experimentado por su aspecto lindo y travieso, por la fantasía de sus movimientos, desapareció por completo.

—No eres sino un animal del bosque, gruñía yo; una grosera muchacha salvaje.

Y eché á andar; pero al oír un sollozo detrás de mí, me detuve. Sentada en la hierba, con el rostro entre las manos, Zette, golpeando el suelo con los pies, se injuriaba con frases entrecortadas:

—¡Malvada! . . . ¡Malvada!

Este arrepentimiento disipó mi cólera, y de nuevo sorprendido y curioso ante aquel sér, raro y fantástico, cruel y sensible al mismo tiempo, que obraba por inexplicables sobresaltos nerviosos, probé á consolarla.

Mas cesando de llorar, conservó obstinadamente el rostro oculto entre las manos, avergonzada, sin proferir palabra. Despechado á mi vez, terminé por marcharme.

Esperé que volvería á rondar la casita por la tarde, pero no lo hizo, ni tampoco al día siguiente. Pero sí en otro regreso que hice á mi asilo.

Era de noche, pero una de esas dulces noches de estío, en que el aire fluido pasa en la oscuridad como una caricia de seda; las mil luciérnagas siderales pestañeaban en el cielo aterciopelado y sin luna. Apenas prendí la lámpara, cuando advertí en la puerta á la muchacha furtiva.

—Entra, le dije, ¿estás disgustada conmigo?

—No, no estoy disgustada con vos, respondió, desliziándose con su paso de cabra en la cabaña.

—¿Con quién estás disgustada?

—Conmigo.

—¿No cogerás más nidos?

—No.

—Siéntate; aquí está el sillón en donde te sentaste por primera vez.

Zette me interrumpió con aire distraído:

—Escucha . . .

Eran los ruiseñores. En el silencio suave y embalsamado de esa noche sombría, contemplados por las estrellas se habían puesto á cantar. Cantaban en todo el bosque, que estaba lleno de notas, trinos, serenatas; una exquisita ópera ingenua, voluptuosa, en la noche serena.

—Oye, la dije, es lástima matarlos cuando están pequeños.

Zette hizo un gesto de impaciencia, como herida por mi persistencia en recordarla su mala acción. Se sentó en el umbral de la puerta y exhaló un suspiro.

—Estás melancólica, la dije riendo: ¿es por los ruiseñores?

No me respondió, tan absorbida estaba en sus ensueños.

—¿No te complaces hoy en ver la casita? le pregunté encendiendo un cigarro.

—Sí!

Y después de reflexionar y con ardor:

—Apagad la lámpara.

—¿Para qué?

—No sé, me fastidia.

Apagué por complacerla, y nos encontramos en la oscuridad, ante la boca negra de la no-

che, saturada de respiraciones perfumadas, de gorjeos de ruiseñores y de los tembloteos áureos de las estrellas vacilantes, que parecían próximas á desprenderse de lo alto; algunas caían, en efecto, prendidas al extremo de un hilo de oro, desvaneciéndose en seguida como ligeras chispas. Instinto ó capricho, mi amiguita salvaje tenía razón: era más hermoso así. La claridad amarilla de la lámpara era una cosa vulgar y siniestra en presencia de la dulce iluminación celeste. Guardamos silencio, tímidos; una ligera emoción retenía las palabras en nuestros labios.

Zette rompió el silencio:

—¿Por qué os vais? me preguntó en voz baja. ¿Por qué no os quedáis para siempre?

—Yo, dije embarazado, tengo otras cosas que hacer.

—Se está muy bien aquí.

—Sin duda. Tú querías habitar la casita, ¿no es verdad?

—Sí . . .

—Bueno, dije, cuando me vaya, te la regalaré. Te la daré para el día de tu matrimonio.

Se lo decía mitad en broma, mitad en serio; pues pensaba casarme y la casita solitaria perdería para mí su razón de ser, y al ofrecérsela á mi camarada del bosque creía hacerla feliz. Pero ella demostró más descontento que alegría.

—¿Me daréis la casita? me preguntó como insegura.

—Sí, ¿por qué?

— . . . ¿Y no volveréis más?

—No; será para tí.

—No quiero! dijo nerviosamente.

—¿No quieres? ¿No quieres la casita con todo lo que tiene dentro, el sillón de junco, el lecho de mimbre, el reloj?

Sacudió la cabeza con su acostumbrada vivacidad.

—No, si no venís, no.

—¿Cómo? exclamé.

Y con una timidez que no había demostrado nunca, con el rostro vuelto hacia la noche dorada:

—Quiero la casita con vos, no de otra manera.

Quedé sorprendido y desconcertado por lo que acababa de oír, por lo que comenzaba á adivinar en la dulzura un tanto severa de su voz.

Desde nuestro primer encuentro, Zette se había desarrollado extrañamente. En la primavera en que todo brota, ella se erectaba como una planta, se hacía mujer sin que yo lo hubiera advertido. Comprendíase que se sentía inquieta con el despertar de una nueva sensibilidad.

—“¡Diablo! me dije: ¿acaso la muchacha salvaje se habrá enamorado del parisiense del bosque?” La casa es muy pequeña para los dos, repuse.

Prendí un cigarrillo por disimular, avergonzado al pensar en la muchacha sentada á mis pies, en la soledad, en la oscuridad de la noche cálida en que caían desgranándose las serenatas de los ruiseñores. “No es sino una granuja, me repetía para disipar mi embarazo y, en el fondo convencido de lo contrario.”

De pronto se puso en pie y dijo brusca-

mente:

—Buenas noches!

Y sin volver la cabeza, se perdió en la noche callada.

—Adiós! le grité.

Largo rato estuve en la puerta, fumando mi cigarrillo, sumando las estrellas, descontento y turbado á la vez, sin lograr encontrar mi tranquilidad habitual.

—Es imbécil, terminé por exclamar, levantando los hombros y sin saber en justicia á quién dirigía el epíteto malsonante.

Cerré la puerta de mal humor.

—¡Diantre! murmuraba, mortificado por el canto de los pájaros, no sería malo que por épocas despachuraran á algunos. Es ya demasiado gorjear.

Esa noche, los ruiseñores no me dejaron dormir . . .

* * *

De regreso á París no pensé más en los ruiseñores. Mis proyectos de matrimonio me embargaban por completo; la casita y su poesía forestal habían abandonado mi memoria.

Pasaron algunos meses. Me casé, y no me acordé más de la cabaña, ni de la hija del cazador furtivo; cuando un día, en que refería á mi mujer la vida apacible que había llevado allá, me suplicó que le enseñara mi retiro antes de despojarme de él, como era mi intención. Censentí por darle gusto; voluntariamente me habría desprendido de la cabaña, que no me habría ofrecía atractivo en mi nueva existencia.

Llegamos á la cabaña. Allí nos desayunamos antes de partir—un desayuno á puerta abierta para contemplar el sol de otoño—cuando vislumbé una cara, para mí familiar. Era Zette, con los ojos ardientes, la expresión enérgica, con su aire ágil de cazadora, su desenfadado nervioso y salvaje.

—Hola! exclamó con alegría; aquí está!

Como mi mujer conocía la historia, me levanté para asir de una mano á la muchacha, y presentársela.

Absorta al vernos, clavó su mirada en nosotros, con la boca contraída perversamente como el día en que había roto el nido; con violencia arrancó su brazo de mi mano, y escapó cólerica.

—¡Miserable! ¡miserable! la oí balbucear.

Tuve un instante de perplejidad.

—¿Qué le pasa?

—No ves que está celosa? respondió mi mujer tranquilamente. Si hubieras observado la mirada que me lanzó! . . .

Recordé entonces la noche en que cantaban los ruiseñores.

—Sí, dije procurando reír; no creía haber hecho esta conquista.

¡Celosa, sí, lo estaba en verdad: celosa de mi mujer, de la casita invadida por otra, de la soledad profanada por extraños, celosa con el celo que la gente del campo siente por la de la ciudad que se instala en su terruño, á tomar su sol, sus flores, la sombra de sus árboles, los frutos de su labor, los animales de sus bosques.

Comprendí que si, personalmente, con mis costumbres misteriosas y discretas, mi amor á la soledad y á la independencia montaraz, me había aproximado á su casta, encontrando gracia ante ella y aún despertando una pasión instintiva, un afecto precoz, una amistad tan violenta para tan joven temperamento de furtiva y astuta cazadora, no era lo mismo en el momento en que, casado, iba con otra mujer . . . Había sido dos veces infiel: á la soledad y á la vida salvaje.

La cosa me divertía, sin pensar á qué final de drama de briganes conducirían los celos á aquella muchacha, y cómo los primeros sentimientos, que juzgamos superficiales, son profundos en esos seres cercanos á la naturaleza, de caríños bruscos, de cóleras de ardillas, de mirlos y de lobos.

Varios días después, como regresase á buscar objetos que deseaba conservar, al buscar la casita no encontré sino despojos: tres muros humeados, desmantelados sobre un montón de escombros. Había ardidado con todo lo que contenía.

Contemplaba con estupor y no sin tristeza los vestigios del incendio, cuando oí ruido detrás de mí. Era Zette, que á distancia, reía regocijada de mi sorpresa.

—¡Fuiste tú la que diste fuego! grité cólerico.

—No, fue mi padre.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho á tu padre? ¿Qué te he hecho á tí?

Me respondió con otra risotada, y yo fuera de mí, avancé hacia élla.

—¡Ya verás! . . .

Zette no respondió y se dejó agarrar.

—¿Por qué, dí, por qué?

Bajó la cabeza roja de vergüenza. De un golpe se soltó, dio unos pasos con su andar de cabra, y deteniéndose:

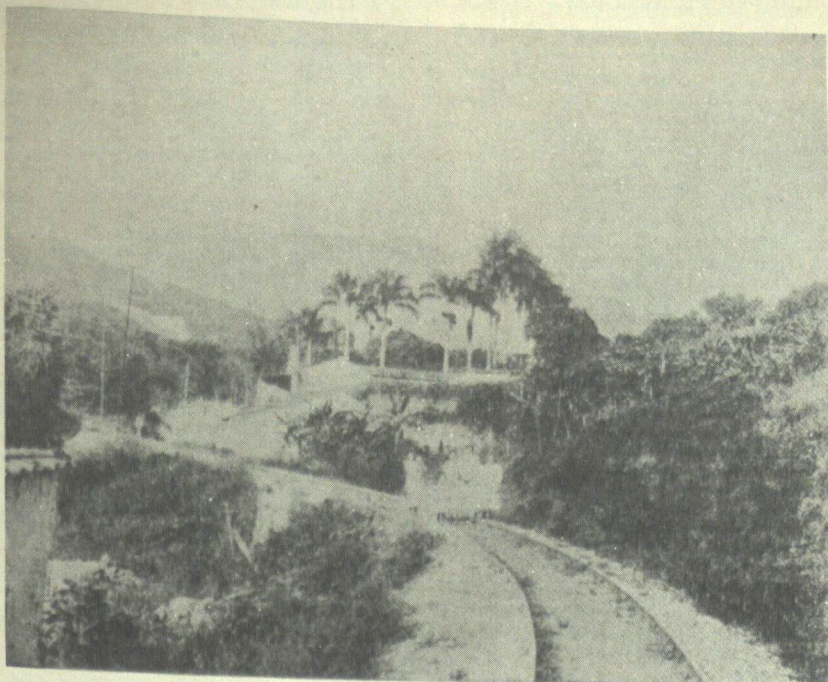
—¡Tened cuidado en el bosque, porque él os acecha . . . Está colérico contra vos; lleva su escopeta . . . Le he dicho que me habías violentado . . .

Estalló en risa malvada, me envió un beso brusco y extravagante, descaradamente echó á correr y se perdió entre los zarzales.

Una hora después, entregado á reflexionar sobre la muchacha y sin pensar en sus últimas palabras, atravesaba un pedazo del bosque para ganar el camino, cuando una bala silbó cerca de mis oídos; un penacho de humo salió de entre los árboles, á cierta distancia de mí y el bosque entero estaba como lleno por la explosión sonora. De un salto me oculté entre la hierba. Pero no sonó un segundo disparo . . .

Después, ¿para qué decirlo? no he vuelto allí. Al evocar la soledad de la casita, no me parece tan puramente filosófica, y la égloga salvaje de que iba á ser víctima, tan perfectamente inocente. Pero sin cólera me agrada recordar la aventura.

HENRI FÈVRE.



HACIENDA "LA ELVIRA" — CERCA DE LAS AJUNTAS — (de fotografía de Edo. Schael)



CRONICAS LIGERAS

LAS SEÑORITAS TORTOSA

La verdad es que en el seno de la familia es donde se disfrutan las más dulces fruiciones.

Dígalos sino el papá que recibe en sus brazos el primer fruto del amor conyugal; el que desposa una hija con un rico idiota, que es hacer "las cuarenta y arrastro;" el que ha visto bajar á la fosa los despojos de su suegra, etc.

Pero la misión de padre de familia, sin dejar de ser "augusta" y "santa," suele acarrear disgustos gordos.

Ahí está el pobre don Cosme Tortosa quien, en el tiempo que lleva de casado, ha dado el sér á tres señoritas, que hoy son ornato de esta sociedad. Como que don Cosme no ha omitido sacrificio para darles una educación esmerada; á cada una su poco de francés, su poco de dibujo, y su poco de música.

Pero, en cuanto á físico son unas infelices las señoritas Tortosa, y quizás de esta circunstancia proviene la poca demanda que tienen en la plaza.

Don Cosme se ha apercebido de todo eso, y sufre.

Ellas, por su parte, no disimulan las ganas que tienen de ser conducidas al salón del Concejo Municipal para decir que "sí," en alta, clara é inteligible voz.

En punto á fiestas, se dan tres tropezones lo mismo por una gran *soirée* que por una *jaranita*, y por cualquier espectáculo público.

No hace mucho que fueron invitadas á uno de esos bailes rumbosos que dejan á los concu-

rrentes pobres desequilibrados por una temporada.

Leyó don Cosme la tarjeta, convocó á todos los miembros de la familia, y habló así:

—Lo siento mucho; pero no pueden ir ustedes.

—¿Por qué no hemos de poder? preguntó la compañera de su vida.

—Por la sencilla razón de que no tengo para los gastos que ocasiona eso.

—Ah! ¿Con que *para eso* no tienes? . . .

Pues se venden cinco ó seis quincenas . . .

—¡Mujer!

—Sí, sí, papáito querido, exclamaron las Tortosa colgándose del cuello del autor de sus días, quien sucumbió á las caricias filiales.

—¡Sea! dijo resignado; y se convino en disponer lo pertinente.

¡Qué brega con el sujeto que había de comprar los sueldos!

Por fin logró don Cosme presentarse ante los suyos cargado de telas, cintas, encajes, flores artificiales y color para las niñas.

El día del baile aquello era de verse.

Por aquí la casaca y los pantalones del jefe de la familia, puestos al sol en sendas silletas; por allá las señoritas Tortosa con las caras embadurnadas de sebo (¡perdón!) y las cabezas llenas de papeles enrollados; y la cocinera entregada á la tarea de ennegrecer la cabellera de la señora de la casa, y don Cosme, el héroe del día, llamémosle así, preocupado con la reforma de un *pumpá* de antiquísima data.

Llegó la noche; llegó también el landeaux de "La Equitativa;" arrellanáronse en él las Tortosa, y partió el soberbio tronco sacando chispas por esas calles de Dios.

En tanto que don Cosme se hacía estas reflexiones: ¡Qué sacrificio! . . . Pero; en fin, le doy una noche de placer á las "niñitas," y . . . ¿quién quita que alguno de los jóvenes que van al baile? . . . En fin: "matrimonio y mortaja del cielo baja."

En honor de la verdad debo hacer constar que, tanto las señoritas Tortosa como la mamá iban muy bien puestas. Cada una llevaba encima por lo menos dos quincenas.

¡Y con qué majestuoso contoneo entró la señora Tortosa en la casa del baile! Y qué genuflexiones tan graciosas para corresponder á las que la saludaban!

Las niñas se *alinearon* en la sala, con sus respectivos programas, en espera de los nombres que habían de llenarlos.

Y comenzaron á desfilar por delante de ellas

jóvenes apuestos, viejos verdes, y pollos tiernos, que examinaban con miradas de inteligentes el concurso de damas, para elegir "pareja."

Pero todos veían con desdén el contingente de Don Cosme.

Se tocó el primer turno, y nada; se tocó el segundo, y nada; se abrió el *buffet*, y todavía no había un sólo nombre inscrito en los programas de las ilustradas señoritas Tortosa.

A este respecto decía la mamá de ellas, que estaba fuera de sí, dirigiéndose á una señora contemporánea suya: ¡Oh! Ahora no hay galantería, ni cultura, ni nada! ¿Cuándo en nuestro tiempo se dejaba plantadas á tres señoritas en un baile? ¡Jamás! . . . Y mis hijas no bailan mal: Rosita es muy liviana; Gertrudis da gusto, y Anita ha sido disputada siempre.

A todas estas las precitadas Rosita, Gertrudis, y Anita, mordían los abanicos, golpeaban el pavimento con los pies, se movían en las sillas como si estuvieran sentadas sobre alfileres, y ¡echaban cada ojo á los mozalvetes!

Pero quien pasó la mar negra fue Don Cosme.

¡Es que cuando las cosas vienen torcidas! . . .

Figúrense ustedes que en el intervalo de una *pieza* á otra se paró en la puerta de la sala, al lado de un mozo de muy buen ver.

—¿Usted no baila? preguntó Don Cosme al mozo.

—Sí, contestó el interpelado. Pero las "parejas" que me gustan están comprometidas. . . . Voy á tener que *sacar* á aquella cara de burro que está allí.

—¿Cuál es la "cara de burro"?

—Aquella vestida de azul. . . .

—Pues sepa usted que esa es hija mía. ¡Inso-

lente!

—¿Y yo qué culpa tengo. . . ?

—Que es usted un atrevido, y se expone á que yo le rompa la crisma.

—Venga á rompérmela en la calle, gritó el mozo.

Y Don Cosme, hombre irreflexivo, accedió; y el mozo, que era fornido y muy bruto, lo puso á la vista de Judas.

Tanto es así, que Don Cosme no pudo regresar al baile.

Ya en el *landeaux*, adonde fue conducido en brazos de la familia, con la cara deteriorada, el frac hecho una lástima, y la cabellera en desorden, exclamaba el misero: "¿Ves Robustiana? ¡Vender seis quincenas para esto!"

Ahora, vengán ustedes á decirme que la paternidad no tiene sus peligros.

VOCES DE ORQUESTA

Á E. BELTRÁN DIEZ

Así cantó el Violín :

—En la armonía hay del vaivén de las tranquilas ondas de un lago azul poblado de sirenas; yo doy trovas de amor para las hadas que viven al arrullo de las selvas, las que los silfos en nocturnas rondas al ritmo alegre de mis notas besan; yo le doy vibración al ala ténue de la paloma, olímpica viajera, mi canto es el arpeggio que una alondra en la lira del pico ensaya y crea; yo soy el instrumento de las dulces, rumorosas y alegres primaveras, yo soy la juventud soñando rimas en el perfil de Venus Citerea; esperanza en la lumbre de la aurora, juramento de amor cabe la reja de encantadora sílfide, y suspiro en los labios de ondidas y nereidas; yo sé arrullar el sueño de los niños y les pueblo la mente de quimeras, soy ternura en el wals, y soy la lágrima más pura acaso de la triste Ofelia! . . .

Y al terminar el mágico instrumento, extinta ya la vibración postrera, la Guitarra exclamó :

—Yo soy el llanto de un ave sin hogar, perdida y huérfana, mis notas son la evocación de un siglo poblado de muzárabes poemas; yo acompañé los nobles caballeros á galantear las núbiles doncellas, y á las nocturnas citas fui velada bajo la capa de brillante seda; yo del Cid Campeador, del invencible, celebré los amores y proezas; yo del lírico verso soy el alma; mi estirpe fue de la mejor nobleza, soy la reina del arte, y en mis notas palpita aún la señorial cadencia! . . .

—La tempestad cabalga en mis acentos, el bronco trueno en mi canción revienta, repuso el Bajo, misterioso y grave; soy el rugido de la mar soberbia, yo soy el huracán, el torvo buitre que sobre el orbe el ala despeorea; yo soy la voz de Lucifer, medrosa, yo soy el eco en la profunda grieta, yo soy la maldición, yo soy la nada vapulando la frente de la tierra! . . .

Luégo un rumor, el Bandolín que hablaba : —Yo soy la lluvia de irisadas perlas que entona un himno en el cristal bohemio; yo doy el "sí" de las amantes tiernas, y soy la carcajada de la copa lanzada al suelo en bacanal reyerta; yo imito el són de los ardientes ósculos, y les brindo á las vírgenes que sueñan la serenata del amor primero junto á la alcoba perfumada y regia; mis notas surgen celebrando risas y tocan en el alma de las bellas, como la vara bíblica en la roca, al desborde triunfal de mis cadencias! . . .

Y luégo así le interrumpió el Armonium :

—Yo preludeo los salmos de la Iglesia, yo rimo el miserere más sublime y me torno en plegaria soñolienta; yo despierto los ángeles olímpicos al tenue roce de mi voz excelsa; yo palpito en la carne de la hostia y abro el misal de enrojecidas letras; mi nota es una lágrima que llora cuando el *Dies iræ* de los muertos llega, yo soy la evocación de lo invisible, de lo que el alma en su esperanza anhela, canto las excelencias del Olimpo y preguno las bíblicas leyendas! . . .

Y allá á lo lejos, al través del aire vibró un rumor como de alegre fiesta, y sobre el ala de veloz favonio llegó al oído original endecha : —las dos rimamos las felices danzas de las cándidas novias de la aldea,

somos gemelas de abolengo indiano que á los requiebros del amor se entregan, somos la risa de la Pascua, y somos la bendición de la primer cosecha. Leda esperanza para órnos viene en su corpiño de esmeralda envuelta, somos del canto popular el alma, y en nuestra alegre y singular rudeza somos los aguinaldos de Diciembre resucitando las leyendas muertas . . .

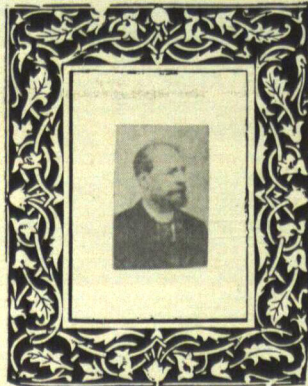
Y al desmayarse la lejana trova— paloma herida que al hogar regresa— sólo quedó la vibración del Bajo vapulando la frente de la tierra! . . .

R. MARCANO RODRIGUEZ.



LA VERDAD DESNUDA

RELACION DE UN TRAPERO



Primero fui bahillero, lo cual pasta y sobra para ser hombre político, empleado después, que es lo mismo que decir español; pero le salió un sobrino á un subsecretario amante de su familia, y entonces la mano despiadada del destino me privó del mío.

Aburrido y cansado de pretender; con el hambre de media España, es decir, hambre de cesante; perdida por completo la esperanza de recoger una nueva credencial, vine á parar al bajo y humilde oficio de trapero: al fin todo es recoger.

Discurría por mi barrio noches pasadas, tartamudo en el andar, como quien va á pie por las enguijarradas calles de Madrid, fija la vista en el suelo como doncella de antaño, con más pensamientos y cavilaciones que un Ministro de Hacienda al preparar los presupuestos, con un gancho en la mano á guisa de fundador de sociedades de crédito, y con una carga al hombro más pesada que la de un marido con hijos muchos, esperanzas pocas y un empleo pretérito.

—¿Será posible,—decía para mí,—que la suerte no me depare algún venturoso hallazgo como el que tanto alegró el corazón de Sancho Panza en el de Sierra Morena? ¿Acaso ya no hay quien pierda el seso por mal de amores, hasta el punto de abandonar una maleta con un buen montoncillo de escudos de oro? ¡Oh felicísimo Sancho, que tras repetidos palos y aporreamientos, viniste á dar, si no con el verdadero fin de tus esperanzas, con algo que las hacía más llevaderas!

Pero ya que lo limitado de mis pensamientos no despierta en mí el deseo del gobierno de una ínsula, pretensión, por otra parte, fácil y hacadera en los benditos tiempos que corremos, otórgame al menos ¡oh destino! si es que tengo alguno, cosa que alivie la escasez que estoy sufriendo.

Años ha que, imagen verdadera del que va en pos de la constancia de una mujer, de la fidelidad de un amigo, de la gratitud de un deudor y de la baratura de un Gobierno, recorro las calles de la corte buscando lo que no encuentro. En mal hora y en menguados tiempos vine al mundo.

Rendido por el cansancio olté el cesto que sustentaban mis hombros, y ocultándome á las recelosas miradas del sereno, que con sus ronquidos daba claros indicios de la vigilancia urbana, sentéme en el batiente de una puerta, y alargando el gancho comencé á revolver los varios y diversos objetos que en el cesto traía.

—¡Oh, si hablaran,—exclamé fijando en ellos mis ojos,—qué de cosas dirían! ¿Qué sería escu-

char esta faja de Gobernador, condenada al desprecio por el uso? ¿Qué este pedazo de sable, probablemente en cien pronunciamientos desvenajado? ¿Qué esta pluma, vendida tal vez al mejor postor? ¿Qué esta charretera, quizás por no muy gloriosos caminos alcanzada? ¿Qué esta espuela, acaso testigo mudo y auxiliar poderoso de fugas vergonzosas? ¿Qué dirían tantos despojos aquí aglomerados, revueltos y confundidos? . . . ¡Ah, si la verdad no anduviese tan escondida ó con tanto artificio disfrazada . . .

Mis párpados se fueron cerrando insensiblemente. El ayuno prolongado, que avivaba en mi memoria el dulce recuerdo del bien perdido, y la frescura precursora de la mañana, que yo, enemigo de la luz, veía acercarse como la nube preñada de granizo el labriego, como al recaudador de impuestos el propietario ó el industrial, como el vencimiento del cupón el Ministro de Hacienda, fueron parte para que me asaltase un sueño profundísimo.

Acababa de cerrar los ojos, cuando imaginé que se alzaba del fondo de mi cesto una figura de humanas formas. Mortal palidez cubría su semblante, una sonrisa helada vagaba en sus labios, sus ojos brillaban con la claridad de los astros, y su continente era tranquilo y mesurado.

Dirigíome una mirada grave y compasiva, y con voz clara y sonora se expresó de esta suerte:

—Yo soy la Verdad, por muchos pretendida, pero por pocos buscada con amor. Nací libre, pero la mano del hombre me sujeta á dura opresión y martirio. Ora al despótico yugo me sujetan, ora me disfrazan hasta confundirme con la mentira. Me viste con el traje de la virtud la mujer infiel; con afeites me acicala la entrada en años; me oculta con la máscara del patriotismo el mercader político, y con la de la libertad el ambicioso que quiere encumbrarse por torcidos caminos. Con fiera crueldad me sacrifican pomposos anuncios que ofrecen oro á manos llenas; palabras deleitosas que arrullan el oído cortesano, y pensamientos que al calor de la ardiente imaginación se fraguan.

Soy poderosa y bella; pero pocos se avasallan á mi imperio y rinden culto á mi hermosura deslumbradora. Muchos me siguen cuando alzo el vuelo á altísimas regiones y dejo en pos de mí los lindes terrenales; pero ¿quién puede gloriarse de conocerme siempre?

¿Pretendiste oír mi voz? ¿Has querido que salga del fondo de tu cesto miserable? Aquí me tienes. Yo te diré cuanto saber deseas. ¡La escoria social presentaré á tu vista; el ladrón que roba y es ensalzado; el que aleva mata y en medio de la opulencia vive; el perjurio que inspira confianza con el testimonio divino; el que con sangre humana comercia; el que seduce á la virtud y trafica con el vicio; cuantas miserias echan raíces á la sombra de la ambición y de la codicia!

Antes, empero, ya que quieres conocer historias ajenas, debes comenzar por recordar la propia.

Pobres y honrados padres díeronte al mundo, y por no ser lo primero, tuviste á menos la virtud que te legaron. El ejemplo de locas ambiciones satisfechas y de rápidos é inmerecidos encumbramientos, fueron grande parte para que la envidia, por la ruindad de tus pensamientos concebida, hiciera remontar el vuelo de tu vana presunción y estúpida arrogancia. Distes oídos á los seductores halagos del interés, y á él sacrificaste el pundonor; codiciaste el bien ajeno y perdiste el propio al azar; contrajiste deudas sagradas, profanando la palabra con el torpe propósito de no cumplirla; atento sólo al logro del deseo inmoderado, renunciaste el apacible goce de la paz del alma, y al verte ahora abandonado de la fortuna, miserable y harapiento, condenado á una existencia triste y errante sueñas aún en la dicha. ¡Vana quimera! ¡Consuelo que engendra la desesperación! ¡Inútil porfía!

—¡Basta, basta!—exclamé intentando apartar de mí aquella visión.—¡Más me valiera no haberme conocido! . . .

Los primeros rayos del sol, dando de lleno en mi rostro, me despertaron.

Recogí el cesto, y retirándome á mi buhardilla, decía para mí.

—Mis ilusiones se parecen á las de muchos españoles, que comen á medias y huelgan por entero; hasta tal punto les preocupa la esperanza de un destino, ó de un premio de la lotería.

¡Si sueñan alguna vez en el desengaño, no despiertan nunca con el sentimiento de la realidad!

NILO MARIA FABRA.

PAGINAS CORTAS

El santo de mi mujer

(POR OCTAVE PRADELS)

¡Qué día acabo de pasar!
 Hoy es el santo de mi mujer, de Angela. Esta mañana me dije: "¿Qué le ofrece?" "Un ramillete, es muy trivial....." "¿Un dije? es preciso tasarlo y esto es desagradable." "Sería magnífico que le regalase una buena lata de espárragos, además, á mí me encantan los espárragos."
 Dicho y hecho. Compré lo mejor que encontré en su clase..... seis francos la lata! Vuelvo á casa, y con la fisonomía sonriente de un marido que cree haber cumplido con su deber, entro en el cuarto de mi mujer, que estaba en tren de deshacer su tocado.
 —Quiero dar una sorpresa á mi Angelina en su fiesta.
 —De veras!..... Oh! tú eres muy galante! contestóme, buscando con la vista lo que yo ocultaba á mi espalda.
 Yo, acariciando sus mejillas, radiante, le presento la lata de espárragos.
 Angela hace una mueca!..... pero una de esas muecas!.....
 —Eso es todo!
 —Sí..... es una verdadera sorpresa, no?
 —Y..... eso es todo!
 —Sí, todo.
 —Ah! de seguro que tú no te arruinarás por tu mujer!—Y luégo añadió:
 —Eso es deprimente, mezquino!
 Mientras ella decía esto, yo me esforzaba en hacer valer mi regalo:
 —Pero, ve, qué hermosos son! Seis francos la lata! ya ves que no economizo!..... toma..... se los puede comer hasta el mismo tallo.
 Y en seguida yo llamo á la nifera.
 —Francisca, haréis cocer estos magníficos espárragos para nuestro almuerzo..... los comeremos en aceite.
 —No, dice Angela, con tono seco, en salsa blanca.
 —Pero, no obstante.....
 —Oh! naturalmente, tú buscas contrariarme.
 —De ninguna manera, pero.....
 —Sí, sí, te comprendo! Tú esperas, obligándome á beber vinagre, precipitar la ruidosa de mi pecho.
 —Angela, te aseguro.....
 —Es inútil!..... tú no me acostumbrarás á tus hábitos vulgares..... Oh! nunca!
 —Vulgares?..... A mis.....
 —Yo no comeré tus espárragos..... los de testo, lo mismo que á tí!
 —Angela, sabes que te excedes?
 —Supongo que no me impedirás hablar..... decirte que eres un.....
 —No termines!.....
 —Un modrego!!
 —Angela!
 —Sí, eso es..... insúltame ahora..... apro-

vecha, pégame..... pero no será impunemente..... toma!
 Y dándome una bofetada, toma su sombrero, abre la puerta y se escapa gritándome:
 —No me volverás á ver jamás!
 Yo estaba rojo de cólera, y mi mejilla lo mismo. Pero al cabo de cinco minutos, el temor me sobrecogió..... mi mujer es muy violenta, la conozco bien..... Bajo á la calle..... no la veo..... Corro, inquieto..... Llego al Puente-nuevo..... veo un tumulto..... Un pensamiento horrible me sofoca..... Veo

Nada!..... bajo al Sena..... Nada!
 Llego al puente de los Inválidos, y veo otro tumulto..... tiemblo de nuevo..... Era un caballo que se había caído..... Pierdo veinte minutos en verlo levantar..... Continúo bajando por la orilla del río y llego á Point-du-Jom. Me detuve y pensé: "La habré dejado atrás?" Vuelvo á subir..... En el puente de Grenelle veo un tercer tumulto..... y mi pastelerito que no tenía más que la mitad del helado en la sorbetera, la mitad se había derretido con el sol.
 —¿Qué sucede ahí?



COGIDO EN FLAGRANTE DELITO — Cuadro de J. Mante

—Que acaban de sacarla del agua.
 —Ah! habla pronto!..... es ella!.....
 —Sí. La muy bestia!..... está muerta.
 Yo siento que mis piernas flaquean, desfallezco; pero un supremo esfuerzo de voluntad me reanima, y digo al pastelerito, cuyo helado se derretía siempre:
 —Amigo mío..... aquí tenéis veinte francos y mi dirección..... Hacedla transportar á mi domicilio..... yo no tengo valor para verla.
 Y me escapo como un loco.
 Llego á mi casa..... sudoroso..... llamo..... la nifera me abre..... ella no tenía el aire compungido..... Estiman tan poco á sus amas estas criadas?..... Me dejo caer en una silla. La nifera me dice:
 —El señor no va donde está la señora?
 —No..... yo no me atrevo, después de lo que ha pasado..... ah! desgraciada!.....
 —Bah! la señora habrá perdonado al señor.
 —Tú lo crees, Francisca?.....
 —Ya lo creo! Ella no tiene el aire enfadado.
 —La han traído ya?
 —Yo no sé, pero ella está en el comedor.
 —Vamos! energía! me dije. Has tu deber..... Vé á pedir perdón á sus despojos.
 Temblando abrí la puerta del comedor y veo á mi mujer..... comiendo espárragos, y que me dice:
 —Y bien!..... Sabes que son magníficos..... ya no

quiero más!
 No encontré nada que decir, estaba lelo..... Llamen, y la nifera introduce al pastelerito, cuyo helado estaba completamente derretido, y que me presenta el cuerpo de una perra muerta.
 Entonces lo comprendo todo..... la alegría me ahogaba. Abrazo á la nifera y al pastelerito á quien doy otros veinte francos..... vuelvo donde está mi mujer, la abrazo, loco de alegría..... pero mi regocijo se desvanece al ver que Angela se había engullido el último espárrago..... y en salsa blanca!.....
 Reasumiendo, mi lata de espárragos me había costado cuarenta y seis francos!..... y no los había probado..... En otra ocasión le compro, más bien, un dije!

á un pastelerito que llevaba en la ebeza una bandeja, con una sorbetera de helados..... Yo le pregunto temblando:
 —¿Qué sucede ahí?
 —Ah! señor, ella debe estar ahogada!
 —Su nombre! pronto!.....
 —Yo no lo sé, pero sí puedo aseguráros que es muy hermosa.
 —Amigo mío, infórmate, yo te lo suplico, trata de averiguar.....
 —No tengo tiempo, señor: como véis, tengo que llevar los postres á mis amos que los esperan.
 —Yo bajo á saltos la escalera que llega hasta el nivel del agua. Me saqué una manga del paletot, pero afortunadamente me acordé de que apenas sé sostenerme á flote y eso sobre una tabla..... Vuelvo á ponerme la manga y sumerjo..... mis ojos, en todos sentidos, dentro del agua.

A la memoria de mi borrica

(POR OVIVIER DE RAWTON)

El asno no es el tonto animal que supone la gente frívola. He conocido asnos de mucho ingenio. Lo declaro categóricamente: no es burro quien quiere. Los pensadores de todas las edades son de mi parecer; todos los filósofos han guardado respeto al noble bruto. Homero, en el libro II de la *Ilíada*, compara la firmeza de Aquiles á la del asno. Un santo varón, el patriarca Abraham, tenía á su borrica en grande estima. Recordemos la burra del profeta Balaam, que sermoneó rudamente á su dueño y le probó que ella tenía razón. Pitágoras, el insigne matemático, encontró el ingenioso sistema de entenderse por señas con su asno; confiesa que sus conversaciones estaban llenas de encanto y que eran harto edificantes.

Viendo al asno alimentarse frugalmente con cardos y espinas, los sabios lo han comparado al hombre virtuoso que soporta con resignación las amarguras de la vida. Los padres de la Iglesia lo han presentado como el emblema de la prudencia cristiana, porque el astuto animal no se aventura sino con infinitas precauciones en los pasos peligrosos en que ya ha dado una caída.

La historia, que cita como modelos de agudeza el asno de Thales y los de los emperadores Cónmodo y Heliogábalo, nos enseña también que el humilde bruto debe compararse en el número de los más esclarecidos benefactores de la humanidad. Ciertamente, la araña ha sugerido la idea de tejer la tela; la golondrina fue generadora de la arquitectura; el ruiseñor ha formado los músicos; las cabras han introducido el uso del café; el hipopótamo ha hecho conocer la utilidad de la sangría; en fin, sin el pico de una cigüeña no habría sido conocido el boticario.

Estos diversos descubrimientos tienen en verdad sus méritos; pero cuán lejos están de igualar la ingeniosa invención del asno! Se sabe que Noé fue el primero que plantó la viña; pero generalmente se ignora que es á un pollino al que debemos el arte de hacer producir abundantes cosechas al precioso arbusto. Toca esa gloria al asno de Sileno: el buen jumento ramoneó muy á tiempo algunas ramas de uva y enseñó que aquel método para abatir los sarmientos hacía diez veces mayor la producción de los racimos y desarrollaba sabores divinos en las vides hinchadas de jugo. Para honrar tamaño beneficio, los habitantes de Argos le erigieron una estatua de mármol en la plaza pública. También en memoria de aquel hecho, los romanos adornaban las salas de sus festines con cabezas de asno, entrelazadas con pámpanos de vid. Por último, admitido Sileno entre los dioses del Olimpo, no olvidó que una parte de tanto honor correspondía á su cabalgadura: le solicitó un puésto distinguido en el firmamento y lo hizo recibir en el número de las constelaciones: desde entonces, el pollino no cesa de verter su luz tranquila sobre los oscuros blasfemos.

Así, los asnos de la antigüedad practicaban las más nobles virtudes. La historia y la mitología lo consignan. Sería fácil probar con citas tomadas de Xenofonte, de Herodoto y de Josefo, los padres de la historia, que los jumentos de su época estaban animados de gran valor.

Se tendría, por otra parte, falsa idea del valor del asno si se juzgase de la raza por los cretinos que habitan la Francia, tristes renuevos de una rama embrutecida por los golpes y por la pésima alimentación. Los orientales, llenos de celoso cuidado por tan valiente servidor, han sabido conservar sus bellas cualidades. El persa se dirige á su borrico con palabras dulces que le hablan al corazón y á la conciencia. Es el amigo de la familia, el compañero en la fortuna y en los días adversos. La

gente asnal, que prospera en aquellos felices climas, cuenta en su historia una legión de héroes y su libro de oro está ilustrado con gloriosas leyendas.

Contemos también tus virtudes, oh! mi borrica, á fin de que la posteridad se edifique en tus ejemplos y grabe la historia tu nombre entre los asnos ilustres que han sido honra de tu raza!

Se llamaba Gotton. Tenía por abuelo á aquel asno de Chartres "que tenía costumbre, según el ilustre Franklin, de galopar hacia el castillo de Guerville cuando oía música. El animal se aproximaba todo lo posible á la ventana del salón, y permanecía inmóvil, escuchando con profunda atención todo el tiempo que duraba el concierto."

Desde su más tierna infancia Gotton revelaba una inteligencia superior. Era alegre, llena de gracia y de atractivo; de ligero y elegante continente; tomaba aires de aristocrática soberbia cuando se la almohazaba, como que comprendía las ventajas que reportaba á su persona un traje acepillado, lustrado y sin tacha. Más tarde, una actitud honesta y decente previno siempre en su favor. Al verla, se quedaba uno encantado de su modestia. Caminaba con los ojos bajos, con paso igual y seguro. Si su andar era lento, estaba por lo menos lleno de moderación y de gravedad.

"La memoria del caballo, ha dicho Francóni, no dura más de ocho días, en tanto que la del asno se prolonga durante años." El célebre escudero tenía razón. Mi borrica, suelta en un establo especial durante la noche, no tardó en enterarse del mecanismo de la puerta que la retenía cautiva: hacía funcionar el pasador sirviéndose de los dientes y de los labios como de una mano. Utilizaba su saber para tomarse libertad desde el alba; nunca abrió la puerta antes del amanecer, como si comprendiese que el cerrojo la protegía también contra las sorpresas nocturnas del enemigo.

Gotton iba á pastar antes que los otros animales. No debe suponer que la gula fuese el móvil de sus salidas á prisa: la frugalidad de los asnos es proverbial. Pero ella tenía loables atenciones que cumplir; al llegar á la pradera, se dirigía discretamente á un rincón retirado y allí satisfacía sus necesidades; luego, ramoneando algunas yerbas altas, iba á refrigerarse en la corriente pura de un arroyo. Era muy delicada para sus bebidas: habría preferido morir antes que humedecer sus labios en el agua revuelta ó solo enturbiada por el paso de otros animales. Le gustaba sobre todo el agua clara y tranquila, que reflejara su imagen, para contemplarla con fruición.

Tan bellas disposiciones no podían pasar desapercibidas. Pronto se vio Gotton mimada por todo el mundo; lejos de dejarse corromper por la lisonja, se hizo más amable de carácter. Se hacían lenguas de su inteligencia los que la conocían y gustábales instruir la. Hizo rápidos progresos y llegó á ser un animal verdaderamente notable. Sin embargo, no quiero compararla á aquel borrico que según el testimonio de Orígenes y de Porfirio, dejaba de comer y beber por oír las lecciones de filosofía del célebre Ammonio de Alejandría. No tuvo tampoco el saber de aquel otro asno del que Jencio hizo el elogio en latín: aquel reunía las letras dispersas del alfabeto para componer sus respuestas. Si mi borrica no llegó á tan alto grado, debe culparse á la poca erudición de su profesor. Sus talentos eran modestos, pero reales: acudía dócilmente cuando se la llamaba; enderezaba las orejas cuando se le exigía que escuchase; contestaba con la cabeza "sí" ó "no" á las preguntas que se le hacían; golpeaba con el pie para indicar el número de personas presentes con tal que no pasasen de seis.

Gotton tenía una memoria admirable de los

lugares. Se la enviaba sola, á gran distancia, por el campo, á llevar la comida á los trabajadores. Su pie era seguro, su prudencia extrema: nunca tropezó, ni se hizo daño alguno. En rigor, acaso una sola malicia podría impropórsese en su vida, tan solo una, y eso! . . .

Un día que volvía sola, después de cumplida su misión, algunos pilluelos la detuvieron por el roncal, queriendo montarla; eran cinco. Gotton empezó á resistir, pero seguramente encontró más expeditivo dejarlos hacer; ya tenía sin duda su idea. Uno de los atolondrados cabalgó en el cuello, tres ocuparon el lomo y el quinto se tenía en la grupa mal que bien. Los diez talones implacables comenzaron á golpear los flancos del animal que parecía resultó á no caminar. De repente, la borrica levanta las orejas, arranca violentamente y se dirige hacia un charco de agua corrompida que dormía en un camino hondo. Entra en el lodazal, á pesar de su horror por las aguas sucias, se acuesta con su carga en medio del líquido fangoso, se incorpora con presteza iuaudita y se escapa arrojando un formidable ¡¡ jam! del triunfo. Se había desembarazado de los pillos; estaba vendada.

Un animal cuyos sentidos habían alcanzado tal desarrollo, debía poseer en alto grado el instinto de conservación. Mi borrica dio pruebas de ello durante el crudo invierno de 1860. Los lobos, arrojados de la selva por la nieve y el hambre, asolaban los campos y aún se acercaban por la noche á las habitaciones.— Lo había notado Gotton? Le había prevenido su olfato de la presencia de los merodeadores?— El hecho es que un día perdió su buen humor y no quiso salir sola. Cuando estaba afuera, parecía que algún peligro la amenazaba; veía á derecha é izquierda, fijaba los ojos en alguna roca, en algún matorral que pudiera servir de emboscada al enemigo. Una mañana, Gotton, que marchaba á la cabeza del rebaño, se detuvo de golpe; presa de invencible temblor. Olfateaba el estrecho sendero, movía las orejas en todos sentidos, estaba en extremo inquieta. La huella de un lobo indicaba á las claras que el carnicero había pasado por allí. Gotton, como todos los de su especie, tenía sus sospechas, que eran convicciones, y ninguna violencia la hacía ceder. A las más porfiadas instancias contestaba bajando la cabeza; humilde y resignada bajo el látigo, parecía decir á los que la maltrataban: "Pega, pero escucha!" Ese día no se logró que continuara su camino sino colocando un caballo delante de ella. Su astucia le había enseñado probablemente que el que abría la marcha cargaba con todas las probabilidades de caer el primero bajo los dientes del terrible saqueador.

Mi borrica predecía la lluvia y el buen tiempo con una precisión que ya tuvieron para sí los almanques. Sus orejas se mantenían rectas; caminaba de lado cuando iba á llover. Se balanceaba para anunciar buen tiempo. Se podía interrogarla acerca de los accidentes atmosféricos: jamás se equivocaba. Dejo á los sabios, más perspicaces que yo, el cuidado de explicar ese fenómeno de la presciencia del tiempo, cuyo privilegio han conservado los jumentos. Solo observaré, en apoyo de la sinceridad de mis observaciones, que un asno recibió el honor de ser titulado "Astrólogo del Rey adjunto á la Corte." Este notable suceso data del reinado de Luis XI.

Un día, aquel gran príncipe, queriendo entretenerse al placer de la caza, consultó á su astrólogo, quien le predijo un tiempo soberbio. Confiando en esta promesa, el rey se vistió ligeramente y se internó en la selva; allí encontró con un carbonero que caminaba en compañía de su asno. A Luis XI le gustaba conversar con los aldeanos; á este le preguntó cómo haría el tiempo durante la jorna-

da. El carbonero contestó que no tardaría en llover; el rey trató de contradecirlo, pero su interlocutor sostuvo la afirmativa, asegurando que su asno se lo había advertido. El rey se echó á reír y siguió su camino. Sin embargo, el cielo se oscureció, vino la lluvia, y Luis XI, rey y todo como era, se vio tan y bañado. Pero se acordó del carquillamente bañado. Pero se acordó del carbonero: lo hizo ir á la corte con su asno y, monarca de excelente humor, entregó á ambos los gajes del astrólogo y este fue despedido.

Los asnos, originarios de países cálidos, han permanecido friolentos. Mi borrica murió de frío una noche del año terrible. Contaba treinta y dos años de buenos y leales servicios. Una tarde; algunos caballeros bávaros invadieron la granja, sacaron á la anciana del estable para darle colocación al caballo de un oficial y la enviaron brutalmente á dormir á la intemperie. A la mañana siguiente se la encontró muerta sobre la nieve.

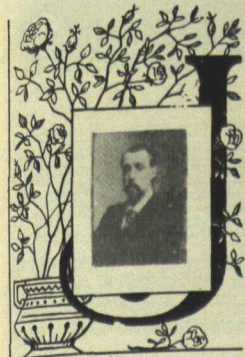
Los recuerdos de Gotton y de sus virtudes me han producido tal impresión, que hoy me sería imposible no solo maltratar, ni siquiera reprender á un asno. Cuando encuentro con uno de esos animales en cualquier lugar, en la calle ó en el campo, cargados ó libres, me apresuro á decirles palabras tiernas. A menudo me entienden y entonces experimento el placer de comprender el sentido de las respuestas que me dirigen, en sus miradas, en su actitud ó en algún movimiento expresivo de sus orejas. Pobrecillos!

El mundo divertido

6

LA VIDA CHISTOSA

(POR ALPHONSE ALLAIS)



Julito se comió las ciruelas pasas.

Al entrar de improviso en el comedor sentí que cerraban rápidamente la alacena, y sorprendí á mi Julito limpiándose la boca con la manga del vestido.

Quando me vio tomó su fisonomía una expresión de candor inefable y

sus ojos reflejaron el azul del cielo. Siempre que veo á Julio haciendo gala de tanta serenidad, sé de una vez á qué atenerme: para mí era un hecho positivo que el niño acababa de hacer alguna travesura. Sí, pero qué sería?

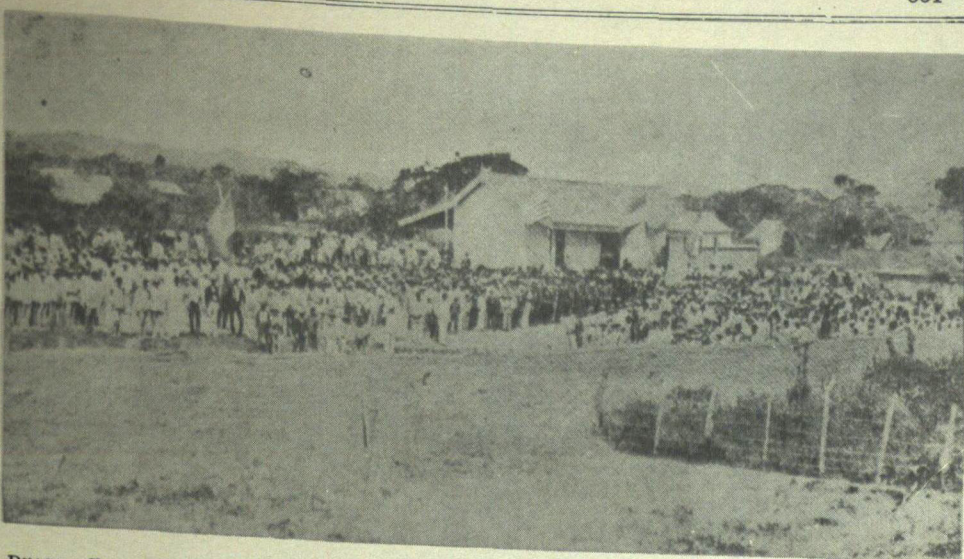
—Luego, sin esperanza de que me contestara con sinceridad, le pregunté:

- ¿Qué estabas haciendo?
- Nada, papá.
- ¿Cómo nada?
- No, nada, te lo aseguro, papá.
- ¿Tú cogiste algo de la alacena?
- Nada, papá.
- La cerraste cuando entré.
- Sí, papá, la cerré para que no entrara el polvo.
- Luego la habías abierto.
- No, papá, la encontré abierta.

Lo que más me molestaba de las confesaciones de Julito no era la mentira, muy natural si se quiere, sino aquel aspecto burlesco, como queriendo divertirse á costa mía.

Y yo conozco á Julito: cuando toma ese airecito ni Torquemada es capaz de arrancarle su secreto.

Me resolví, pues, á proceder personalmente á una pesquisa, explotando los dos lados de la alacena, para ver si encontraba algo



DUACA — ESTADO LARA — Vista tomada en el acto de la manifestación anti-inglesa efectuada el 12 de Enero de 1896

que me revelara el paso de Julio, y no fue muy larga mi investigación.

—Allí estaba una comptera que había contenido ciruelas pasas; éstas habían desaparecido, pero todavía quedaba almíbar.

Un policía novicio habría comprendido en el acto.

—Julito, ¿te comiste las ciruelas pasas que quedaron del almuerzo?

- No, papá.
- ¿Te digo que sí!
- ¿Y yo te digo que no!
- Pues dónde están las ciruelas pasas?
- ¿Cómo lo voy á saber yo! ¿Me las diste á guardar?

Quiero muchísimo á mi hijo, pero creo que los niños mentirosos y porfiados deben ser corregidos.

Iba ya á castigar al niño, cuando entró al comedor mi esposa Brígida, atraída por el ruido de voces.

- ¿Qué sucede? preguntó la señora.
- Sucede que Julito acaba de comerse unas ciruelas pasas y no lo quiere confesar.
- ¿Eso es verdad, Julito?
- No, mamá, no es verdad! Yo no he comido ninguna ciruela; y ¿para qué me había de comer las ciruelas pasas?

Brígida, mi esposa, tiene una debilidad deplorable para con nuestro hijo: todo lo que él hace le parece muy bien hecho, y naturalmente se puso de parte de Julio contra mí.

—¿Y por qué se ha figurado usted que este niño se comió las ciruelas pasas? Si las hubiera comido lo diría, ¿no es verdad, hijo?

- Sí, mamá.
- Y al decir este *si mamá*, el taimado me veía con su mirada más pícará, como diciéndome: "Sí, sí me comí las ciruelas! ¡Y otro día las volveré á comer! Y además, chitón!"

Estalló un fuerte altercado entre Brígida y yo.

¿Habéis visto alguna vez una leona á quien le digan que su cachorro se comió unas ciruelas pasas en tiempo prohibido?

Durante la tempestuosa discusión me vino de pronto una idea.

—Sí, exclamé, Julito se comió las ciruelas pasas! Y se lo voy á probar á usted.

—¿Ah, Dios mío! clamó la leona, cuidado como se te va á ocurrir abrirle el estómago!

—¿No hay cuidado!

Pasados algunos minutos contaba la ciencia con una nueva aplicación.

Gracias al tubo de Crookes que siempre llevo conmigo, y á un acumulador de mucha fuerza, tomé la fotografía de Julito, según

el procedimiento del Dr. Røengen á través de las sustancias opacas.

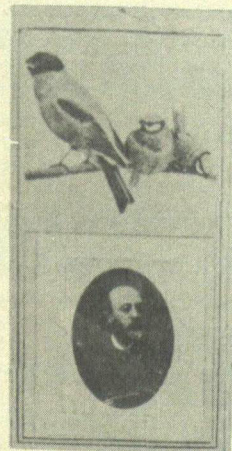
Mis previsiones quedaron confirmadas. En el estómago de Julio se veían perfectamente claros los siete huesos de las ciruelas que se había comido.

Contentísimo con mi descubrimiento, quise confundir al niño; pero él, muy al corriente de los experimentos modernos, me contestó con el mayor cinismo:

—Otra vez que se me ocurra sacar algo de la alacena, tendré cuidado de escoger las sustancias insensibles á los rayos X.

Silvana

(POR PAUL ARÈNE)



—¿De manera que usted es briesa?

—¿Yo, briesa? qué ocurrencia!

—Pero acaba usted de decir que buscando bien, nosotros debíamos suponernos paisanos.

Esto pasaba hace algunos años en el barrio latino, en una de aquellas cervecerías tan de moda entonces, en que servían mujeres. Paraísos vulgares, en suma, pero cuya vulgaridad se hace poética, vista por entre el velo del recuerdo.

La joven que, después de habernos traído cuatro vasos de espumante cerveza, acababa de sentarse á nuestra mesa pidiendo para ella al sirviente un quinto vaso, tenía una especie de belleza tan particular, que, sin fijarme en su acento, la había juzgado desde luego por lo menos arlesiana ó marselesina. Sólo una gota de sangre oriental que circulase bajo su piel ambarina pudiera justificar el voluptuoso abandono de su aire, la finura de sus formas, el tono negro azulado de sus cabellos naturalmente crespos, el terciopelo de aquellos ojos profundos y el coral de aquellos labios encarnados.

De ahí mi admiración y mi muy excusable error.

- Déjenos creer que usted es de Atenas.
- Que nó! pues que yo nací en una aldea



EL CHIMBORAZO

cerca de la Ferté-sous-Jouarre. Es por eso mismo que me llaman aquí "la briesa," pero no importa, me gusta más el nombre que me dio mi madrina.

—¿Cuál es ese nombre?

—Silvana.

—¿Y el de la aldea?

—Luzancy.

Luzancy..... aquellas tres sílabas me decían vagamente alguna cosa. ¿Durante qué existencia anterior había yo oído hablar de la aldea de Luzancy?

—Luego lo recordé.

—Luzancy! vaya! Luzancy!

—¿Qué! ¿conoce usted á Luzancy?

—No; pero no tardaré en conocerla. Allí tiene parientes mi amigo Marteroy y ha comprado una casita; y allá quiere llevarme todos los años este buen muchacho para una temporada campestre. Ya se lo había prometido yo para este próximo otoño, y le cumpliré ciertamente mi promesa, sobre todo si se pueden encontrar allí muchas mujeres como usted.

—¿Como yo? Eso abunda. En todos aquellos contornos cuando hablan de alguna trieguña un poco morisca, dicen por chanza: una rubia de Luzancy.

En esto, llamada por el timbre, corrió á recibir recién llegados.

En el momento en que salíamos volvió Silvana y me dijo confidencialmente:

—Pues que usted irá á Luzancy, á donde no puedo ir yo, puede usted hacerme un servicio. Es una moneda vieja que traje de allá, y que en mi nombre echará usted á eso de medianoche en la fuente.

—¿Qué fuente?

—Una que hay en el campo antes de lle-

gar á la ciudad. La llaman la fuente de Cramlen; todo el mundo se la puede enseñar. Sobre todo, no lo olvide!

—Dios me libre!

Y tomando de manos de Silvana la moneda, la metí cuidadosamente en el fondo de mi portamonedas, en el bolsillo en que guardo mis amuletos.

Tres semanas después, arrebatado por Marteroy, que con amistosa violencia había logrado encajarme en el último tren, pero sin olvidar mi promesa á Silvana ni lo que ésta me había dicho sobre Luzancy y sus muchachas, doblemente feliz, en fin, como folclorista enamorado de las supersticiones populares y como etnógrafo aficionado, me desperté en plena Brié.

No la Brié como uno se la imagina, tan chata como sus quesos, sino una Brié pintoresca y verde, ceñida de un horizonte de colinas, en que el Marne, roza la champafia tan de cerca en una vuelta, que los fabricantes de Reims y de Epernay vienen á comprar por altos precios, para transformarlo en vino aristocrático con casco plateado y gruesa armadura de vidrio, el pequeño clarete de sus viñadores.

Un país que ha quedado francamente rústico, con la necesaria cantidad de recuerdos.

En Luzancy, según lo advierte una placa conmemorativa, pasó María Leeziaska la última noche antes de entrar ya reina en París, y las campesinas al revolver la tierra de sus jardincitos suelen desenterrar antiguas monedas francesas semejantes á la de Silvana, pequeñas piezas que llevan la efigie de los duques de Bouillon, príncipes de Sedán.

No es raro en los bosques del contorno en-

contrar, derribadas por extracciones de piedras de molino y cavadas en grandes agujeros en los cuales se deposita el agua como en los cráteres apagados de Auvernia, ruinas de alguna falsa ermita ó de alguno de aquellos templos dedicados á Amor ó á Himeneo que la nobleza sentimental de cien años atrás ocultaba entre las sombras de sus parques.

Luego tradiciones más modernas: 1814, el ruido de los cañones de Montmirail, cuyos ecos guarda el valle; y allá arriba, coronando horizontalmente la interminable cuesta sembrada de aldeas y de castillos, una línea también interminable de árboles—desesperación de los paisajistas, y que en la mañana, esfumada por la niebla, ó en la tarde destacado sobre el rojo del ocaso, remeda la silueta fantástica de un ejército de gigantes en marcha—olmos legendarios del camino de Alemania, que según la tradición, hizo plantar Napoleón por sus prisioneros de guerra.

Era un domingo como de encargo para saludar el otoño y saborear la belleza de sus últimos días!

Al levantarnos nos asustó un poco de niebla: el suelo, el cielo, los grupos de árboles, todo se veía gris, con un gris finamente argentado. Pero estas nieblas, á lo que parece, anuncian buen tiempo, pues inmediatamente vimos brillar el sol en un cielo que repentinamente se volvió azul, cubriéndose de ligeros copos que aún en el mediodía se enredaban todavía, delgados y blancos, en las faldas de las colinas.

Se hacían entonces algunos paseos por las riberas de los ríos, cubiertas de hierba, y que tenían en la greña húmeda del sende-

ro, impres-
sas las hue-
llas de los
cascos de
los caballos
de tiro, ó
por debajo
de los bos-
ques toda-
via espesos
de follaje,
pero ya ro-
jizos.

Acercán-
dose á los
lugares ha-
bitados se
en cu en-
tran muros
bajos cu-
biertos de
musgo, por
sobre los
cuales sa-
len los
manzanos
de un huer-
to, árboles
pacíficos,
que sin sa-
berse por
qué, todos,
como en las
aguas fuer-
tes de Bres-
dia, toman
toda espe-
cie de posi-
ciones tor-
cidas, ex-
travagan-
tes y beli-
cosas; más
lejos, pen-
dientes donde la vña acaba de madurar sus
apretados racimos, y grandes labores de tierra
por sobre las cuales vuelan persiguién-
dose, azotando el aire con sus alas blandas y
lanzando sus gritos amorosos, bandadas de
cervos, animados por aquella falsa primavera.

Había fiesta en el lugar vecino, que te-
nía un nombre terminado en y, como todos
los de la comarca: Ussy, Bussy, Nessy, Ci-
try; y el bello sexo, en traje desde la misa,
se preparaba á gozar de los placeres del lu-
gar, que son: bailar bajo la tienda hasta la me-
dia noche, y regalarse con tortas de ciruelas.

Habíamos formado el proyecto de honrar el
baile con nuestra presencia, lo cual era suma-
mente fácil, no habiendo sino que hacer dos
kilómetros de camino y pasar luégo el puente.

Pero el encanto de una buena comida,
sólida al mismo tiempo que delicada, en
una mansión cuyo dueño ha sabido ponerla
á la altura de las comodidades modernas,
sin sacarla del orden campesino, los atrac-
tivos de un gran fuego de madera que la-
mía los leños con sus lenguas de oro, todo
esto, junto con un poco de beata somno-
lencia y de cansancio, nos retuvo allí has-
ta pasada la hora, de modo que era ya muy
tarde, demasiado tarde, cuando pensamos en
ponernos en marcha.

Ya los muchachos, animados por el aire
fresco, estaban de vuelta y en las encruc-
jadas de los caminos se hacían bulliciosas
despedidas, á las que sucedía alguna frase
de cantos solitarios que se perdía en la noche.

Las muchachas se iban por grupos, re-
gresando cada partida con pesar á su aldea.

Sin embargo las de Luzancy, que estaban
más próximas, no habían partido todavía.
Baillaban la última cuadrilla, y tuve tiempo
de contemplarlas. No eran todas precisa-
mente tan bellas como Silvana; pero eran
todas trigueñas, de aire suelto y distinguido
y con cierta semejanza común, que revela-
ba como alguna antigua raza que se hu-
biera conservado muy pura.



EL COTOPAXI

¿Cómo explicar esto?... Ya estaba yo en
camino de armar todo un sistema. Feliz-
mente tuve la idea de preguntar á Marte-
roy sobre este caso singular de atavismo.

—Nada más sencillo, exclamó mi compa-
ñero con una carcajada. Debemos pasar aho-
ra por delante del castillo, y como precisa-
mente da allí la luna, te enseñaré las armas
de los señores de Bercheny esculpidas sobre
la portada de honor. Durante más de cien
años tuvieron aquí de guarnición á sus hí-
sares. Ahí tienes soluciones que ignoran nues-
tros sabios.

—Entonces, Silvana, según tú.....

—¿Conoces á Silvana? Ha dado mal la
vuelta, la pobre muchacha! En todo caso yo
juraría que su bisabuela ó tatarabuela se
dejó enloquecer por la escarcela y los mosta-
chos de algún hermoso caballero húngaro.

Resuelto así el problema, sólo me queda-
ba por satisfacer el deseo de Silvana.

Hacia un lado del camino y á la orilla de
un pequeño bosque se extendía una fuente cuyo
murmullo oía yo al salir ella de la cuesta y
derramarse misteriosa y fría por un lecho
de piedras brutas, de aspecto druídico, som-
breado por trece grandes tilos.

—Esta es, me dijo Marteroy, la fuente de
Cramlen, donde todas las muchachas que
sufren de amor vienen á conjurar la influen-
cia de las hadas.

Las doce campanadas de la media noche
sonaron en ese momento en la aldea. Un
ruido ligero se oyó en el agua y se dibu-
jaron en ella algunas ondas.

—¿Qué has arrojado? me preguntó Marteroy.

Pero, temeroso de sus burlas, fingí no ha-
ber oído.

—¿Y Silvana?

Dios mío! Silvana..... Pero no me creeréis.
Es cierto, sin embargo, que habiendo querido
una noche informarme discretamente de ella:

—Silvana, la briesa! me respondieron del
despacho, esa sí tuvo suerte! Su amante volvió
por ella y hace ocho días que se casaron.

I—El Lago de Como

(POR RENÉ BOYLESVES)

He permanecido largo tiempo contemplan-
do como espejeaban las aguas con la luna.
Era al principio en un espacio muy limita-
do y movable, viniendo de Bellagio. La lu-
na subía. Había una verdadera confusión
de olitas tornasoladas, dando como idea de
una mascarada vista de lejos con las idas,
venidas y serpenteos de la embarazosa hora
primera de un baile. Cuando refrescó la bri-
sa, hubiera creído que se había dado la se-
ñal de la danza, de tal modo ví agitarse
de súbito nuestros pierrots y nuestras casa-
cas de colorines. Chocaban, se eclipsaban,
cabalgaban probablemente los unos sobre los
otros; en fin, saltaban hasta perder el aliento.
La luna se alzaba radiante y pura, y
sonreía. Era aquello una fiesta que ella daba.

Sin embargo, habiéndome distraído un mo-
mento el sonido de las campanillas resonantes
en la montaña lejana, busqué luégo en vano
mi pequeña comparsa carnavalesca. Ya no
la ví. ¿Hacia alguna parada fantástica y
el sonido de las campanillas había sido se-
ñal de un cambio de decoración? Pero aque-
lla nota musical de las campanas de los
rebaños tiene el poder de las hadas sobre
los espíritus! Y esforzándome todavía por
volver á hallar los disfraces y los ágiles jue-
gos, me pareció que á la luz de la luna
habían sido abandonados los adornos, y sin
vestido, se agitaban pero con ardor distinto
y sin igual:

“Estas olas, me dije, están sin duda ena-
moradas de la luna, y he debido ser yo ton-
to para no haberlo descubierto desde luégo.
Se lanzan á ver cuál la alcanzará, y saltan
en sus ímpetus y se matan unas á otras.
Hélas aquí avanzando en grupo; creen se-
guramente que van acercándose á ella á
medida que van avanzando en aquel plano
intranquilo. Es desigual y está hecho peda-

zoz en las orillas, y á veces completamente reducido, ó ya de nuevo dilatado, pues caen algunas que no se levantan más; pero no pasa mucho tiempo sin que el ejército recibiera un refuerzo de nuevas olas fanáticas. ¡Ah, olas loquillas! ¡ir á enamorarse así de la luna! Pero ¡hay que verlas, gran Dios! es interesante presenciar sus frenesíes! Qué rebullicio! Qué confusión! Qué revoltillo! Ah! cómo se hace pedazos la mancha luminosa; la creí extinguida, pero aquí está otra vez! Ella avanza, avanza hacia la luna que sube!..... Se va estrechando en proporción..... y desaparece! Va á ganar la orilla cercana; mis últimas olitas van á venir á expirar aquí..... Yo no quiero ver tal exceso!....."

Levanté entonces la cabeza hacia donde estaba la luna,—ella sonreía.

¿De dónde vino aquel canto con palabras italianas y amorosas, de dolor y de íntima ternura, que en el estribillo tenía un ritornello de ironía, y que se levantó precisamente en aquel instante debajo de los árboles de la orilla; y por qué se hizo tan sensible la belleza misteriosa de aquella noche!.....

II—El lago Mayor

A la hora que cae el sol detrás del Monterone, el lago, y todos los objetos que lo rodean, cubiertos por la luz que va á abandonarlos, se revisten de una apariencia tan dura y tan instable, que quisiera uno contener el aliento, temeroso de empañar tan bella suavidad. Piensa uno en muselinas, en telas blancas de iglesia preparadas por manos piadosas, en oraciones de vírgenes, en colores de niños. Una brisa débil, un soplo último, irisa las aguas color de pálidas lilas. ¿No hay en esto una emoción muda y solemne, estremecimientos contenidos, palabras respetuosas pronunciadas en voz baja? ¿A quién se toma el fugitivo pulso? ¿de quién se vela una vida que se retira? Los rubores últimos de los montes de Laveno se extienden y se juntan, casi lívidos, á las manchas de verde tierno que producen las hierbas débiles de las alturas; y esto da tonos lánguidos, desfallecientes, extenuados, comparables á los de las mejillas de una bella moribunda. En medio de esta singular escena, la Isola Madre, sola, opulenta, flamea todavía á lo lejos, como la magnificencia de sus colores autumnales, semejante á una cortésana gruesa y cargada de adornos que se retirase lentamente. Y al contrario, volviéndome hacia la izquierda, ví la Isola Bella, ya del todo hundida en la sombra, pero cuyas azoteas de mármol, reteniendo la perezosa luz, la hacen aparecer como el altar de una fiesta concluida ya, ó como aquel en que se colocó el Viático que administró al Rey misterioso que acaba de morir, terminados su obra y su placer, delante de la naturaleza arrodillada, mientras allá lejos se separaba, cargada de joyas su bella amada. Entonces el Monterone, en medio de la noche, se alza como un gran mausoleo.

Las carreras de antaño

(POR PAUL DIÉNAY)

DESPUÉS de un pequeño intervalo de algunas semanas, vuelven á abrirse las barreras de los hipódromos y las taquillas de la apuesta mutua; el público invade el campo, y su apresuramiento en apostar demuestra claramente cuánto interés le inspira la mejora de la raza caballar. Ni por un instante llevo á suponer que la única emoción que experimenta y que tanto le inquieta, sea la suprema emoción que produce el juego.

Hace treinta años, los campos de carreras apenas eran frecuentados. A excepción de algunos muy versados en las cosas del *sport*, á nadie interesaba la prueba de un caballo, y sólo se apostaba entre los iniciados. Todo eso lo hemos cambiado; y la Sociedad para la mejora de la raza caballar no llena hoy su objeto distribuyendo doce cestos de champagne entre los vencedores, como hacía en 1833.

Aquella era la edad de oro. En 1836 los doce cestos de champagne eran reemplazados por 46.000 francos en buenos escudos, los cuales ya se habían multiplicado en 1857. Para esta época gastaba la sociedad 362.000 francos; diez años después hubo de desembolsar un millón; hoy no bastan dos millones.

La primera carrera, según las crónicas, tuvo efecto en 1726. En realidad, antes que una carrera fue más bien una apuesta entre el marqués de Saillans y el marqués de Courtanvaux. El primero había apostado 6.000 libras contra el segundo á que iría en treinta minutos de la reja de Versailles á la reja de los Inválidos.

Por espacio de una semana la corte y la ciudad no se ocuparon sino del marqués de Saillans, y sobre todo de su caballo, al cual se le daba por alimento bizcochos y por bebida champagne. Los ociosos iban á ver segar el centeno en el trayecto fijado y el trazo de una pista recta entre Versailles y Sevres, una pista de tres pies de ancho, con grandes estacas clavadas á derecha é izquierda y cubiertas con papel blanco. La nobleza y la burguesía de ambos sexos apostaban unos al señor de Saillans y otros al señor de Courtanvaux: se jugaba desde un escudo de plata hasta centenares de luises.

A última hora, la señora de Saillans se echó á los pies del rey; para abreviar sus súplicas y tranquilizarla, Luis XV excitó al marqués á que se hiciera reemplazar por su criado. Grande fue la decepción; pero el tiempo era magnífico, nuevo el espectáculo, y una inmensa multitud llenaba la llanura de Grenelle, en tanto que la gendarmería, escalonándose á lo largo de la pista, apartaba á los curiosos y espantaba los perros. La carrera se efectuó perfectamente; sin embargo, el señor de Saillans perdió sus 6.000 libras por dos minutos y treinta segundos de diferencia.

No tardó mucho en tomar la revancha, á costas del señor d'Entragues. Tratábase ahora de ir en seis horas de la puerta de San Dionisio á Chantilly. No intervino esta vez la señora de Saillans: su marido ganó con 27 minutos de ventaja y embolsó 10.000 luises.

En 1750, el Conde d'Artois introdujo entre nosotros la moda de esas carreras que llevaban á Newmarket á todo Inglaterra. Efectuáronse en la llanura de Sablons, en Vincennes, en Fontainebleau: en este último hipódromo fue que Luis XVI trató de poner freno al furor de las apuestas. En 1877, algunos gentiles hombres organizaron una carrera de cuarenta caballos: asistió el rey, se mezcló entre los curiosos, y de modo ostensible apostó un escudo á uno de los caballos. Con la mejor fe del mundo se imaginaba que esta lección calmaría el ardor de aquellos exaltados. Pasajera fue su ilusión é inútil la lección, pues á su alrededor se perdieron hasta 7.000 luises.

Bajo la Revolución, los caballos de carrera se convirtieron en caballos de batalla, y en más de un encuentro fueron lanzados contra los apostadores que habían entrado á servir en el ejército de Coblenz. Sin embargo, se pensó en establecer "carreras de caballos y de carros para formar á los jóvenes, sin destruir en ellos la dulce compasión y las virtudes de la sensibilidad"; pero este proyecto resultó letra muerta, lo mismo que el decreto dictado por Napoleón en el campo de Bologne el 31 de agosto de 1805, con el objeto de revivir un gusto que se había extinguido con la monarquía.

Fue en 1827 que los caballos volvieron á correr en los hipódromos.

Bajo la monarquía de Julio, el duque de Orleans hizo venir criadores ingleses, compró caballos *pura-sangre*, é inauguró el campo de Chantilly, el cual se convirtió pronto en un sitio de reunión á la moda.

Allí cada carrera, en la primavera y en el otoño, era precedida de una cacería y seguida de un baile, de un espectáculo y de un concierto en los estanques de la reina Blanca. Por el pabellón donde ofrecía un almuerzo digno de Vatel pagaba Lord Seymour 50 luises, y el resto estaba en proporción. Seis días de alquiler producían más que dos años.

Las más concurridas eran las carreras de mayo. Allí se daban citas grandes criadores, nobles damas, ilustres caballeros. Véase allí al príncipe de la Moskowa, Ch. Laffitte, Wilkinson, Allonard, de Normandíe, y los caballos de lord Seymour, *Miss Annette* y *Fra Diavolo*, eran siempre los favoritos.

Todo Paris,—entonces se decía "todo lo conocido,"—frecuentó de 1834 á 1840 la Croix-de-Berny, donde por primera vez las *steeple-chases* hicieron entrar en liza á los *gentlemen-riders* venidos de Inglaterra y á nuestros mejores caballeros. Formábase allí un enjambre de mujeres lindas y de encantadoras amazonas. Las primeras iban en carretela, envueltas en elegante manteleta, con sombrero cubierto de flores, y dejando flotar negligente-mente sus anchas y deslumbradoras bandas. Era un goce supremo para la vista. Algunas, poco familiarizadas con la lengua inglesa, destrozaban las palabras técnicas; y por largo tiempo se divirtió Mme. de Girardin en sus crónicas á expensas de ciertas remilgadas que queriendo pasar como conocedoras, disertaban inconsideradamente sobre los respectivos méritos de la *course-plate* y de la *steeple-chase*, á las cuales llamaban, sin pensar nada malo, *les petites chaises*.

Bajo el segundo Imperio, la Marche destronó á la Croix-de-Berny. Las entradas producían 40.000 francos y esto era excesivo en aquel tiempo. Los *sportsmen* de la época llevaban velos de amazona atados á sus sombreros, para ampararse del sol y librarse del polvo.

En 1863 la Marche fue destronado por Longchamp, donde se corrió por primera vez el Gran Premio. Quiso la moda que en la noche se fuese en bandadas á Mabilie, para tomar allí á bastonazos formidables revanchas de Waterloo en la espalda de los ingleses. Mabilie ya no existe, y esas viejas querellas se han extinguido. Además, si la pérdida Albión nos disputa aún el Gran Premio, ha perdido ya la dulce costumbre de ganarlo, y al cesar la causa ha desaparecido el efecto. Espero que ustedes me agradecerán que no lo haya hecho constar en latín.

En el wagon

(POR MAURICE GUILLEMOT)



MONTA con su abuela una niña de nueve ó diez años, ya notable por una existencia corta.

Grande, demasiado para su edad, las manos flacas, largas, estriadas por hilos azules en relieve; en la faz sin sangre, en que el solo color es de los labios rojos, se ven los ojos, rodeados de espesas pestañas, vagos, claros, limpidos, sin dirección, como cansados de mirar; lleva la cabeza algo echada hacia atrás por los cabellos pesados, cabellos rubios rizados en bucles, que tienen un bello tinte de trigo pálido, la pobrecita tiene la voz velada, casi lejana, y su habla es lenta, más infantil de lo que

debiera, un habla de muñeca que tuviera algo roto.

Está sentada en el rincón, su delgado cuerpo echado sobre los cojines, la cintura sin fuerzas, y se divierte con juguetes que pronto desecha, con dulces que no come por completo; todo la cansa, y se creería que la sofoca el hacer cantar aquella rana de cartón que tiene sobre las rodillas, así como en roer con sus diminutos dientes aquel pedazo de azúcar de cebada. La abuela abre y cierra sin cesar, su saco de viaje, esclava sumisa de los caprichos de la niña.

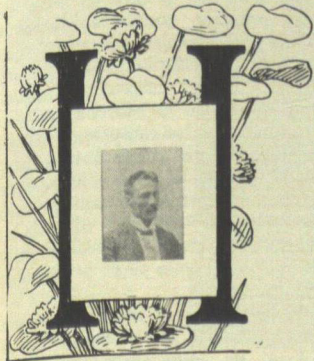
La abuela, es una burguesa sanguínea, cuyo rostro de subido color injuria la palidez de la chiquita; está llena de atenciones sin que en apariencia tenga muy graves preocupaciones; sin embargo es muy cariñosa con la niña. A cada minuto se inclina sobre ella y la besa, y la manecita pasa inmediatamente para limpiar, para borrar aquellos besos que aún cansan á la pequeña paciente.

Quizá sabe la buena mujer que no la besará siempre y descuenta lo porvenir en el egoísmo de su corazón; al ver á la niña, no se piensa que podrá llegar á ser muy vieja: es tan menuda, parecen tan débiles sus piernas para sostenerla, las flacas rodillas hacen marcas cuadradas en la ropa, todo el cuerpo parece tan frágil; apenas se imagina uno aquella niña desfallecida llevada á paseo, al sol, en una playa del mediodía; y entonces sueña uno para aquel sér desconocido, para aquella víctima de injusta suerte, un inesperado bienhechor que, desafiando la muerte, emplease su riqueza, su ciencia, su voluntad en regenerar aquella flor que se marchita, en salvarla de la horrible tisis.

Sea herencia, accidente, consecuencia de una enfermedad, ¿por qué sufre aquella pobre, pequeña pálida?

María

(POR JOSÉ E. MACHADO)



ACE ya tiempo que la conozco: hemos jugado juntos á la sombra de los altos y recogido piedrecitas á las orillas de la mar. Su cabellera de niña ha rozado mis mejillas; sus

blancas y diminutas manos se han apoyado en mis hombros; y sus hermosos y negros ojos me han mirado con cariñosa expresión.

Allá en nuestro pueblo nos íbamos en las tardes de verano á contemplar la puesta del sol ó á corretear por la playa, mojando nuestros pies en las cálidas aguas del golfo: á veces la blanca espuma de las olas, al quebrarse entre las peñas, salpicaba sus vestidos y su cara, y entonces ella corría hacia mí y buscaba refugio entre mis brazos.

A la hora de la comida nos volvíamos á la casa: por el camino yo arrancaba las flores silvestres con que la exuberante vegetación de los trópicos alfombra nuestro suelo y le ofrecía un ramillete que ella recibía y pagaba con angelical sonrisa. Después, por la noche, nos reuníamos en el vasto salón de tertulia: la abuela dormía en el ancho sillón de suela, teniendo entre sus manos el rosario, cuya última cuenta acababa de pasar; mi padre leía, apoyado de codos sobre la mesa, á la luz de una enorme lámpara de bronce, que arrojaba



MONUMENTO DESTINADO Á LA CIUDAD DE SEDAN (por M. Croisy)

sobre el libro sus rayos tembladores; en el lado opuesto de la mesa mi madre tejía al Crochet, y la madre de María, con quien la unía antigua y leal amistad, bordaba unas lindas zapatillas de raso que habían de servir á la niña para su primera comunión. Allá, en el fondo de la sala, sentados en el viejo sofá, María y yo esenchábamos embelesados á la vieja Naná, que nos hacía temblar contándonos las pavorosas aventuras del terrible Barba Azul ó nos llenaba de gozo relatándonos las hazañas del afortunado Aladino.

Al vibrar la primera campanada de las nueve nos marchábamos á dormir, después de haber estampado dos ruidosos besos en las mejillas de nuestros padres. Los días se pasaban en triste monotonía y el tiempo se deslizaba tranquilo para nosotros; pero, ¿quién en la vida no conoció el dolor? ¿cuándo fue sólo de ventura la morada del hombre? ¿qué felicidad ha sido duradera?.....

María había cumplido ocho años y yo los diez, cuando su madre recibió una carta de una pariente que se encontraba enferma y

reclamaba su presencia. Pronto se hicieron los preparativos para el viaje: se arreglaron las maletas y se recogieron los objetos de mayor necesidad. Al otro día se detuvo ante nuestra puerta un pesado coche de camino: la despedida fue triste y nuestras lágrimas corrieron en abundancia!

La ausencia de aquellos seres queridos, que ya nos habíamos acostumbrado á mirar como familia, imprimió cierta sombra de tristeza á nuestra vida, y á mí sobre todo me causó profunda impresión. Ya no escuchaba con placer los cuentos de la buena viejecita, ni me entusiasmaban las aventuras de Robinson, ni me maravillaban el brillante vestido y la mágica varita del hada benéfica de la amable Cenicienta. Ya no recogía flores en las avenidas del parque y las lilas y las madreelvas se inclinaban desmayadas sobre sus mustios tallos sin que mis manos se alargasen á cogerlas para colocarlas en los tiestos de barro que adornaban nuestra ventana.

Los años pasaron: la muerte borró algunos de los nuestros del libro de los vi-



VISTA DE GUAYAQUIL

vos ; el viento de la desgracia dispersó los restos de nuestra fortuna ; los azares de la vida me empujaron fuera de la patria ; y los desengaños, los crueles desengaños, acumularon en el fondo de mi alma un mundo de amargura.....

Un día, vuelto ya á la patria, recibí un billete de la señora de Z. en que me invitaba para una reunión que tendría aquella noche con motivo de ser el natalicio de su hija. A la hora fijada me dispuse y concurrí á corresponder á tan fina cortesía. Los salones de la amable señora ofrecían un aspecto deslumbrador. Las brillantes bujías al reflejarse sobre los pálidos cristales de Venecia, quebraban su luz en multitud de rayos, que despedían hermosos resplandores ; grandes jarrones de porcelana ostentaban bellísimas flores, que embalsamaban el aire con sus suaves perfumes ; y las pesadas colgaduras de damasco templaban el ambiente deteniendo la entrada á aquel airecillo de invierno que soplabá allá fuera.

Al entrar en la sala fijó mi atención, entre un grupo de jóvenes, una vestida de azul celeste que ostentaba en el pecho una hermosa camelia. Mi corazón latió apresurado.....Por mi mente pasaron, escapados al olvido, los recuerdos de los alegres días de mi infancia.....de las hermosas tardes de verano, y de los gratos paseos á orillas del mar.....Nuestra casa tan tranquila.....las flores del jardín.....los cuentos de Naná..... No hay que dudarlo : aquella es María, radiante de hermosura ; ostentando todas las gracias de la niña y todas las seducciones de la mujer.

Instintivamente y sin darme cuenta de lo que hacía, avancé á donde ella estaba con los brazos abiertos y murmurando su nombre.....Me vio : una sonrisa fría y desdeñosa asomó á sus labios y un "Caballero" seco y aterrador me hizo volver á la realidad y detenerme avergonzado.

Después de aquel día nos hemos visto muchas veces sin cambiar un saludo ni dirigirnos una mirada ; pero siempre al verla, recuerdo enternecido el momento en que nos despedimos llorando á la puerta de la casa solariega.

Sensaciones de viaje

(POR M. DIAZ RODRIGUEZ)

Es este un libro venezolano que viene de París. El artista, nacido á las faldas del Avila, parece ser que ha escuchado de niño lo que dicen las aguas del Eurotas.

Secretos nunca los tuvo para él la dolorida Venus mítica ; antes bien le cantó la canción de los mármoles.

Roma, la Roma gentil, le dijo de tristezas que ella sufría, tristezas que apenas si atenúa la lágrima doliente llorada sobre las ruinas por algún amado de los dioses.

Parténope, de cielo fulgurante como un zafiro, de arrabaldes que culebrean como reptiles de piedra, y de palacios que se irguen como lirios en flor, Parténope puso en la paleta del artista azul de ideal y rosa de mejillas de amada núbil.

Pisó en su romería tierra del Asia, y fue de allá de donde trajo el poeta la confirmación de cómo es cierto que ha ensordecido el mundo para voces venidas, como Gabriel, á anunciar nuevas de lo alto.

Naná de los pueblos, Pompeya, la ciudad yacente, habría desabrochado su jubón escarlato, en otro tiempo, y dado su seno de amante fácil al joven viajador.

Pasa Venecia con la cetrinidad de sus románticas lagunas, surcadas por negras góndolas misteriosas ; con sus palomas á bandadas que parecen bandadas de ilusiones ; con sus niveos palacios, enfilados como guerreros de mármol ; con sus romanzas tiernas que cruzan bajo el cielo, en plena noche, como aves encantadas.

También pasa Florencia, y con Florencia sus recuerdos gloriosos ; sus pinturas, mármoles y bronceos del Renacimiento ; su Cellini que labora con primor una rodela ó un aro ; su Leonardo de Vinci que con el propio pincel divino dibuja la beldad de Joconda y *La sublime Cena* ; con sus obras de Miguel Angel, que crea un pueblo marmóreo de torsos desconuables, biceps atléticos, formas tónicas ; con sus obras del hombre cuyo genio llamó á juicio á cuantos fueron los humanos.

Y pasa la ignota y risueña aldea lombarda, oculta como en secreto, en un magnífico rincón de la Península ; pobre aldea á donde fue un día el grandilocuo poeta á extinguir la nostalgia, que, como luz de lámpara siniestra, iluminó sus tristes noches de estudiante.

Y cuando uno regresa de este viaje ideal, y grita desde el andén de la estación ferroviaria:—¡ Oh, Maupassant : oh, De Amicis : oh, Castelar : adiós ! entonces es cuando comienza para uno la nostalgia de aquellas lejanas tierras desconocidas.

RUFINO BLANCO FOMBONA.



L crepúsculo vespertino se alejaba del universo.

La rápida ondulación de la luz zodiacal, ornamento de las zonas intertropicales, formaba un abanico de perlas y zafiros en la región celeste.

Al llegar á las selvas, donde el azahar y las caléndulas exhalan emanaciones odoríferas, la jaca se detuvo instintivamente á la sombra de un álamo frondoso.

Internéme al través de las malezas, saqué la cartera, y escribí las siguientes líneas, evocando reminiscencias delectables :

Volaron los días infantiles, y aún conservo incólume su inefable recuerdo, sus finezas afectuosas : como las flores marchitas el perfume en su suave seno. Aún me parece oír la cantinela eólica de la amiga de la infancia, á quien encontraba guiando su rebaño. Todos los jóvenes de la comparsa estudiantil, que hacía su romería al azar por estos sitios, quedaban extáticos, como artistas en ciernes, al ver las aves como revoloteaban por los aires ; como brillaba en el horizonte el astro refulgente, envuelto en peplos crepusculares ; y como el céfiro agitaba la corola del jazmín y de la lila. ¡ Niedades propias de aquella edad !

Al llegar al tienducho solariego nos ofrecía la deidad inolvidable, su canastilla de nueces tostadas, bajo el emparrado floreciente. El faldero ladraba al vernos, por el ruido con que llegábamos ; y la vaca pacía en la granja. No sorprendida por nuestra presencia, por entre el corpiño rosado, dejaba ver los delicados delineamientos del primoroso seno, no como la hetaria antigua, sino como la deidad angélica, de las confidencias inocentes, que formó por entonces, el clásico palacio de mis lánguidos sueños. Luégo entonces en la gaita armonioso ditirambo, con la desenvoltura pueril del jovial gañán de los campos. Peinábamos con indecible sinceridad sus áureos rizos, imaginándonos á Daira, la ninfa voluptuosa de los mares ; é íbamos formando una diadema de flores silvestres para exhornar su rubia cabellera. Era una miniatura, de rostro peregrino, dotada con los dones de la belleza ideal y de la bondad amable.

Sobrevino el tiempo y la ausencia. Aquella imagen flota aún en los recuerdos de una niñez feliz. Aquí en estos sitios, un tiempo panorámicos, todo ahora me parece triste. ¿ Dónde está la pastorcita rubia, delicia en mis correrías infantiles ? ¿ Dónde la estancita, en que solía estrechar su cintura airosa, y en cuyos labios imprimí casto beso ? Qué feliz era entonces en la pradera, donde recogíamos flores y fresas ! Ah ! quién hubiera despertado de aquel ensueño fantástico de la ilusión, que forjaba una Driada, ante la bella realidad de una mujer hermosa, de corazón generoso, en cuyo seno adorable y piadoso depositaba mi cabeza, no con anhelo lujurioso, sino con el amor casto de la niñez inocente.

Si ; allí, bajo aquel albergue rústico, bajo aquella modestia natural, había un tesoro oculto, de belleza conmovedora.

Cuán magnífico es este sitio, con la perspectiva de un cielo siempre traslúcido, con un firmamento siempre circuído de fulgores. Al rememorar ilusiones desvanecidas, algo falta que surge en mis recuerdos fugitivos, como sombra funeraria, como deliquio de mejores días !

Aquí terminó mi soliloquio; cerré el memorandum, fijé en él pacientemente el lapicero, y partí á la ciudad.

La jaca descoge su coraje cerril y con su galope largo salva las breñas y zarzas del camino. Las sombras me arrebujan con sus tintes oscuros. Es la sosegada noche que viene ennegreciendo el horizonte sensible; suena á lo lejos el eco de los bronces; las sílfides dan su adiós á la campiña; las estrellas parpadean, y los bólidos se conflagran en la inmensidad; la brisa alpestre hace vibrar los castaños; sacude el polen de las gardenias y pasa luégo, besando mi frente helada como el mármol!

Oh tardes venturosas! oh pasión semejante á la que lanzó á Safo de lo alto de la peña! No volverán! Las cigarras, colorines y pardillos que ahuyenta el invierno; el estío al soplo del otoño; la luz al paso de la sombra, reaparecerán con sus encantos; pero la figura vaporosa y plácida de aquella deidad tan querida, como la Ofelia naufraga, no retornará nunca á mis ojos: es eterna su ausencia en mi alma, como su recuerdo en mi corazón!



CAÍN—Pusto de José Magr

Atelantando hacia lo imposible

(POR HUGUES LE ROUX)



Hay en cada país una aspiración, un ensueño particular, constante anhelo de todos sus habitantes: la mujer próxima á ser madre goza con la idea de que su hijo pueda llegar á la realización de tan precioso sueño; los jóvenes alimentan la ilusión de ser ellos los afortunados, y hasta los hombres ya maduros abrigan alguna

esperanza.
Hacia lo imposible . . .

—¿Seré yo? ¿Será este niño que acabo de dar al mundo? ¿Alcanzará alguno de mi raza ese laurel inaccesible?

Hubo un tiempo en que se dijo:

—La palabra imposible no existe en francés. La única aspiración de ese pueblo era entonces asaltar fortalezas, con la seguridad de llegar siempre á las almenas, llenando de cadáveres los fosos.

Pero nosotros, que nos remontamos con el corazón, anhelando llegar á la justicia, nosotros, que sentimos doblegarse las escalas bajo nuestros pesos, nos atreveremos ahora á repetir la misma frase:

—En francés no existe la palabra imposible? Ah! cuánto envidio á esos habitantes del Norte, que, viendo el cielo demasiado alto para tratar de escalarlo, vuelven la mirada y dirigen sus ensueños hacia ese polo de la tierra, donde, según se nos comunica, acaba de poner el pie uno de ellos mismos, el doctor Fridtjof Nansen.

Hé ahí triunfante el sueño de toda una raza con esa llegada á lo Imposible.

Existe una leyenda de Bjornson, que, aunque velada por un símbolo, sirve al poeta para dar una lección al orgullo ilimitado del pueblo noruego.

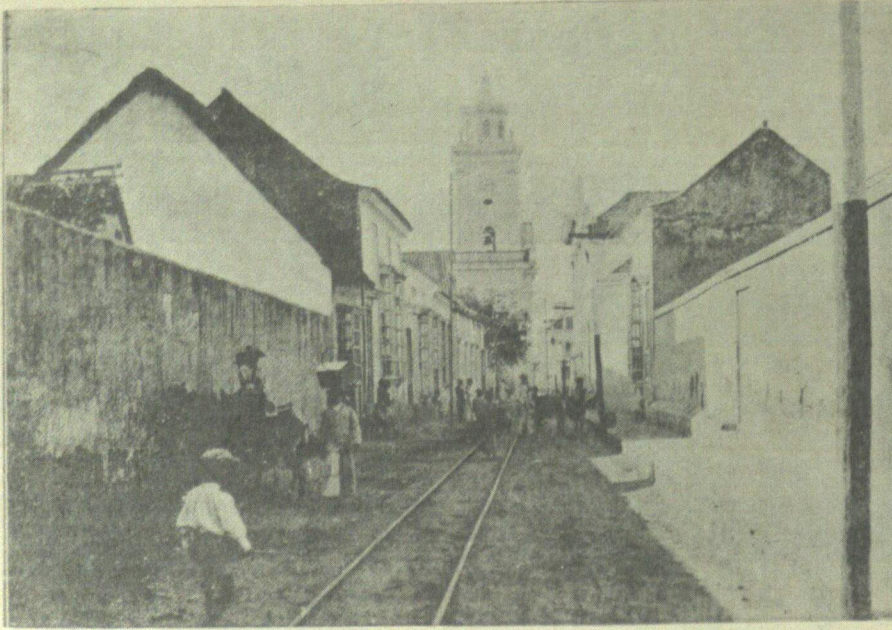
Coloca á inmediaciones de cierta aldea una roca escarpada, á cuya cima llegan todos los años las águilas, para formar allí su nido.

Un aldeanito que las ha seguido con la vista en varias ocasiones, ha llegado á decirse:

—Cuando sea grande, subiré á la roca y sacaré el nido á los aguiluchos.

El muchacho es ya un hombre, y cumple su juramento. En presencia de sus compañeros trepa á la roca, llega hasta la cima, ya toca el nido, ya le aplauden los de abajo . . . Pero . . . ¿Será algún vértigo? ¿Habrá perdido el equilibrio? . . . Suelta el nido, . . . rueda . . . y viene á estrellarse contra el suelo.

Reunidos están los habitantes del pueblo al rededor del cuerpo del que quiso llegar á



CALLE DEL OBISPO LAZO — MARACAIBO

lo Imposible, y allí, en presencia de la muerte, pronuncia un anciano estas palabras que encuentran eco en todos los corazones:

—Es bueno que la mano del hombre no pueda alcanzarlo todo.

* **

Después de Bjornson es Ibsen el destinado por el Norte para referirnos otra ascensión hasta el águila. Invocado por Hilda, la heroína de *Solness*, encuentra la juventud noruega al viejo constructor de torres, al filósofo inventor de sistemas atrevidos.

Y le pregunta:

—¿Me has hecho ya mi castillo en el aire, ese Edén de mi fantasía donde viviré libre, sin obedecer más que á mis instintos?

El filósofo que quiere ser amado de la Juventud, responde:

—No, pues si subiera á lo alto de la torre que para tí he fabricado, al llegar á la primera plataforma, exclamaría, dirigiéndome á Dios: —“ Puedo pararme sin tí ! Rechazo la ley moral y me declaro libre.”

Y la Juventud, deseosa de apartarse del deber, le anima.

—Oh! sube. Sí, díle eso mismo á Dios y te amaré ! Solness llega á la torre; pero no se siente con derecho para pronunciar la palabra que libertará á los hombres del yugo de la divinidad. Vacila y cae su cuerpo destrozado á los pies de la que le ha pedido que llegue á lo Imposible.

Hilda existe. He conocido á esa virgen del Norte, deseosa de que por su amor, lleguen á tocar lo que la mano del hombre no debe alcanzar.

Ocho años tenía yo cuando ella cumplió los seis de su edad: llamábase Mamy Watton y era hija de un oficial superior de la marina inglesa. Su padre había perecido en un naufragio, y Mamy fué después á habitar, junto con su madre, una casa inmediata á la mfa. Rica, arrogante, prodigiosamente bella, volvió, ya de quince años, á su Nuevo Mundo, llevándose los corazones de todos los muchachos que habíamos jugado con ella á los aros.

Supimos que se había casado á los diez y ocho años con un oficial de la marina americana, capaz de dominar el corazón de una orgullosa como Mamy.

Se llamaba M. de Londres.

¿ Os acordáis de su historia ?

* **

De regreso del viaje de novios, en 1881, le ofrecieron á M. de Londres el mando de

la *Jeanette*; se trataba de seguir el camino emprendido por otros tantos en solicitud de lo Imposible: el camino del Polo.

El oficial no era ya libre; consultó á Mamy, y ella, con presuntuosa confianza, contestó: —Partid

Ah! pobre Mamy! Cuántas lágrimas habrás derramado sobre las páginas de ese diario de su agonía, encontrado muchos meses después entre los hielos. Tu marido no desfalleció sino después de haber asistido á todos sus compañeros. Quiso ser el último.

Así escribía al terminar su diario:

“En esta noche de pascua he enterrado á John Haward, mi último marinero. Doy fin á este diario de viaje, pues se acerca mi última hora. Me encomiendo á Dios, al recuerdo de mi mujer y de mis amigos.”

Desventurada Mamy, cuyos ojos azules hemos adorado, ¿ en dónde te has refugiado para llorar hasta la muerte, al que por complacerte, trató de llegar á lo Imposible ?

La desgraciada *Jeanette* naufragó en las tierras Wyssolkji, en Siberia. El doctor noruego Fridtjof Nansen aseguró, poco después de esa pérdida, que se habían encontrado restos

de la *Jeanette* en las costas de Groenlandia. Explicó que las tablas podían haber quedado sujetas en el hielo, siendo arrastradas por la corriente á través del mar libre del Polo, una vez que empezara á deshelar. Afirmó también que un buque que quedara cogido entre los hielos, en el mismo lugar en que había naufragado la *Jeanette*, sería igualmente impulsado por ellos, á través de ese océano, hasta entonces inaccesible. Dijo que iba á construir esa nave, que él mismo sería su capitán y que llevaría provisiones para tres años. Sólo pedía que hubiera un segundo y doce compañeros de buena voluntad. Muchos se presentaron y no tuvo más que hacer sino escoger entre tantos.

Todavía se oía en Cristiania el rumor de las aclamaciones con que despidieron al valiente, capaz de tan grande heroicidad, cuando llegué á Noruega, á fines del verano de 1893. Todas las librerías estaban engalanadas con la carta geográfica en que el doctor había trazado audazmente con puntitos rojos el trayecto ideal de su viaje. A la izquierda se leía: 1893; á la derecha, como indicando la fecha de la llegada: 189 . . . y un punto de interrogación.

Con el Dr. Nansen se embarcó como segundo piloto el teniente Hansen. Este oficial estaba para casarse con una de las jóvenes más encantadoras de Cristiania, cuando resolvió partir en la arriesgada expedición. En el momento de levar anclas quiso devolver su palabra á la que tantas probabilidades tenía de quedar viuda sin ver realizada la boda. Pero la joven no quiso consentir en semejante proposición, y el marino partió, animado con la esperanza de volver, y contando ya como cierta la victoria.

Quiera Dios que no nos hayan teleografiado de Cristiania una noticia falsa. Permita Dios que Hilda no tenga también que llorar la muerte de aquel á quien dio aliento para conquistar lo Imposible.

En estos tiempos, en que nos vemos entristecidos por tantas miserias, nos dan ejemplo consolador esos hombres del Norte, con sus miradas constantemente dirigidas hacia el Polo, ambicionando ser los primeros en tocar con sus pies las nieves immaculadas.

La gloria, el amor á la verdad los hacen fuertes; son semidioses por sus prodigiosas empresas, y al mismo tiempo hombres débiles semejantes á nosotros; son nuestros hermanos, porque tienen nuestras mismas flaquezas, y sienten también la necesidad de entregar su corazón á una mujer, que, como la novia del teniente Hansen lo guarde en su cofrecillo de bodas, ó como la viuda del comandante de Londres, en una cineraria.



CALLE DERECHA — MARACAIBO — Fotografía del señor Maggiolo



SAN ANTONIO ABAD Y SAN PABLO EL ERMITAÑO—Cuadro de Andrés Surand

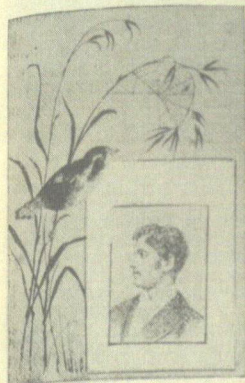
CRONICAS PARISENSIS

Una visita á Max Nordau

Á D. J. M. HERRERA IRIGOYEN

El autor de Degeneración.—La degeneración en España.—Los editores.—Los crítico-optimismo.

París—1896.



Cuando Augusto Dietrich publicó en francés los dos enormes volúmenes de *Degeneración*, algunos cronistas parisienses hablaron de Max Nordau como de uno de esos profesores eruditos y malhumorados que trabajan pacientemente bajo la sombra fría de los claustros universitarios de

Alemania.—“Para comprender el origen de este enorme manicomio literario—dijo entonces un cronista del boulevard—sería necesario ver al autor, hablar con él, investigar sus rencores, sus simpatías y sus caprichos . . . Lo malo es que nuestros *fiacres* no van hasta Silesia . . .”

Sin ir tan lejos y sin tomar coche, yo tuve ayer el gusto de pasar una hora en casa del ilustre rival de Lombroso.

Max Nordau vive en París desde hace quince años. Vive en el barrio elegante de los pintores á la moda y de los grandes escultores, en la avenida de Villiers, entre Luque, el simpático dibujante español y Mounckazis el célebre colorista austriaco.

En su puerta hay una plancha de metal que dice: “Dr. Nordau—médico—de la una á las dos.” Su gabinete de trabajo es una pieza muy estrecha y muy sencilla, en la cual los muebles desaparecen bajo una infinidad de libros, de periódicos y de manuscritos. Cuando una fámula que parecía escapa-

da de un álbum de “Caprichos” de Goya, me introdujo en esta pieza, el maestro estaba hojeando los tres últimos libros italianos y portugueses que hablan de él y de su obra. “Max Nordau—dice uno de los tres libros—parece una sierra que trata de cortar y que sin saber cuál es el buen pedazo ó el mal pedazo, hace uso de sus dientes, y corta sin escrúpulo, y corta sin talento y corta sin gracia.”—Todo eso en portugués y en verso, hacía reír á carcajadas al autor de las *Mentiras Convencionales*.

Porque Max Nordau, que, como mis lectores ven, no es catedrático en ninguna Universidad de Silesia, tampoco es, ni con mucho, un erudito viejo y mal humorado. En sus obras serias puede aparecer como un apóstol algo pedante y demasiado austero; mas en la intimidad hospitalaria de su gabinete, “entre cuatro ojos,” como él suele decir, su figura resulta agradable. Físicamente se parece al Campoamor de hace diez años cuya barba blanca encuadraba una faz sonrosada y risueña de adolescente.

Su manera de hablar es más bien irónica y persuasiva que dogmática. Todos los vicios, todos los ataques, todas las envidias, encuentran en su análisis familiar una sonrisa de perdón bondadosa. Lo único que para él no admite ni bromas, ni tolerancias, es la degeneración filosófica y moral.

Así, mientras nuestra conversación relativa á España se circunscribió á hablar de los campesinos castellanos, que según su expresión “son dignos de la Edad Media,” de los museos madrileños que dejan mucho que desear como orden y cuidado, de los ferrocarriles, de todas las provincias, de las maravillas de Toledo, del encanto de Córdoba, etc., sus censuras fueron tan ligeras como fueron entusiastas sus elogios. Pero desde que llegamos á la filosofía y á la literatura, su verbo se enardeció:

—Las letras y las ciencias españolas—me dijo—están en completa decadencia y en completa degeneración. Italia misma, con valer relativamente poco, vale infinitamente más que España. En Italia hay una ciencia y una literatura, sostenidas y cultivadas por los Garófalos, por los Lombrosos, por los Fogájaros, por los Amicis, por los Farinas . . . Amicis, en sus primeras obras, es una verdadera maravilla de estilo y de fuerza . . . y

además de estos hay otros muchos, aún sin contar á los degenerados, imitadores y locos, como ese pobre Gabriel D’Annunzio.—En España nada ó casi nada de eso. La filosofía de moda en Madrid, el “krausismo” es uno de los síntomas de la decadencia.—Krause es un pobre hombre; en Alemania estoy seguro de que ni aun los profesores de metafísica le conocen; yo le considero como un discípulo de quinta clase de Kant . . . Y sin embargo los españoles le comentan, lo estudian y lo admiran. Mi amigo Salmerón, que es un hombre de mérito real á pesar de su obscuridad, me ha hecho sonreír muchas veces hablándome de él como de un sér sobrenatural . . . Verdaderamente es curioso, muy curioso, eso de que ustedes tengan una filosofía krausista! . . . La literatura vale en España más que la ciencia, pero ¿vale mucho? Yo no me atrevo á responderle á usted francamente. En cierta época hubo una tendencia realista que fue casi una escuela; hoy ni eso; artículos de periódicos, y novelas, y muy pocos versos; casi ningún libro de teoría y de ideas. En Portugal mismo hay un movimiento que quizás no sea más importante en el fondo, pero que es más compacto, más visible, más nuevo sobre todo.

¿Conoce usted las obras de Pérez Galdós, de Pereda, de Clarín? . . . —le pregunté.

—Sí;—me respondió—esos escritores tienen talento; la señora Pardo Bazán también tiene talento, mucho talento, y también mi amigo Blasco que es uno de los hombres más agradables y más modestos del mundo, y Ortega Munilla, y Picón . . . Pero esas son inteligencias aisladas que no forman lo que se llama una generación brillante. Castelar mismo, con valer mucho, es inferior á Edmundo de Amicis.

Como hasta entonces sólo habíamos hablado en francés, ocurrióseme preguntarle si había leído en español las obras notables de nuestra literatura contemporánea.

—Sí señor—me contestó en castellano puro y corriente—sí, señor; yo conozco el español bastante bien para que en las provincias de Castilla algunas personas me hayan preguntado si era andaluz. Después de todo esto no tiene, en mí, ningún mérito. Mi familia es descendiente de los judíos españoles que fueron expulsados en el siglo XVI; y, como usted sabe, los israelitas de la península han conservado, á través de los siglos y de las persecuciones, su lengua primitiva. Yo, pues, soy algo español, de lo cual me enorgullecería si tuviese fe en el patriotismo y si no estuviera seguro de que las nacionalidades y las fronteras políticas son mentiras convencionales y seculares. España—las Españas, mejor dicho—son un país en cuyo porvenir creo firmemente, no sólo por instinto de simpatía, sino porque en mis estudios del pueblo ibero he descubierto una fuerza moral verdaderamente intensa.

Una de las cosas que con más curiosidad deseaba yo saber era si, según el autor de *Degeneración*, Pompeyo Gener “resultaba”, ó no, en su último libro, un crítico original. Desgraciadamente mis dudas siguen siendo las mismas, pues Max—Nordau no quiso responder á mis preguntas sobre el “caso” de *Literaturas Malsanas*, sino por medio de sonrisas muy discretas . . . y quizás también muy irónicas.

A los que el gran crítico sí acusa de robo, de robo verdadero, es á los editores que en España, en América y en otros varios países han publicado algunas de sus obras.

—En Madrid—me dijo—se han vendido varias ediciones de mis *Mentiras Convencionales*, pero para mí es como si no se hubiese vendido ninguna, porque jamás he visto un cuar-

to de lo que en buena justicia me pertenece por derechos de traducción. Mi novela titulada *Mal del Siglo*, en cambio, ha sido traducida de una manera magistral por Salmerón y publicada honradamente. Las ediciones de América, nunca me han producido nada: en el Brasil, donde según parece hay muchos aficionados á mi literatura, se han hecho publicaciones de lujo de libros míos que aún no están publicados en francés, como *Paradojas*, y los editores no se han tomado ni aun el trabajo de enviarme un ejemplar. No así en Inglaterra ni en Italia, países en los cuales la propiedad literaria es respetada siempre. Mas los Estados Unidos, y los países de Oriente, y aún algunas posesiones inglesas, son peores, si cabe, que el Brasil en cuestiones de seriedad editorial. Los que siempre han sido cortesés para conmigo, en todas partes del mundo, son los críticos. Vea usted; vea usted . . .

Y abriendo un inmenso cajón de su escritorio, me enseñó la infinidad de artículos relativos á sus obras, que había recibido últimamente.

— . . . Aquí—siguió diciéndome—hay elogios y censuras en todas las lenguas del mundo, hasta en chino, hasta en latín . . . En Francia sólo, se han escrito en estos últimos cuatro años más de mil doscientos artículos en los cuales se habla de mí; en Alemania más aún; en Italia infinitamente menos, pero siempre muchos. En cuanto á España, pocos, muy pocos; pero algunos excelentes, lo mismo que en América. Ya ve usted, pues, que no tengo de qué quejarme: estoy contento de mí mismo hasta donde uno puede estarlo; estoy contentísimo de los demás, y soy, por sistema, enemigo del pesimismo. Mi divisa podría ser la frase latina: *Dum spiro spero* . . . Si; mientras pueda respirar, y trabajar, y creer en el porvenir de la ciencia, tendré esperanzas, lo que equivale á tener dichas. ¿Por qué dudar? ¿Por qué acobardarse? Es tan bello vivir, obrar y esperar?

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

SU CABELLERA

Cual en copiosa cascada rauda caudal se despeña, terso al principio y de pronto salta en mil ondas gemelas que alegres se precipitan, corren, bullen, serpentean, se persiguen dando saltos, ya se juntan, ya se alejan, chocan y se multiplican y tomando formas nuevas, brillan, se opacan y tornan en azuladas ó negras, juegos de luz provocando que los del iris remedan; y á medida que descienden se ensanchan y se dispersan, aumentando en perspectiva lo que van perdiendo en fuerza; se alcanzan luégo en un punto, se confunden, se atropellan, hasta formar una sola que inquieta cual todas ellas, sin abandonar su cauce se arremolina y serpea, se agita vertiginosa, ora crece, ora mengua, descompónese en penachos, cintas y combas diversas, ó en microscópicas olas, ya cóncavas, ya convexas; tornasoladas burbujas que en mil átomos resueltas, son bruma un instante y luégo descienden y se concentran, y arrollándose en sí misma con cien caprichosas vueltas, estalla en copos de espuma, salta atrevida y se encrespa cual si de nuevo su origen quisiera alcanzar soberbia . . .

Así nacen y así caen las mil rizadas guedejas de su abundante y sedosa suelta cabellera negra que esponjándose insensible

sobre los hombros se riega, dando allí el último tumbo y á poco al límite llega, do en vistoso laberinto sus esortijadas hebras, de espirales de azabache súbita explosión semejan, en tanto que otras hebras más leves ó más pequeñas, que en desorden voluptuosos en el aire se sustentan forman la sutil neblina que vaporosa se eleva . . . Así nacen y así caen las mil rizadas guedejas de su abundosa y brillante suelta cabellera negra.

M. CHAVEZ FRANCO.
(Ecuatoriano)

COMIENDO VIENE EL APETITO

(TRADUCIDO PARA "EL COJO ILUSTRADO"
POR MIGUEL PICHER)



os naturales del Ouandsi, vasto territorio que se extiende entre el lago Rodolfo y el lago Victoria-Nyanza, son, entre los antropófagos del Africa Central, los que mejor han sabido conciliar sus costumbres de canibalismo con los refinamientos de nuestra civilización. Una delegación del Ouandsi, después de algunas semanas de residencia en el Jardín de aclimatación, ha llevado á su país natal interesantes costumbres europeas."

Así es como la autoridad de rey en el Ouandsi se saca por la suerte, del mismo modo que la autoridad de rey de la

Epifanía. El panecillo tradicional es reemplazado allí por una joven en cinta de tres meses, preparada en salmorejo. El afortunado que gana es proclamado rey por un año.

"Es él, quien, según los términos de su constitución, se encarga tres meses antes de terminar su período de preparar la joven para el próximo día de los Reyes.

"Cada año se preparan tres ó cuatro, para mayor seguridad."

Este extracto del *Monitor de las exploraciones y descubrimientos* siempre me había interesado muy vivamente. En esa época, mi alma joven, enamorada de lo desconocido, se exaltaba cuando leía los relatos de los Livingstone y de los Stanley. Y mi más vehemente deseo era visitar tribus de antropófagos.

Por aquellos días supe que el doctor Pionnier, el audaz conferenciario, tres veces laureado por la Academia de Ciencias, partía en misión al Africa Central, con un objeto á la vez geográfico y humanitario. Se hizo un llamamiento á los jóvenes de buena voluntad que poseyesen buena salud, piernas sólidas y tres mil francos para subvenir á las necesidades de la expedición. El doctor Pionnier reunió así siete jóvenes de excelentes familias que le llevaron veintidós mil francos. Como era un caballero, hombre de honra y de palabra, se sirvió inmediatamente de aquella suma para saldar deudas de juego.

Según los programas, una vez entregados nuestros tres mil francos, nuestro viaje quedaba pagado en primera clase desde Marsella hasta Zanzíbar. Pero el día de la partida el doctor Pionnier tuvo una larga conferencia con el capitán del vapor *Ville d'Aubervilliers*, y luégo vino á explicarnos que un viaje muy cómodo nos prepararía mal para las fatigas de la expedición; por consiguiente que dormiríamos con los hombres de la tripulación y que haríamos algunos servicios al buque en calidad de fogoneros y como ayudantes del cocinero.

El 16 de abril llegamos á la vista de Zanzíbar, ciudad célebre, así llamada porque todos los habitantes de ella pasan el tiempo jugando lo que consumen. El doctor Pionnier hizo entonces un nuevo llamamiento de fondos, y reuimos, vaciando nuestros bolsillos, siete mil sete-

cientos francos más, de los cuales dispuso inmediatamente el Jefe de la expedición para arreglar nuevas deudas de juego contraídas á bordo del vapor.

El sultán de Zanzíbar, muy lisonjeado por nuestra visita, nos invitó á su mesa y ofreció al doctor Pionnier una embarcación desmontable que debía servirnos para atravesar los ríos. Luégo nos dio una escolta de doce negros, rapé y ricos presentes, entre los cuales habíamos quince pares de sandalias.

Con los hombres que habíamos llevado de Europa, éramos como veinte blancos. Cada uno se echó á cuestras una parte de la embarcación desmontable y muy alegremente nos encaminamos á Bagamoyo.

La disenteria hacía estragos en nuestra pequeña tropa, y cuando uno de nosotros se quedaba en el camino, se le quitaba el rapé y la parte de embarcación que llevaba.

Desgraciadamente varios pedazos de la embarcación se extraviaron, y cuando quisimos reconstituir nuestro frágil esquife, faltaba la mitad del casco. Además, no debía estar completo cuando nos lo dio el sultán, porque el primer Jefe de Zanzíbar tiene, en toda la costa oriental, la reputación de charlatán en frío.

Muy á tiempo llegamos á Irantouni, pequeño reino situado entre Bagamoyo y Mponapona (de latitud Sud). El rey de Irantouni había vivido mucho tiempo en París de donde había llevado doce astas de alumbreadores de reverberos con las cuales había armado su guardia real y una enorme cantidad de esos paisajes pintados en gris de los que se sirven los fotógrafos para fondos. Con ellos había adornado calles enteras y plazas públicas.

Como todos los viernes la administración del Jardín de aclimatación hace conducir los reyes negros á una casa especial del barrio de la Bolsa, el rey de Irantouni que no sabía esto, creyó que visitaba una corte europea ó alguna suntuosa embajada. Así todas las damas de su corte iban siempre vestidas con peinadores de satén de color, abiertos por delante.

Como los habitantes de Irantouni no eran antropófagos, nosotros nos vimos obligados á adelantarnos hacia el interior del territorio para poder poner en práctica nuestra obra de civilización. A los primeros días de junio llegamos á Kakoma, pero los habitantes de esta ciudad habían sido recientemente convertidos al vegetarismo.

En Kahonelé, el rey del país á quien preguntamos si á él le gustaba la carne humana, nos contestó: *Diapaça tumferoté*, lo cual quería decir: Os suplico que no continúeis hablándome de eso porque me va á causar náuseas.

Por fin llegamos á esa gran extensión de tierras que se encuentra entre los lagos Tanganika y Victoria-Nyanza.

Las aldeas y lugares habitados se hicieron cada vez más raros.

Rocorrimos como cincuenta millas sin encontrar ni un ser viviente, y nuestras provisiones se agotaban.

Felizmente el agua no nos faltaba; pero ninguna planta comestible crecía en la pradera. En cuanto á cacería absolutamente no había ninguna.

El 18 de julio por la noche hacía treinta y seis horas que no habíamos comido nada. El doctor reunió á todos los blancos y puso solemnemente en un sombrero el nombre de todos los negros.

El primer nombre que salió fue el de un viejo guía que prestaba muy importantes servicios á la expedición; pero por miramiento á su avanzada edad y á la probable dureza de su carne, recomenzamos el sorteo.

En fin, la suerte designó á un negro joven llamado Counou. Era vigoroso y de bello porte. El doctor, que era excelente cocinero se encargó de aderezarlo. Todo el mundo se sirvió abundantemente de él y repitió. Este negro nos duró para tres comidas.

Sin embargo, el país empezaba á hacerse más abundante en cacería. Pero la caza era muy difícil, y luégo, siempre es imprudente comer animales que uno no conoce.

El 20 de julio por la tarde empezamos con el segundo negro, y así, con excepción del viejo guía acabamos con toda la escolta. Felizmente llegamos á regiones habitadas donde pudimos encontrar otros negros.

Debo confesarlo, causábamos horror á la población con semejantes costumbres. En Kibanga un viejo barbero vino á hacernos una larga alocución y á sermonearnos de lo lindo diciéndonos que en el siglo XIX era vergonzoso que hubiera quien se entregase á tales prácticas.

En fin, después de algunas semanas de marcha, llegamos á Moussoumba, en el Estado independiente del Congo. Jamás ninguna expedi-



VIRGILIO, HORACIO Y VARIO EN CASA DE MECENAS — Cuadro de Ch. Jalabert

ción se había llevado á cabo en circunstancias más favorables. Todos estábamos gordos y gozábamos de buena salud. Sin duda alguna era porque habíamos encontrado el alimento que convenía para soportar el duro clima del Africa Central.

A nuestro regreso á Europa nos colmaron de distinciones, y el doctor Pionnier desde su primera conferencia, hizo justicia á la estúpida opinión que pretende que ya no se encuentran antropófagos en el continente africano.

LOS RAYOS X

LOS SOMBREROS DE LAS DAMAS

Ahora resulta que tenemos á todos los sabios de todas partes con la punta del dedo índice entre los labios y en muda contemplación de la fotografía del esqueleto humano tomada en cuerpos vivos.

El mismo Röntgen, á quien parece haberle sonado esta flauta por casualidad, no sabe á punto fijo más sobre la cosa que cualquier sabio cuyos conocimientos no pasen de leer de corrido en el Catón Cristiano de San Casiano. En efecto, todo lo averiguado hasta ahora es que se puede obtener la fotografía de un cuerpo contenido por otro, si es aquél más denso que éste.

Delante del descubrimiento está hoy suspensa toda la humanidad civilizada, á la vez alegre y temerosa, lo primero por lo mucho que promete el futuro estudio del fenómeno

á la felicidad del hombre del siglo veinte; lo segundo por lo mucho que amenaza á esa misma felicidad la hasta ahora ignorada propiedad del rayo X.

La misma luz que promete revelar no pocos secretos de nuestro organismo, amenaza con descubrir muchísimos de la vida pública y privada.

No hay más sino pensar en que, si hasta ahora se decía que las paredes oyen, desde ahora hay que recordar que pueden ver, y ¿qué será del mundo tan luego como pueda averiguarse cuanto sucede de puertas á dentro?

Röntgen, al descubrir una sombra, ha realizado lo que parecería una paradoja: hacer luz en las sombras con la sombra. Está de plácemes el decadentismo. Véase cómo hasta en el lenguaje va á influir desde ahora el rayo X. Ya no tienen razón de ser frases como ésta: "tinieblas impenetrables."

Penetrará el ojo del médico por entre las tinieblas del organismo humano para determinar la exacta posición del feto en el vientre de la madre; para descubrir en su escondrijo el proyectil que entró á minar la vida; para sorprender las concreciones que perturban el funcionamiento de los órganos; para darse exacta cuenta de las modificaciones que ocurren en los ensamblajes de nuestra armadura.

Sigamos con la imaginación el curso que puede tomar el maravilloso descubrimiento y figurémonos que ha llegado ya á su perfección, que al alcance de cualquiera puede estar, como el aparato del teléfono, el de fo-

tografiar todo lo que esconde á nuestros ojos, de suelo arriba, cualquier intermedio material, y construyamos una de las escenas que acaso ocurrirán con frecuencia en el vecino siglo veinte.

Adela sospecha que Ramón, su esposo, le es infiel, y varias veces, en ausencia de éste, ha penetrado en su despacho y dado vueltas en torno del elegante escritorio cuya llave siempre guarda el taciturno Ramón, y donde probablemente se encierran las pruebas de delincuencia del infiel esposo.

Adela se desespera. Ha probado, con mano trémula, cincuenta llaves diversas; pero no cede la cerradura, el mueble continúa impasible pareciendo desafiar las crecientes sospechas, avivar la hoguera de los celos en la ultrajada esposa. De pronto el semblante de ésta se ilumina; de la cuarta cara de un periódico que está sobre el bufete ha partido el rayo de luz: en letras gordas aparece allí el siguiente aviso:

LA FOTOGRAFIA DE LAS COSAS OCULTAS

El descubrimiento de Röntgen hecho útil. Aparatos de Edison, sencillos, manuales, al alcance de todas las fortunas.

Dos horas después, entre las manos de Adela tiembla un negativo fotográfico que deja ver, sin posible duda, una gaveta del bufete dentro de la que hay un elegante estuche que contiene un rizo. La traición es manifiesta. El traidor entra y recibe una lluvia de reproches que termina en otra lluvia de lágrimas.

—Sueñas, Adela mía, deliras; exclama el esposo consternado.

—Es inútil negarlo: tengo las pruebas. ¡Y qué pruebas! Irrecusables, pruebas fotográficas: mira y avergüenzate.

Ramón contempla absorto el cliché, y luego, sonriente, con perfecta calma, abre el bufete, retira el estuche de la gaveta y toma el cuerpo del delito, á cuya vista Adela, entre corrida y jubilosa, salta al cuello de su esposo que recibe un tercer chaparrón, pero esta vez de besos estruendosos. Aquel rizo era de Adela, dado por ella á Ramón seis meses antes de casarse.

Ahora, mis queridos lectores, dejemos la X de los rayos de Röntgen, para ocuparnos en la *écclétera* sensorial, en el disparate del día, ó sea el sombrero que usan las damas á la moda.

¿Ha visto alguno de ustedes, ni aun en el más loco de los sueños, algo que se asemeje al descomunal y revesado mirriñaque que ahora remata por la parte superior de la persona á una dama de buen gusto?

El único límite reconocido es el de las fuerzas físicas de la hija de Eva que haya de soportar sobre la cabeza el peso de un sombrero. El proceso es el siguiente: se toma el casco de fieltro ó de paja, con él se cubre la cabeza de la dama, y en seguida se va añadiendo todo lo que á la modista se le antoje, hasta que el peso haga doblar las rodillas de la víctima y esta diga: "basta."

La dama más elegante en estos momentos es la que pueda soportar, sobre la coronilla, de cuarenta y seis kilogramos para arriba; y la modista más hábil, la que encuentre el mayor número posible de cosas diversas que acumular en el disco descomunal y accidentado de un sombrero *chic*.

Mis lectores pueden creer ó tomar á chanza el que yo haya empleado cincuenta minutos, en los días de la Semana Santa, en el inventario de un sombrero que paso á describir:

Media setenta y cinco centímetros de diámetro. El borde del ala estaba quebrado en veinte y siete sinuosidades que lo hacían parecer un alero hecho con tejas de todas dimensiones. Del centro del disco arrancaba un molde de ponqué de quince libras, invertido, y cuya cavidad contribuyeron á llenar los tres reinos: vegetal, animal y mineral.

Dentro del molde y fuera de él, había, colocado á la loca, todo lo siguiente:

Una mata de flor de mayo flareada; doce espigas de verada; tres alas de gallineta; una pieza de papel de tapicería plegada al capricho; un sarmiento de parcha granadina con nueve flores y tres frutas; un abanico chino; una muceta de doctor en medicina y otra de canónigo, abullonadas; una garza disecada; y, rematando todo esto, la reducción de un poste de teléfono, del que pendían sargas decueltas como nueces, campanillas y cascabeles, baratijas de árbol de navidad, farolillos de iluminación veneciana, cintajos, moneditas, prismas, dijes . . . todo, todo el rococó de tres años de los cajones de la modista.

Nada se diga de los alfileres que sujetaban el *tutilimundi* á la cabeza de la valiente portadora: el más pequeño era un estoque cuya empuñadura la formaba un globo terrestre con meridiano de cobre.

Para el año entrante estará de moda el sombrero "microbio" de dos adarnes de peso y tres milímetros de diámetro.

Que lo usen mis lectoras.

EUGENIO MENDEZ Y MENDOZA.



¡YO TE QUIERO MUCHO!

SECCION RECREATIVA

Los trabajos del "Hotel des Ventes"

La Sociedad de los Amigos del Arte acaba de tomar en Nantes una iniciativa muy original. Apoyándose en una ley del año 1841 que prohíbe á los vendederos la venta de cuadros nuevos en pública subasta, excepto en ciertos casos muy determinados, ha comunicado la prohibición á un vendedero de Nantes que hace poco debía proceder á la venta de cuadros tenidos como nuevos.

Expliquemos ahora, por qué una Sociedad departamental ha tomado interés por los artistas y cómo le ha ocurrido que el mejor medio de favorecer á los pintores es la prohibición de poner en ventuda los cuadros nuevos. No hay quien al pasar por la escalera del "Hotel des Ventes" no se detenga en el piso bajo y el primer piso para echar una ojeada á un cuartico que viene á ser el entresuelo, en donde se despachan constantemente cuadros por gruesas, y que salen por pares como los bueyes.

Hay un detalle que ciertamente había llamado la atención al curioso, en la sala número 21; y es que las telas que están colocadas en marcos, para la ventuda, son adjudicadas por un precio inferior al valor que representa el marco sólo. De aquí parte pues esta sencilla reflexión, hecha por el comprador: "¿Qué arriesgo yo en esto?"

En efecto los fabricantes de marcos son los que mantienen este provechoso comercio, puesto que con él se han hecho fortunas y los beneficios netos alcanzan hasta 25 y 30 p^g sobre las materias primas y la obra de manos.

Hé aquí el procedimiento. Estos industriales que habitan en general los alrededores de la calle de Petites-Ecuries, hacen fabricar sus cuadros por obreros de segundo orden, es decir, por aprendices, retribuidos á 25 céntimos por hora. La parte esencial del trabajo es el dorado algo fino, hecho con cobre de clase muy inferior. Las maderas llegan moldadas de Noruega y lo único que hay que hacer es ajustarlas, reunir las y revestirlas con simple adorno que consiste en una hoja de acanto ó del tradicional laurel. Falta el cuadro.

Los empresarios tienen una cuadrilla de semi-artistas que los hacen en sus casas por grandes cantidades. Los pedidos se despachan por docenas de cuadros exactamente iguales que se venden en diferentes días, y cada pintor ejecuta sólo tres modelos: un paisaje con río y granjas en el fondo, flores y comestibles. También hay cuadros de caería; cuadros de figuras, imágenes, todos de un mismo tamaño. Las telas de otros asuntos son más caras. Veamos á continuación:

La tela de 6, es decir de 40 centímetros sobre 33 da 30 céntimos al embudador.....! el precio de una carrera en ómnibus. Además tiene que poner los colores, y ya se puede suponer la calidad que emplea. Abunda el azul de Prusia, y el azul mineral; no emplean el cobalto, el cadmio y el rojo. Las imágenes, como se ha dicho, no se hacen sino de cierto tamaño en adelante. La base de la retribución es de 4 fr. por tela de 40, ó mejor dicho por una superficie de 1 metro sobre 81 centímetros, comprendiendo dos imágenes, que representan generalmente dos mujeres apoyadas una sobre otra.

Estas tarifas parecen una mistificación; pero puede asegurarse que son reales. Los desgraciados que las sufren pueden encontrar el medio de ganar 4 ó 5 fr. por día; pero es asociándose. Es necesario, decía un especialista, que por lo menos dos compañeros se pongan de acuerdo: uno hace los primeros planos, el otro los árboles; las mujeres hacen los cielos. La docena de cuadros son montados en una serie de caballetes y la misma brocha sirve para todos. Hay que tener cuidado de no dejarla secar, por economía!!!

Veamos lo que dejan al empresario esos "objetos de arte." Las telas más pequeñas puestas en marcos cuestan lo menos 10 fr. el par. Si no se paga el precio fijado, retiran las telas. El marco cuesta 3 fr., la armadura 50 céntimos el salario del pintor 30 céntimos, total 3,80.

Aparte la cuestión de arte, la industria es buena; pero se comprende que los pintores no adelantan con ella; la educación estética es tan rudimentaria para un gran número de personas, aun en Francia, que muchas personas que por su posición y fortuna pudieran obtener buenos cuadros, se contentan con los efectos de nieve y claros de luna de la calle Drouot. Y como los industriales comienzan á invadir otras salas más y ensayan su ventuda en provincias, la Sociedad de los Amigos del Arte de Nantes grita: — Alto ahí!

Concursos diversos

Entre los concursos organizados anualmente por Sociedades literarias de segundo orden y por "academias" provinciales, se presentan algunos muy interesantes tales como los "Juegos florales" de Tolosa y la "Manzana" de los normandos y bretones!

Como Sociedad se contenta la "Manzana" con reunir en épocas determinadas, para celebrar fraternales agapes, á todos los hombres nacidos en el país donde crece:

Le beau pommier trop fier de ses fleurs étoilées,
Neige odorante du printemps!

Es el reverso de la "Cigarra" que reúne á todos sus poetas, sus pintores y sus músicos, arrullados á la sombra de los olivos y de los almendros. Esa es la respuesta que da el Oeste al Mediodía.

Los concursos de la "Pomme" se reducen á hacer un llamamiento á todos los que, sin ser originarios del Oeste poseen "una pepita en su manzana," es decir, á los que creen tener "algo dentro del cerebro."

Ponemos á continuación los asuntos del concurso de este año:

Prosa

- 1º Boieldieu;
- 2º Flaubert;
- 3º La industria textil en Rouen.

Verso.

- 1º La antigua Rouen (recuerdos, monumentos);
- 2º El Panteón de los bretones (dedicado á los hombres ilustres de Bretaña.)
- 3º Géricault.

Los rayos catódicos

Muchas personas habrán tenido ocasión de ver los tubos de vidrio llamados de Geissler, iluminados por el paso de la chispa eléctrica. Se les da una infinidad de formas y contienen aire (ó cualquiera otro gas) enrarecidos. Cuando se observa de cerca la chispa, que brota entre los dos electrodos situados en las extremidades del tubo y puestos en comunicación con los dos polos de una bobina de Ruhmorf, se percibe en el polo positivo (+) unas estrías que forman un haz luminoso y las acompaña una porción plandor bastante intenso y las acompaña una porción opaca bien perceptible llamada *descarga oscura*; al polo negativo (-) llamado *catodo*, lo envuelve un nimbo violeta fluorescente.



FIG. 1.—Forma de la chispa en el tubo de Geissler.

La pared fluorescente; esta fluorescencia es más fuerte al rededor del catodo.

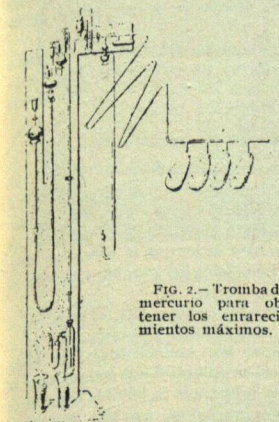


FIG. 2.—Tromba de mercurio para obtener los enrarecimientos máximos.

En el tubo de Geissler el aire está rarificado á la presión de 1,25 de milímetro. Disminuyéndola á 1,500 de milímetro,—lo cual equivale á un vacío casi absoluto,—se tiene lo que se llama un tubo de Crookes.

La figura 2 representa la tromba de mercurio que se emplea para obtener estos enrarecimientos máximos.

En un tubo así, ya no se percibe la chispa; no se ve sino el limbo del catodo que entonces pierde el color y se hace fosforescente, y esta fosforescencia se comunica á todo el tubo.

La figura 3 explica una disposición de los aparatos por la cual se pueden comparar los dos diferentes aspectos de la descarga eléctrica.

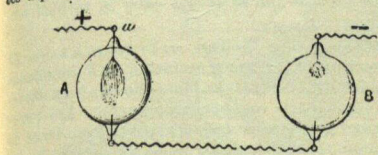


FIG. 3.—Comparación de la descarga eléctrica en un tubo de Geissler A (vacío limitado) y en un tubo Crookes B (vacío extremo.)

A es un tubo de Geissler, B un tubo de Crookes, conexiónados el uno con el otro: el polo positivo de la bobina está ligado en a y el negativo en b.

Ahora bien, si en un tubo de Crookes, en forma de ampolla, se establece el catodo (polo negativo) en la parte plana, como lo demuestra la figura 4 y se ha-

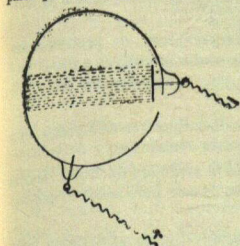


FIG. 4.—Travesaño de los rayos catódicos. Fluorescencia de la parte de la pared herida por los rayos.

se pasar la chispa, se produce entonces una viva fosforescencia en la pared de la ampolla opuesta al catodo. De aquí el que se haya convenido en la existencia de rayos peculiares que se desprenden normalmente del catodo y á los cuales se ha dado el nombre de *rayos catódicos*. Experimentalmente se demuestra que estos rayos no sufren ninguna desviación cuando se cambia el lugar donde se aplica el polo positivo. También se demuestra que un cuerpo opaco colocado en el haz de los rayos catódicos, por ejemplo, la estrella de la figura 5, proyecta su sombra en la parte fosforescente del tubo, obteniéndose así una silueta del mismo objeto con sus proporciones perfectamente conservadas.

Continuando el estudio de estos rayos, se observa que si se aproxima un poderoso imán á un tubo de

Crookes en actividad, los rayos catódicos se desvían, que experimentan atracciones y repulsiones según la posición de los polos del imán. Se prueba esta desviación por las mutaciones de la parte fosforescente en las paredes del tubo.

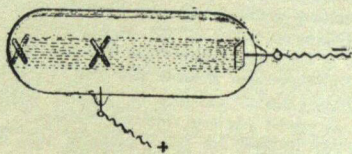


FIG. 5.—Sombra proyectada por un cuerpo opaco en la pared hecha fosforescente por los rayos catódicos.

Los rayos catódicos tienen también propiedades mecánicas, que se evidencian con la ayuda del radiómetro (fig. 6). En efecto, si se coloca la rueda de aspillas de manera que éstas sean paralelas á la chispa, se las ve girar lentamente bajo la influencia de los rayos catódicos, y esta rotación varía en la misma dirección de la chispa. Si, por el contrario, se coloca la rueda de aspillas perpendicularmente á la chispa, la rotación se efectúa con grandísima rapidez.

Finalmente, los rayos catódicos están cargados de electricidad negativa, en tanto que las paredes del tubo lo están positiva; ó, de otro modo: cuando se produce la chispa dentro de un tubo de Crookes, se forman dos electricidades, una negativa, inherente á los rayos catódicos, y otra positiva, que se pierde.

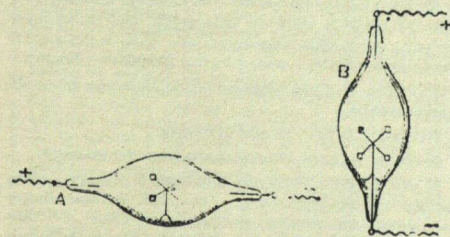


FIG. 6.—Radiómetro colocado en un tubo de Crookes. A—eje perpendicular á los rayos catódicos (acción casi nula.) B—eje paralelo á los rayos catódicos (acción bien determinada.)

La velocidad de los rayos catódicos se calcula en 200 kilómetros por minuto.

Lenard ha demostrado que atraviesan fácilmente una lámina de aluminio ó de ebonita y que también se propagan en la atmósfera; pero que en ésta desaparecen completamente después de recorrer un trayecto muy corto.

Tales eran las nociones científicas respecto de los fenómenos que se verifican en los tubos de Crookes, cuando Röntgen anunció al mundo que los había aprovechado para *fotografiar lo invisible*.

G. DUMONT.

Zola

La novela *Roma* de Zola, que se está publicando á la vez en la *Tribuna* y le *Journal* de París, ha despertado en Italia profunda indignación. Los italianos no contaban á la verdad con que el autor de *l'Asommoir*, que no posee la cultura intelectual de Goethe ni de Chateaubriand, pudiese, después de una permanencia de sólo quince días en Roma, escribir una obra profunda sobre la Ciudad Eterna; pero sí esperaban, por lo menos, una novela muy animada, llena de descripciones exactas y pintorescas. La desilusión ha sido completa, pues *Roma* no les parece más que un "amontonamiento de habillitas y enredos, una pesada recopilación de historia, religión y política." Lo que más les indigna es la cruel insistencia de Zola en pintar la miseria romana: las descripciones de la parte nueva de la ciudad, de los Prati del Castello, con sus inmensos palacios sin terminarse, cuyas ventanas están tapadas con tablas, y donde viven como en un campamento infinidad de familias desgraciadas, son cosas que disgustan particularmente al espíritu italiano. Ante las protestas de los suscriptores, ha tenido la *Tribuna* que publicar una nota, rechazando toda solidaridad con el escritor francés; y la *Riforma*, que se expresa en términos despreciativos al hablar de "esa concepción híbrida y macabra de un cerebro desequilibrado," declara que "las groserías y las calumnias de M. Zola no merecen ni siquiera la refutación."

Exposición

En el mes de mayo se abrirá en Londres, ó mejor dicho en el Palacio de Cristal de Sydenham, una exposición internacional del *coche* ó de toda especie de vehiculos. La exposición será retrospectiva, pues se verán las carrozas históricas de los siglos anteriores, como también los coches de vapor y hasta eléctricos, es decir, los últimos resultados de nuestra civilización y de la industria.

El Sistema métrico

Washington, 5 de marzo.—La comisión del sello de monedas, pesas y medidas en la Cámara de los Representantes, ha decidido hacer un informe favorable sobre el proyecto de ley respecto á la adopción de sistema métrico.

A partir del 1º de julio de 1898, el gobierno aplicará el sistema métrico en todas las transacciones donde se emplean los pesos y medidas; y el 1º de julio de 1899, su uso se extenderá en toda la población.

Victor Hugo

Se anuncia, para el 1º de julio, la publicación del primer volumen de la correspondencia de Victor Hugo, que todavía no se ha impreso. Contendrá las cartas escritas en Blois á su padre en 1820; sus cartas de amor á su novia y á su esposa, á la Academia de los Juegos Florales; toda la correspondencia respecto á *Hernani*, *Marion Delorme*, *le Roi s'amuse*; gran número de cartas á Lacretelle y á Victor Pavie, y más de cincuenta dirigidas á Saint-Beuve.

Concursos académicos

La Academia francesa ha fijado las siguientes materias para el corriente año:

PREMIO DE VERSO.—Sujeto: *Salamina*. Condiciones: no debe pasar de *trescientos versos*; los manuscritos se presentarán en cuadernos á la rústica. Término del concurso: *31 de diciembre de 1896*. (El premio será adjudicado en 1897.)

PREMIO THIERS.—Destinado principalmente *al mejor trabajo histórico publicado desde 1895 hasta 1898*. Condiciones: *Cinco ejemplares* de la obra entregados en la Secretaría del Instituto. Término: *31 de diciembre de 1896*. Premio: *3.000 francos*. (Se adjudicará en 1898.)

PREMIO DE JOUY.—Destinado "á una obra de observación, de imaginación ó de crítica que tenga por objeto el estudio de las costumbres actuales." Condiciones: Entregar *cinco ejemplares* de la obra. Término: *31 de diciembre de 1896*. Premio: *1.400 francos*. (Se adjudicará en 1897.)

PREMIO JULES FAVRE.—Destinado "á una obra literaria *escrita por una mujer*, en prosa ó verso, y que trate bien sea de moral ó de educación, de filología ó de historia." Condiciones: Entrega de *cinco ejemplares*. Término: *31 de diciembre de 1896*. Premio: *1.000 francos*. (Se adjudicará en 1897.)

PREMIO NARCISSE MICHAUX.—Para "la mejor obra de literatura francesa." Condiciones: la entrega de *cinco ejemplares*. Término: *31 de diciembre de 1896*. Premio: *2.000 francos*. (Se adjudicará en 1897.)

La montaña Gouffre

A propósito de la montaña de Gouffre, que marcha, dice un periódico europeo lo siguiente:

"La montaña habrá salido del departamento de Gard á fines del mes; y según los cálculos de los sabios, necesitará un año poco más ó menos para atravesar el Delfinado. Lo esencial es que esté aquí antes de la apertura de la Exposición. Si el diputado M. Bouge no se encarga por su propia cuenta de cerrarle el paso, se cree que la montaña llegará á tiempo para derribar con un empujoncito el Palacio de la Industria.

"Una vez que haya este servicio, irá á colocarse en el Campo de Marte entre las exhibiciones sensacionales."

Lo que costará la próxima guerra

James, capitán inglés, conocido por sus conferencias en la "Royal United Service Institute," ha calculado lo que costaría diariamente una guerra entre Francia y Alemania, si llegara á estallar. El capitán dice que los gastos diarios serán más ó menos, 38 millones de francos!

Los oficiales alemanes no encuentran este cálculo exagerado. En efecto, se ha comprobado oficialmente que durante la guerra de 1866, los gastos diarios del ejército prusiano alcanzaban cerca de 2 millones de francos. Si se compara el limitado número de tropas en 1866 con el que se empleará en la próxima guerra franco-alemana, se comprenderá perfectamente que el capitán James ha dicho bien, ha acertado.

Los pendientes

Es una cuestión que se agita ahora en Inglaterra con toda la formalidad que requiere el asunto: «Costumbre bárbara que deforma la oreja, dicen unos.» «Adorno encantador, contestan otros, que sienta admirablemente y permite lucir hermosas pedrerías.»

La Princesa de Gales, poseedora de santuosas perlas; la Princesa May, lady Londonderry, entre otras, son partidarias de esa alhaja.

Otras «bellezas famosas» sostienen lo contrario.

El pendiente es una joya que no admite medianía. Costumbre bárbara, si son fantasías pretenciosas ó insignificantes. Adorno encantador, si son pedrerías ó perlas irreprochables. Las señoras que tienen la oreja grande deben abstenerse de dicho adorno.

El pendiente más bonito es indudablemente el que se compone de perlas, adornadas de un pequeño círculo de diamantes, disimulando la montura. Dos solitarios de blancura irreprochable, son también muy elegantes. Los pendientes historiados pasaron de moda. Para ir á pie, para los ejercicios de *sport*, el adorno más *chic* se compone de una perla ó un diamante pequeño.

Y ya que hablamos de *sports*, diremos que las *cyclo-women*, es decir, las señoras entusiastas de la bicicleta, se han dividido en dos campos: las partidarias del pantalón bombacho, y las que prefieren la falda corta. La moda para ponerlas de acuerdo ha tenido la idea feliz de ofrecer un modelo que, con la apariencia decente de la falda, tiene todas las comodidades del pantalón.

El nombre lo dice: la *falda pantalón* tiene el aspecto de una falda ordinaria. Gracias á su ingenioso sistema de abrirse fácilmente por delante, la *cyclo-women* sube en su máquina con la misma comodidad que si llevara únicamente pantalón.

Es la última creación ideada para las distinguidas ciclistas, que forman hoy legión en el Extranjero, pues el *sport* ha transformado las costumbres.

Levantarse temprano, montar á caballo ó en bicicleta; por la tarde patinar, jugar al *lawn tennis* ocupa la mayor parte del día. ¡Oh costumbres antiguas! ¡Qué diría Mad. de Sévigné de las mujeres con pantalones y de las carreras en *tandem*!

¡Y los viajes! Estación de invierno en el Cairo; excursiones al polo Norte. En cuanto á los jóvenes, se hacen exploradores, como el Príncipe Enrique de Orleans y el duque de Uzés, que fueron á colonizar á Madagascar y al Tonkin.

MISS FULLER.

La moda

En el «Palacio de Cristal», de Londres, se verificó hace poco una magnífica fiesta, en la cual se ofrecía un premio consistente en un lujoso coche, á la dama que se presentase ataviada con el más caprichoso y elegante traje de patinar.

Una actriz inglesa, miss Langtry, tan célebre por su talento como por su hermosura, encargó durante su reciente estancia en París, á los hermanos Worth (razón social de los herederos del famoso modisto) un vestido, cuya descripción hacen así los periódicos ingleses.

Tela de riquísimo terciopelo indio *ciselé*. Falda muy ceñida, que tocaba en el empeine del pie, adornada en su parte inferior con colas de mara cibalina. Casaca estilo polonés, abierta de arriba á abajo, dejando ver un delantero de raso blanco, cubierto de encaje *point de Venise*, salpicado de brillantes.

Cinturón de gasa color verde *gazon*, cuyas caídas colgaban á un lado de la falda.

Mangas de forma *ballon* sujetas en el codo por una tira de piel de cibalina, y cubiertas por una segunda manga, muy ancha, de tul de oro.

En la cabeza llevaba la bella actriz una gorra polaca de las llamadas *chapska*, de copa cuadrada, con un grupo de plumas negras, en cuyo centro sobresalía una *ai-grette* blanca, muy alta. Detrás un ramillete de rosas.

Al aparecer la bellísima miss Langtry con tan rica y original *toilette* fue objeto de una gran ovación, viéndose inmediatamente rodeada por los asistentes á la fiesta, quienes con rara unanimidad pidieron que el premio de honor fuese concedido á la actriz, petición que se realizó en el acto, proporcionando de este modo un nuevo triunfo á la moderna industria francesa.

Serpientes

Los pueblos de Texas están devastados por serpientes que imposibilitan la cría de aves. Penetran en los corrales y devoran á los polluelos, las gallinas, los gansos y los patos. Les gustan mucho los huevos, y se los tragan enteros sin romper la cáscara. Los que crían aves han ideado poner huevos de porcelana en los corrales. Las serpientes se engañan, los tragan y como no los pueden digerir, mueren ahogadas. Por este medio se han librado de gran cantidad de estos reptiles.

Emile Zola y la juventud

Obsérvase en el mundo académico que M. Emile Zola se queja mucho y con mucha frecuencia de la juventud, acusándola de ingrata. Hace poco hablaba en el *Figaro* de los *sapos* que le hacen tragar todas las mañanas. *Sapos* llama él los artículos malévulos y las críticas acerbas dedicadas á sus libros.

Recibiendo un día á su fiel discípulo Alexis parece que le abrió su corazón; por lo menos así lo asegura Graindorge que siempre está bien informado.

M. EMILE ZOLA.—Ah! eres tú, Alexis? Cuánto me alegro de verte! ¿Quieres almorzar conmigo?

M. PAUL ALEXIS.—Si usted lo desea, con mucho gusto.

M. EMILE ZOLA.—Pero te advierto que hoy no tenemos más que sapos.

M. PAUL ALEXIS, (sobrio como todos los meridionales).—Convenido.

M. EMILE ZOLA.—¿Sabes lo que yo llamo sapos? Son los artículos de periódicos que me abrumen con sus ultrajes. Vamos á leer algunos.

M. PAUL ALEXIS (sentándose).—Ya escucho.

M. EMILE ZOLA (leyendo).—«M. Zola que, á pesar de lo que le repiten día y noche sus discípulos, no es el mejor escritor francés.....»

M. PAUL ALEXIS.—Qué hombres tan miserables hay en la literatura!

M. EMILE ZOLA (tragándose el primer sapo).—Vamos á otro (lee): ¿Cómo negar que en la obra, por lo demás vigorosa de Zola, hay gran número de obscuridades?

PAUL ALEXIS.—Ah, bandido!

M. EMILE ZOLA (tragando).—Veamos el tercero: «Varias partes de la obra de Zola están destinadas á perecer.....» (Traga). Sigamos: «M. Zola es gran novelista, gran escritor; pero no gran filósofo.» (Traga).

M. PAUL ALEXIS.—Eso no puede llamarse sapo, digámonse rana.

M. EMILE ZOLA.—Es casi lo mismo.

M. PAUL ALEXIS.—Sigamos almorzando, maestro.

M. EMILE ZOLA (coge otro periódico de la mesa).—Este parece un periódico viejo. (Lee). «M. Sardou no gozará jamás de nuestra estimación literaria.....» Me equivoqué, este sapo es para Sardou. (Sigue). «Dumas hijo es un mediano escritor dramático.» Bueno! «Qué mal observador es M. Octave Feuillet!»

M. PAUL ALEXIS.—Ese artículo debe ser de la *Revue blanche* ó del *Mercurio de France*. Oh! esas revistas nuevas!

M. EMILE ZOLA.—Si está firmado..... Vamos á ver..... Qué es esto! firmado Emile Zola..... El artículo es mío!.....

M. PAUL ALEXIS.—Sapos de la juventud de usted!

La verdad es que M. Zola no había sido muy amable con sus predecesores..... Así se pagan las cosas de este mundo.

El poder del marido

Interrogado Pablo Hervieu por un reporter, sobre la delicada cuestión del poder marital, el implacable psicólogo, autor de *Las Tenazas*, se expresó así:

Los abusos de la potencia marital, se encuentra en todo nuestro Código.

En los primeros artículos, que reglamentan las recíprocas relaciones de los esposos, nos encontramos con estas líneas que proclaman la esclavitud de la mujer:

«La mujer debe obedecer á su marido.» Obedecer, dice la ley. ¿Y por qué? Porque, arguye élla, el hombre es más razonable. ¿No hay en eso algo de arbitrario cuando, al contrario, vemos que en la lucha por la vida la mujer aporta una perspicacia, una sutileza, una inteligencia que desconcierta? La mujer debe obedecer al marido, aunque éste sea el peor de los capulposos, aunque tenga un vicio que ocasione la ruina de los suyos. Jugador, ó ebrio consuetudinario, él es el déspota ante el cual toda la familia debe estar de rodillas.

Pero continuemos el examen de los «deberes de la mujer.» Ella debe, dice en seguida el Código, seguir á todas partes á su marido. ¿A todas partes? La pobre joven que tiene en su familia vínculos á menudo profundos, deberá, desde el siguiente día de casada, romper todos esos lazos, sacudir todos sus afectos para seguir á su marido hasta el fin del mundo, por más que presienta que ese destierro causará su desoperación y sin que ni siquiera pueda discutir una tan grave determinación.

Y no es solamente á la mujer que el legislador ha hecho tributario de la desbocada potencia del marido, es también á la madre. Hay en efecto en nuestro Código un artículo que dice que: cuando el padre y la madre están en desacuerdo sobre el matri-

monio de sus hijos, es al marido á quien corresponde el derecho de decisión.

Vése aquí netamente que dándole este predominio á la voluntad del marido, la ley no ha querido sino proteger la potencia de éste, porque la misma disposición no rige cuando se trata de ascendientes, pues en efecto, faltando el padre y la madre, el abuelo y la abuela llamados á resolver sobre el patrimonio de sus nietos, su desacuerdo equivaldrá al consentimiento. ¿Y cómo admitir que la abuela en caso tal tenga más perspicacia que la madre?

Para proteger la potencia marital el Código va más lejos aún, hasta autorizar la muerte. El derecho á matar que nadie tiene, se lo concede al marido. Esa injusticia que he llamado en una ocasión el *Artículo rojo* que declara que el marido puede legalmente matar á su mujer cuando la sorprende en flagrante delito de adulterio. Es el último acto de la potencia marital. Nuestro Código pertenece á otras edades. La potencia marital es uno de los últimos vestigios de la antigua barbarie, de esa época en que el hombre era el defensor, el soldado del hogar. Podía entonces considerarse á la mujer como una propiedad que defendía sin cesar. En Roma la mujer estaba en tutela.

Pero los derechos civiles no son sino una resultante de los derechos políticos; en tanto que éstos estén en poder de los hombres solos, la mujer conservará en la sociedad una condición inferior.

El verdugo de sí mismo

Chavette, el chispeante escritor francés, describió los apuros y la abnegación de un individuo condenado á la pena de muerte, que, en el momento de subir al patíbulo, recibe la noticia de su indulto y que, ante los abrumadores argumentos de los que le rodean, se decide á renunciar á los beneficios del perdón, y entrega su cuello al verdugo.

«El guillotinado por convicción», que así se titula, si no recordamos mal, el cuento de Chavette, está en la capilla. Los periódicos han anunciado que en tal día y á tal hora, la justicia se cumplirá con todo el rigor de la ley. El verdugo ha preparado la terrible máquina de muerte, cubierta de negros paños, que alza su sombrío maderamen en la espaciosa plaza. El piquete está dispuesto y el sacerdote toma en sus manos el sacrosanto signo de la redención del hombre.

El reo, al tener noticia de la fausta nueva siente su corazón inundado de alegría y eleva al cielo una oración de gratitud; pero entonces, uno de los funcionarios encargados de cumplimentar el horrendo fallo de la ley, le excita á que deje que se lleve á cabo la terrible sentencia.

—Medite usted bien—le dice—en lo que va á hacer. El público que ansioso espera la ejecución, va á considerarse defraudado. El verdugo ha recorrido una larga distancia para venir hasta este apartado pueblo. Los periodistas tienen preparadas interesantes descripciones de la ejecución, y no aguardan más que los detalles de los últimos momentos para satisfacer la avidez de sus lectores, el capellán de la cárcel ha *improvisado* una cristiana y piadosísima exhortación á bien morir, y si usted no accede á que le decapiten, la decepción de todos va á ser inmensa.

Al fin el reo se convence, y, persuadido de que su negatva va á producir los perjuicios que se le enumeran, accede á lo que le piden y se deja ahorcar.

Esta graciosa, aunque lúgubre ficción, acaba de tener su reverso en Francia.

Un individuo llamado Deparcieux, de profesión sastre, no ha necesitado que nadie le obligue á poner fin á sus días y ha procedido á su «autoejecución» en condiciones muy curiosas.

Vivía en Saint-Pierre-la-Palud, cerca de Lyon, y hace pocos días desapareció de su domicilio.

Sus vecinos que notaban la ausencia de Deparcieux se decidieron á entrar en casa de éste para saber lo que ocurría.

En el piso bajo de su domicilio no advirtieron nada. Bajaron la cueva, y allí se encontraron con un espectáculo tan aterrador como inesperado.

En el centro del recinto se veía una verdadera guillotina, en cuyo tablero había un cuerpo humano tumbado de espaldas y con los brazos abiertos en cruz.

La cabeza había rodado y caído en un talego dispuesto para recibirle.

Era indudable que Deparcieux se había guillotinado á sí mismo.

Hacía mucho tiempo que estaba tocado de la manía del suicidio, pero no del suicidio vulgar, sino tal que se hablase mucho de él.

Para lograr su propósito había construido en la cueva de su casa una guillotina semejante á la que se emplea en las ejecuciones públicas. El hierro de una hacha enorme le sirvió de cuchilla, y para sustituir la maza

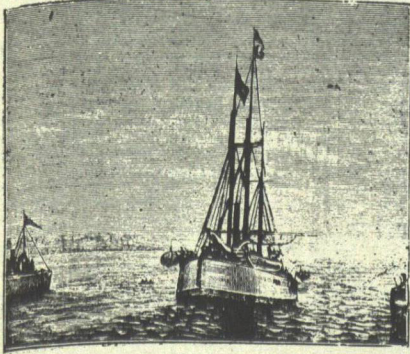
puso encima un martillo de herrero; nada faltaba en el horrible aparato: ni el declive para que se deslizase la cabeza ni el tablero móvil.

Cerca de aquel instrumento de muerte se veía un quinqué apagado, y la posición del cadáver de Deperieux permitía conjeturar que el infeliz quiso ver como caía la cuchilla para segarle la garganta.

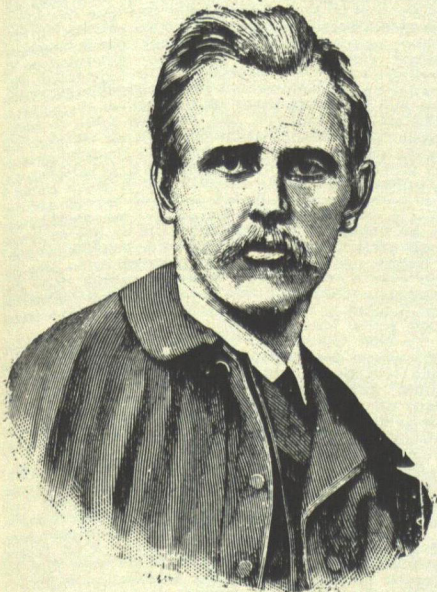
El Polo Norte

La gran noticia del día es el descubrimiento del Polo Norte, no por el capitán Hatteras tan querido de Julio Verne, sino por el explorador Nansen.

Pasará sin embargo mucho tiempo sin que podamos salir de las simples conjeturas acerca de los descubrimientos decisivos hechos por el audaz explorador.



Dícese que ha encontrado un archipiélago, y sus predecesores, no tan felices como él, aunque sí muy afortunados por el solo hecho de haber regresado de tan peligroso viaje, se ponen ya á pensar cómo po-



M. NANSEN

drá ser la flora y qué representantes tendrá el reino animal en aquel punto del globo en que el sol da su luz durante seis meses, dejándolo el resto del año en completa oscuridad.

M. Jackson, otro explorador, trata actualmente de llegar al polo. No dejaría de ser curioso que se hubiesen encontrado inesperadamente en aquellas regiones, donde son raros los encuentros.

M. Jackson tenía el propósito de hacer todo el viaje en su buque; el plan de M. Nansen era muy distinto, pues llevó perros para arrastrar los trineos. Créese que no se sirvió de ellos, y que ha debido de encontrar libre el mar de Kara.

Según sus cálculos, tardaría cuatro años en llegar al Polo Norte, y se fundaba en el hecho de que unos pantalones con unos papeles, que habían dejado abandonados en las islas de Nueva Siberia, habían sido hallados en Groenlandia á los cuatro años, y que estos pantalones viajeros debieron de hacer la travesía navegando en un témpano de hielo.

La mujer del marino que encontró los pantalones quemó los papeles, sin sospechar la importancia que pudieran tener.

Sea como fuere, no puede regresar antes de un año

del Dr. Nansen. Su descubrimiento tendrá resultados importantísimos, principalmente con respecto á las observaciones magnéticas, los vientos y las corrientes marinas. La geología y la historia natural tendrán nuevas riquezas.

Hasta aquí el lado práctico del asunto; tomándolo desde el punto de vista de la moral, es algo consolador pensar que en nuestra época de molicie, existen hombres capaces de resignarse por años enteros á semejante vida de privaciones, lejos de todo y de todos, entre peligros de toda especie, y con las mayores probabilidades de no regresar.

MISCELANEA

El vidrio blando

El vidrio era conocido muchos siglos antes de nuestra era. Tiene pues un largo pasado, lo que no impide que tenga también un gran porvenir. Se le dobla á todas las exigencias modernas. Bien pronto nos harán, como lo pretende Mr. Henrivaux de Saint Gobain, hermosas casas con bellos vidros de todos colores. La industria lo utiliza bajo todas las formas: tubos gruesos como de fuentes, ladrillos sólidos, pavimentos, grandes cubas de vino, botes de pasaje, receptáculos para sustituir á los envases de tierra, etc. Se fabrican planchas, mesitas, cortinas, algodón, lana, bordados..... todo de vidrio. Mr. Henrivaux, á quien no puede dejar de citarse cuando se trata de vidrio blando, ha imaginado curiosas carteras para cartas y para fotografías, lindos cofres y cajas, cintas rosadas, rojas ó azules. Las cintas sirven para reunir las placas de vidrio decorado y para atar las fotografías. Se va de antemano á Saint Gobain y no es ciertamente imaginación lo que allí falta. Por otra parte el siglo del vidrio será eterno. Suprimido con el pensamiento ¿qué sería de nosotros? Llegará un día en que todo sea vidrio.

Estas reflexiones se nos ocurren á propósito de una muestra de pasta de vidrio que causa admiración. Todos conocemos el vidrio duro, frágil ó resistente según su composición y su espesor; pero el vidrio blando es poco conocido; sin embargo su origen es antiquísimo. Los vidrieros romanos se llevaron á la tumba el secreto de la preparación de una pasta de vidrio que modelaban en frío como greda. Este vidrio maleable, que se prestaba á todas las formas, esparcía un aroma suave y delicioso. Una variedad de la misma preparación se abollaba cuando caía á tierra; pero se reconstituía á golpe de martillo sin quebrarse jamás. Petronio cuenta que el Emperador seña este secreto de la pasta de vidrio, por temor de más caso del oro que del barro. Tiberio no había previsto el Transvaal. Nadie pudo reconstituir la pasta de vidrio de los antiguos. Estaba reservado á un escultor y á la vez químico distinguido el hallazgo de esta antigua composición, ó por lo menos de un vidrio maleable. Mr. Henry Cros ha logrado hacer un vidrio maleable. En esta pasta de vidrio se puede impunemente clavar como en el plomo, sin desconcharlo ni producir ninguna clase de hendidura. Es una singular sustancia! Positivamente el vidrio tiene porvenir.

Incubadoras de niños

Acaba de inaugurarse en París una obra de alta filantropía:

Trátase de la fundación de una sala de maternidad destinada á la crianza gratuita, por medio de incubadoras, de niños débiles ó nacidos antes de tiempo.

La iniciativa de la obra se debe á M. A. Lion, que ya en 1891 había establecido en Niza otra bajo el mismo plan, de la cual se han hecho bastantes elogios.

Hay que añadir que las incubadoras, que son diez, han sido puestas gratuitamente al servicio de los indigentes, sin distinción de cultos. Además se acaban de poner á la disposición de la Asistencia pública veinte de estos aparatos, que entregará la Obra á toda persona que presente una boleta de la administración.

A observar un eclipse

Acaba de salir de Brooklyn una expedición astronómica con rumbo á la isla de Yeso, Japón, desde donde proyecta observar el eclipse de sol que se verificará el 9 de Agosto próximo. La expedición se ha embarcado en el yacht *Coronet*, prestado al señor P. Todd por sus propietarios W. y A. James. El buque doblará el cabo de Hornos, viaje en el cual empleará unos cien días; descansará en San Francisco donde completará su equipo científico, y marchará después á Honolulu. Los observadores llevan consigo 25 ó 30 telescopios provistos de cámaras fotográficas automáticas, con ayuda de las cuales serán tomadas 400 ó 500 fotografías de la corona. La mayor parte de los trabajos serán fotográficos, dedicándose un solo observador á seguir las fases del eclipse.

El caballo de vapor

El origen de la expresión *caballo de vapor*. Débese á James Watt, inventor de la máquina de vapor la introducción en la industria de la expresión *caballo de vapor*. La potencia representada por el vocablo, es decir, la que permite elevar á un metro de altura un peso de 75 kilogramos, es muy superior á la fuerza del caballo, no siendo ésta por término medio sino de 30 kilogrametros por segundo, como se ha comprobado con experimentos hechos cuidadosamente con 250 caballos; y así mismo ha debido ser en tiempos de Watt, pues la fuerza del caballo no ha podido variar. ¿Entonces, por qué introdujo el inventor en la técnica un nombre tan impropio? El diario alemán *Prometheus* da la siguiente explicación: Una de las primeras máquinas de vapor hechas por Watt fue destinada á la cervecería de Wilbread (Inglaterra) para reemplazar los caballos que trabajaban en el manejo de las bombas. Para obtener una máquina de tan buenos rendimientos, que pudiera sacar la misma cantidad de agua que un buen caballo, el cervero

determinó la capacidad del trabajo de éste, haciéndolo trabajar durante ocho horas sin interrepción, á fuerza de látigo, y llegó á conseguir la respetable cifra de dos millones de kilogramos de agua. El mismo trabajo lo hacía la máquina á razón de 75 kilogramos de agua por segundo, elevada hasta 1 metro de altura. Watt adoptó entonces esa medida con el nombre de caballo de vapor, como base de todos sus cálculos. No obstante su inexactitud, se sigue dando á esa medida convencional el nombre de caballo de vapor.



Ceremonia de la conversión del príncipe Boris de Bulgaria, en la Catedral de Sofía

La prensa extranjera ha dado cuenta detalladamente de las fases é incidencias que se han sucedido en el asunto de la conversión del príncipe Boris de Bulgaria á la religión ortodoxa rusa.

No hay quien no recuerde los capitales extremos de esta cuestión dinástico-religiosa que, en el terreno de la política oriental, sigue siendo el tema de la más candente actualidad. Después de subir al trono de Bulgaria el príncipe Fernando, sin ser reconocido por ninguna de las potencias amigas de Rusia, contra matrimonio con una princesa de Parma, familia eminentemente católica. Esta princesa casóse con la expresa condición y previo juramento prestado ante el Papa de que, á pesar de prevenir la Constitución búlgara que el príncipe reinante debía pertenecer á la religión cismática rusa, que en aquella nación se profesaba, los hijos que naciesen de su matrimonio serían bautizados y educados en la religión católica romana.

Cediendo empero á las exigencias moscovitas, el príncipe Fernando acaba de romper el compromiso contraído con su mujer y con Su Santidad, haciendo que Boris sea bautizado en la religión rusa. Reciente es la repulsa que el soberano búlgaro ha recibido del Papa, que ha contestado con el *non possumus* á las razones de conveniencia que en sus gestiones diplomáticas expuso el príncipe Fernando. No es menos reciente la huida de la corte búlgara de la princesa María, quien en aras de los deberes de conciencia, no ha vacilado un instante en abandonar, no ya una corona, sino á su propio hijo.

El adjunto grabado, tomado del *Daily Graphich*, representa la ceremonia de la conversión. A la izquierda aparece el general Kutuzoff, representante del Czar de Rusia en la ceremonia, celebrada en la Catedral de Sofía; siguen luego las ayas del príncipe Boris, mientras éste, subido en un trono, escucha las palabras litúrgicas de la conversión prauñadas por el Exarca José, quien tiene á su lado al príncipe Fernando de Bulgaria.

Es una página curiosa de historia contemporánea, no menos abundante que la de otros siglos en actos como éste que á lo vivo enseñan á cuánto obliga "la razón de Estado."

De un periódico europeo tomamos lo siguiente:

"En este asunto ha intervenido, como no podía menos, Su Santidad León XIII, á quien ha disgustado la actitud del Príncipe Fernando.

Un periódico, que recibe del Vaticano inspiraciones directas, *La Voce della Verità*, ha publicado la siguiente nota, inspirada por el cardenal Rampolla. Secretario de Estado:

"Como católicos recibimos con pesar la noticia de la decisión del Príncipe de Bulgaria para educar á su hijo en la fe de la Iglesia de Oriente. El Príncipe no se avergüenza de lamentarse de que el Papa le haya negado el auxilio que creía necesitar para la tranquilidad de su conciencia. La hora avanzada á que escribimos no nos permite censurar, como se merecen, el acto y las palabras del Príncipe. Ya lo haremos. Por ahora consignaremos únicamente que aquel Soberano ha incurrido en un error grave si cree que su determinación servirá para garantizar su persona y su casa de ataques eventuales, porque la ortodoxia rusa, según parece se dispone á destruir su casa después de haberla deshonrado."

Coincidiendo con estas opiniones, se expresa así otro periódico relacionado con la Santa Sede, el *Osservatore Romano*:

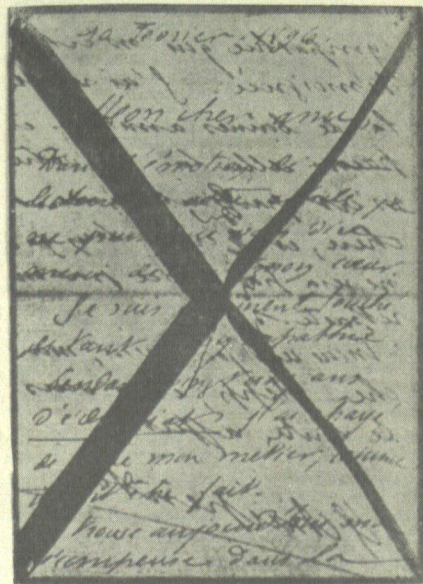
"Si habíamos guardado silencio sobre la conversión del Príncipe Boris á la Iglesia greco cismática, era porque esperábamos todavía que no se diese el espectáculo de semejante escándalo.

Lo esperábamos, sobre todo, porque sabíamos de una manera cierta que el Papa había llegado al extremo límite de su paternal condescendencia, manifestando que estaba dispuesto a consentir que el Príncipe pasara del rito latino al rito greco-búlgaro-católico.

Pero esto no ha bastado. Por lo tanto no nos queda más que motivo para deplorar que un padre, un Príncipe, haya causado a la Iglesia, en cuyo seno nació, semejante ofensa, produciendo al Soberano Pontífice tan vivo dolor y ofreciendo a los ojos del pueblo búlgaro y del mundo católico un escándalo sin precedente.

A pesar de esto, el pueblo de Bulgaria está entusiasmado con la idea de la conversión del Príncipe Boris, y de que el Czar de Rusia sea su padrino.

Un grupo de notables búlgaros se prepara a ir en tren especial hasta la frontera, para recibir al general Golenichew Kutusof, portador de una carta de Nicolás II al Príncipe Fernando y encargado de representar al Emperador de Rusia en la ceremonia del bautismo."



Carta de M. G. Charpentier á M. Alexandre Kepp.
Fotografiada á través del sobre

La más grande biblioteca del mundo

Actualmente se termina en Washington un edificio de grandes dimensiones, la Congressional Library ó Biblioteca del Congreso que puede encerrar 1.600,000 volúmenes y con sus dependencias podrá pronto contener cinco millones. Entonces será la más extensa Biblioteca del mundo entero.

En seguida siguen: la Biblioteca Nacional de París, que actualmente es la más rica, pues no tiene menos de 2.300,000 volúmenes, á los cuales es menester agregar 80,000 manuscritos, el British Museum con 1.600,000 volúmenes manuscritos; la Biblioteca pública de Munich, que contiene un millón de volúmenes y 26,000 manuscritos; la Biblioteca imperial de San Petersburgo, que contiene una riqueza más ó menos igual á la de Munich; y en fin la real Biblioteca de Berlín que contiene 750,000 volúmenes.

Una fonda de papel

Acaba de edificarse en el puerto de Hamburgo una fonda de papel.

Este original establecimiento ha obtenido en seguida un éxito considerable por la novedad.

El armazón en sí es metálico, pero las paredes son de papel y los techos de cartón incombustible. Los ornamentos decorativos son también de papel, así como la mayor parte del mobiliario. El comedor, que mide treinta metros de largo por seis de ancho, puede contener cerca de 150 personas sentadas.

En invierno la calefacción se efectúa por medio de un sistema ingeniosísimo de circulación de agua caliente, cuya tubería queda aislada en manguitos de loza que hay atravesados en los tabiques.

Una de las ventajas de esta clase de construcciones consiste en su extremada baratura.

La fonda de que hablamos es un edificio bastante grande y sólo ha costado, comprendidos todos los gastos, 1.500 marcos, ó sean 1875 bolívares.

Corrientes de alta frecuencia

En una de las últimas sesiones de la Academia de Ciencias [París] hicieron los señores d'Arsonval y Charrin una comunicación muy importante sobre la acción curativa de las corrientes de extrema frecuencia en los casos de difteria. Numerosas pruebas se habían hecho, hace algunos años, por sabios ilustres que habían estudiado la acción destructora ejercida por estas corrientes eléctricas sobre las toxinas bacterianas; pero esos experimentos no dieron ninguna aplicación práctica.

Los dos eminentes médicos que acabamos de citar han hecho algo mejor, demostrando que la acción perjudicial de las toxinas resulta notablemente atenuada, y á veces completamente modificada por las corrientes de alta frecuencia, lo cual es de suma importancia, pues que la acción de dichas corrientes puede producirse directamente sobre el organismo enfermo, sin provocar ningún fenómeno doloroso.

Es digno de notarse que, bajo la influencia de esas corrientes, sea cual fuere la categoría á que perte-

nezan las toxinas, productos elaborados por los microbios, no sólo se atenúan éstas, sino que se transforman, llegando á ser sustancias preventivas, es decir verdadera vacuna, y gozan de las propiedades curativas inherentes á ella.

Los doctores d'Arsonval y Charrin han ejecutado toda una serie de experimentos con animales: inyectaron á unos conejos de India la toxina de la difteria, después de haberla sometido á la acción de las corrientes, y en otros se sirvieron del mismo procedimiento, pero sin modificar la toxina. Los primeros resistieron la enfermedad, mientras que los últimos no tardaron en sucumbir.

Después de tan notable descubrimiento, es muy probable que renuncien los médicos al empleo del suero, reemplazándolo con las aplicaciones de las corrientes de alta frecuencia, cuya acción es mucho más rápida. Basta un cuarto de hora para la transformación de las toxinas en vacuna.

Modificada de ese modo, obra casi instantáneamente sobre el enfermo con energía activísima. No por eso dejará de considerarse como un beneficio inestimable la invención del doctor Roux.

CH. MARILLON.

Cigarrillos de té

Según nos dice el *Canell's Saturday Magazine*, la última palabra de la moda en Inglaterra consiste en fumar cigarrillos de té verde; han adoptado la nueva moda gran número de personas de la alta sociedad de Londres. Un médico que ha tenido que visitar enfermos atacados de neurastenia y de insomnio, consecuencias de la reciente invención, afirma que una literata inglesa, cuyas novelas obtienen actualmente éxito notable, se fuma en un día de veinte á treinta cigarrillos de té, mientras trabaja. En la mesa de una gran señora muy conocida se fuman cigarrillos de té después de la comida, y dos actrices ofrecen dos veces por semana *five o'clock smoking teas*. En Kemington, barrio importante de Londres, se ha formado un club con el mismo objeto. Un fumador de té consume hasta 900 gramos por semana, y esta nueva manía, por no darle otro nombre más severo, se desarrolla con tal rapidez que ya hay algunos expendedores de tabaco que ofrecen á sus clientes los cigarrillos de té. De modo que en el día hay muchas maneras de envenenarse: alcohol y éter en bebidas, morfina en inyecciones, tabaco, opio y té en fumigaciones.

Considerada de cierto modo, la civilización es preciosa é inestimable; pero hay ocasiones en que se debe lamentar el adelanto que hemos alcanzado, al observar las causas de decadencia física que engendra.

Un gusano en los ojos

Un gusano en los ojos! Bien puede ser, puesto que ya ha sucedido más de una vez; y es mucho más molesto que un grano de polvo. Añadiré para tranquilizar á mis semejantes que los gusanos de que se trata no viven sino en países muy cálidos, como el Congo y la costa occidental del África. Son filarias que tienen la misma forma de la loa, pero más pequeñas; y los mosquitos, que como dicen se transforman, son la especie intermedia entre aquéllas y la loa.

Sea cual fuere su origen ó las metamorfosis que sufra, la filaria que se introduce en los ojos tiene 40 milímetros de largo por medio de ancho; parece un pedacito de fideo muy delgado. Examinado con vidrio de aumento es un gusano de cabeza redonda y rabo muy agudo. En 1877, en Angola, reconoció Gugas que los negros del Congo tenían á menudo entre la conjuntiva y el globo del ojo, un gusanito que los indígenas llaman "loa." Mucho antes, á mediados de este siglo, Lestrille y Guyon habían descubierto ya este gusano en los negros.

Posteriormente M. Kirschberg envió á Berlín, conservada en alcohol, una filaria sacada de los ojos de un negro del Congo francés por un comerciante, M. Kissler. En 1894, Argyll Robertson extrajo una loa de la conjuntiva de una escocesa de 32 años, que había vivido mucho tiempo en Calabar. El animalito es tenaz. Patrick Manson encontró larvas de filaria en la sangre de un 50 p. de los negros de Calabar. La loa se encuentra principalmente en la costa de Africa, entre los grados 5 de latitud norte y 10 de latitud sur. El ojo se va inflamando poco á poco, y se ve atacado por hinchazón horrible, que desaparece en pocos días, después de extraído el gusano. Lo más curioso es que el tal gusano se pasa de un ojo á otro por debajo de la piel de la nariz. Se ve en un ojo, y al día siguiente ya no está en él; algunos días después se encuentra en el otro. No se queda sólo en la conjuntiva, sino que se pasea y circula por todo el órgano visual, como se vio en una niña de dos años y medio que tenía un gusano en la cámara anterior del ojo. Ya vemos, pues, que se puede tener gusanos en los ojos.

Esta invasión de loas puede colocarse entre los pequeños inconvenientes de la permanencia en los países cálidos del África. Los que hemos vivido bajo el sol del Ecuador no podremos olvidar el gran número de insectos que nos hostigaban diariamente: moscas, mosquitos, hormigas grandísimas, nignas, en invasión turbulenta, como no la hay igual en Europa. Son nubes y legiones! Los mosquitos atacan con furor; y en las selvas vírgenes, llenas de serpientes, hay infinidad de hormigas que os asaltan á millares para llegar hasta el revólver, por el aceite de palma con que está untado; la hormiga acude adonde quiera que haya algo que coger y la nigna se os introduce en los dedos del pie en donde deposita sus huevos con toda tranquilidad. Qué vida tan agradable la de las selvas vírgenes! Y, para complemento de esos pequeños placeres de viaje en los países cálidos, tenemos que la loa, aunque prefiere los ojos de los negros, á falta de ellos se contenta con los de los europeos.

HENRI DE PARVILLE.

Exploración del polo Sur

El Comité británico antártico proyecta una expedición, compuesta por 12 individuos encargados de explorar, durante un año, la tierra de Victoria del Sur. La revista inglesa *Nature* anuncia que la expedición

partirá el 1.º de septiembre próximo, deteniéndose en Melbourne y desembarcando en el Cabo Adair. El programa de los trabajos es el siguiente:

- 1.º Una parte de la expedición marchará hacia el polo Sur magnético, donde realizará observaciones de dicha índole.
- 2.º Se levantará el mapa de las costas de la bahía, explorando y sondeando las escuadras.
- 3.º Se practicarán dragados y se formarán colecciones zoológicas, botánica, mineralógica y geológica.
- 4.º Observaciones barométricas, termométricas y meteorológicas.
- 5.º Observaciones de las corrientes aéreas y marinas.

Teatros quemados

Durante el año de 1895 se incendiaron en el mundo los teatros siguientes:

- En Enero: el de Anancy (Francia), el de Milwaukee (América), y el de Zaragoza.
- Febrero: el de Variedades, de Legnago (Italia).
- Marzo: el Teatro Real de Glasgow (Escocia).
- Mayo: el Politeama Adriano, de Roma.
- Junio: el Teatro Jacob, de Nueva York.
- Julio: el Teatro Imperial, de Bonn (Alemania).
- Diciembre: el Teatro Lírico, de Bucharest, y el Politeama Nacional, de Buenos Aires.

Atraído por un express

Viajando se aprende. He visto con mis propios ojos en Mulheim (estación de Baden) el caso de un hombre que acababa de ser lanzado á cierta distancia por el tren rápido de Basilea á Carlsruhe, sin poder después darse cuenta de su aventura. El estaba en el andén muy cerca de la vía; pasó el tren como una flecha, y nuestro hombre cayó á tierra tendido sobre un costado. "No puedo comprender lo que me ha pasado, contaba; una corriente de aire, una pirueta..... y ya el tren iba lejos cuando me levanté aporreado, pero más que todo, estupefacto.

¿Es posible que la corriente de aire producida por el paso de un express pueda derribar á un hombre? A pesar de haber presenciado el caso del viajero badense, nos queda la duda de si el hecho en sí es verdadero, ó si hubo mucha parte de susto. Siempre se ha dicho que los empleados en la guarda de las barreras se apartan al pasar el tren correo de las Indias, por temor de que los haga caer la atracción del tren; pero es cosa que no se puede creer, pues dicho correo no tiene el privilegio de la velocidad.

En Inglaterra, en los Estados Unidos particularmente, donde se ha alcanzado una velocidad de más de 100 kilómetros, en nuestra línea del Norte, cuyos trenes suelen llevar la velocidad de 90 y hasta 100 kilómetros no se ha oído hablar de trenes que hayan ejercido atracción peligrosa sobre los guardas. Un tren rápido con la impulsión del émbolo puede indudablemente desalojar el aire y llevarlo inyectador de él, fenómeno que ya conocemos en la inyectora Giffard y en las bombas de nuestros laboratorios. Todos los que han visto pasar un express en el andén de una estación saben á qué atenerse sobre el espectáculo poco tranquilizador que presenta esa gran máquina puesta en movimiento: todo tiembla; el ruido es formidable; dijérase que todo va á ser barrido por el gigantesco proyectil; las piedras y el polvo saltan á los lados; un viento de tempestad levanta los sombreros; y después..... todo ha pasado tan rápidamente como empezara. ¿Y qué sucedería al que se encontrara cerca de los rieles, á pocos decímetros del tren? ¿Habría una atracción tan poderosa como para hacer caer á un hombre? A eso no puede darse una respuesta absoluta, pues depende de la resistencia del hombre, y de los caprichos del torbellino levantado por el paso del tren.

Un tren rápido de 100 kilómetros por hora devora 28 metros por segundo. Suponiendo que el viento que levanta sea también de 28 metros, que es bastante exagerar, podría sentirse muy cerca del tren un viento análogo al de nuestras fuertes brisas de tempestad, y es preciso que haya mucha parte de voluntad en la persona, para dejarse derribar por un viento de 30 metros.

Que se caiga una mujer, pase, pero un hombre! No obstante todo lo dicho, no hay para qué jurarlo, y bien puede suceder que el viajero badense haya sido tumbado de improviso, según lo afirma él mismo.

En los Estados Unidos ha ocurrido un caso semejante al que nos ocupa, dando lugar á un proceso y á informe sobre los peritos. Un niño de once años que jugaba bajo los últimos vagones de un tren que pasó con gran velocidad; no sólo cayó el niño, sino que fue también arrojado hacia adelante por la corriente de aire, quedando en medio de la vía férrea. Habiéndosele cobrado daños y perjuicios á la Compañía, replicó ésta que el niño podía haberse caído al paso del tren; pero que no era posible que un tren en movimiento formase detrás de los vagones un vacío capaz de arrojar al suelo un cuerpo de algunas decenas de kilogramos. Fue preciso nombrar un perito, el profesor Francis E. Nipher de la Universidad de Washington. Hizo numerosos experimentos, y manifestó que un tren en movimiento no ejerce atracción hacia los lados ni hacia atrás, como puede fácilmente probarse colocando un barómetro detrás de un vagón, y reconociendo que no se produce en él ninguna depresión.

El aire en los vagones está como encerrado, comprimido, y casi todo su volumen circula con la misma velocidad del tren; pero el aire que rodea los vagones de un extremo á otro adquiere también mucha velocidad, lo que es fácil de comprobar viendo como afluje el polvo. El tren se ve como envuelto en una capa de aire que corre junto con él. Las capas más cercanas á los vagones van naturalmente mucho más ligero. Ahora bien, opina M. Nipher que si una persona está muy cerca de un tren rápido se halla en la zona de acción del viento, en zonas de aire que van adelantándose con velocidad considerable siendo ésta en la orilla del andén muy distinta de la que lleva el tren; tanto es así que una parte de su cuerpo se sentirá más impulsado hacia adelante que la otra, de lo que resultan dos fuerzas diferentes que hacen dar tumbos al individuo.

"En tales condiciones, dice M. Nipher, es muy fácil que una persona caiga del lado de la vía." Eso es lo que ha debido sucederle, según el perito, á la pequeña víctima del accidente de Saint-Louis, y M. Nipher ha fallado en contra de la Compañía.

A pesar de todo, no estamos convencidos todavía de que el paso de un tren rápido pueda ejercer fuerza suficiente como para hacer tumbos y caerse. La conmoción que se siente en ese momento puede contribuir también á la pérdida del equilibrio. Pero sea como fuere, como el hecho está entre las cosas posibles, es bueno ser prevenido, y recomendarle á las personas que están á lo largo de una estación y muy cerca de la vía, que se pongan á respetuosa distancia en el momento de pasar un rápido ó un express. Sería completamente útil tratar de hacer por sí mismo el experimento de la pirueta.

HENRI DE PARVILLE.

SUETOS EDITORIALES

Ramón de Campoamor y Camposorio.—La primera página del presente número de nuestra Revista, es un homenaje de admiración y simpatías que consagramos al insigne poeta español, al cumplir ochenta años de edad. Nuestro corresponsal en Madrid, señor Miguel Eduardo Pardo, le dedica una entusiasta congratulación; y al frente de esas líneas, que rebosan sinceridad, nos es grato colocar la efigie del celebrado autor de las *Doloras*, á quien don Manuel de la Revilla retrató de esta manera:

"Campoamor es un hombre de edad madura, más bajo que alto, grueso y bien conservado, de mirada franca y leal, de frente espaciosa y serena; cuya boca no está plegada por el amargo *ricetus* del dolor, sino por la más bonachona de las sonrisas; cuya cabeza corona blanca cabellera que nada tiene de romántica; y cuyo rostro, agraciado y simpático en su conjunto, rodean unas blancas patillas de bolsista, que antes le dan expresión de acudalado y satisfecho banquero que de melenudo y tétrico poeta..... En ese cuerpo, que casi parece el de un epicúreo, se alberga un alma bondadosa y dulce, un carácter franco y jovial, un corazón sencillo, cándido, casi infantil, y una poderosa inteligencia..... Afable en su trato, muy amigo de sus amigos, indolente para todo lo que no sea hacer versos. Campoamor es persona por extremo simpática y de todos querida."

Una porción numerosa y sabia de la Península, como también otra de los países hispano-americanos, le tienen como el primero de los poetas españoles contemporáneos. Y es tan admirado como querido. Se ha popularizado á tal grado en Venezuela, que si se discutiera su personalidad entre las damas, pocas, muy pocas, serían las que no se adelantasen á colocar una hoja más de laurel en la corona del poeta.

En el terreno de la poesía, los sufragios de la mujer tienen valor inestimable. Son los votos del sentimiento, y el sentimiento no se compra sino con afectos, ternuras, y todo lo noble y santo de las almas buenas.

Felices los poetas, cuando encierran todas las bondades de su alma en el áureo molde de la rima!

El General José del Carmen Vila. Ministro de Colombia en Venezuela, se retiró á su patria dejando en Caracas las mejores impresiones respecto á su honorabilidad, circunspección y tino en el desempeño de la delicada misión que le trajo. Lleva en cambio los afectos y simpatías que ha sabido captarse en el trato social. Deseámosle viaje feliz, tanto á él como á su apreciable hijo y á las respetables familias de ambos.

Límites de Guayana.—Libro de 300 páginas, que contiene los artículos publicados en el *Diario de Caracas* de enero á julio de 1894, y que su estimable Redactor dedica al señor General Joaquín Crespo, Presidente de la República.

Damos atentas gracias por los dos ejemplares que el señor Director de el *Diario de Caracas* ha tenido la cortesía de enviarnos.

Folleto recibido.—*La Revista de la Instrucción Pública*, número 36 ha llegado á nuestras manos con atenta tarjeta de su Director el señor Dr. David Villasmiel y *Y Contraréplica al escrito del General Gallegos.*

Damos cumplidas gracias á los señores remitentes.

Horas tristes.—*Romanza sin palabras para piano por Jesús María Suárez.*—Con bondadosas frases nos envía este distinguido compositor y amigo nuestro, la bella producción de su ingenio, que dedicó al señor Dr. Eduardo Calcaño y que lleva el título indicado. Conserváremos este obsequio como un precioso recuerdo, y damos las gracias al autor.

Pésame.—Dos preciosas niñas, encanto de sus respectivos hogares, han sido conducidas recientemente al Cielo por el ángel encargado de aumentar el coro del Altísimo. Luisa Obdulia, hija del señor Luis R. Scholtz; y Bertha María, del señor Luis M. Urbaneja Achelphol.

Han vuelto á su patria nativa esos ángeles, y sus padres lloran; porque no se desprende sin dolor un pedazo del corazón, aunque sea para ocupar el más hermoso destino que puede haber á la humanidad.

Reciban sus deudos nuestro más sincero pésame.

El señor Miguel I. Leicibabaza, conocido empresario de espectáculos teatrales, ha partido para Europa con el ánimo de contratar una Compañía de Zarzuela capaz de satisfacer el buen gusto caraqueño y las exigencias no pocas veces exageradas del público. Esperemos que Leicibabaza, práctico como es en la materia y conocedor de nuestras simpatías y hasta de nuestros caprichos artísticos, obtendrá el mejor éxito. Entre tanto, guíenle en su viaje los genios protectores hasta su regreso á los patrios lares.

Despedida. Se ausenta el señor Andrés Antón, empresario de la Compañía lírica que ha actuado últimamente en nuestro teatro de la ópera. Auras bonancibles conduzcan á la galana *troupe*.

Agradecemos al señor Antón su cortesía de venir á despedirse personalmente de nosotros, y le repetimos nuestros votos por su felicidad.

Benigna U. de Hernández Ustáriz.—Ya en prensa el último pliego del presente número, llega á nuestro conocimiento la dolorosa noticia de la muerte de esta distinguida dama, justamente apreciada en el seno de la sociedad caraqueña, y á quien el destino sometió á largos padecimientos, como para probar el temple de sus virtudes. Así, el alma cristiana de la joven señora, depurada en el crisol del sufrimiento, partió á las excelsas regiones de su origen.

A su esposo, señor Francisco Hernández Ustáriz, como también á los numerosos deudos de la finada, presentamos la sentida expresión de nuestra condolencia.

Federico Osío.—En los mismos momentos, nos llega la infansta nueva del fallecimiento de este apreciable joven, hijo del señor F. L. Osío, é impresionados por tal desgracia cumplimos con el deber de acompañar en su pena al padre amantísimo y apreciable amigo.

NUESTROS GRABADOS

Retrato de Campoamor

Remitimos al lector á la sección editorial, donde nos referimos al poeta original de los *Pequeños poemas*.

Alirio Díaz Guerra

No sólo en Colombia, su tierra natal, y en Venezuela, su segunda patria, son estimadas las poesías del señor Dr. Alirio Díaz Guerra. El nombre del poeta es bastante conocido en los países hispano-americanos y allí se vienen reproduciendo sus poesías desde hace largo tiempo.

Díaz Guerra, que ha conquistado palmas en certámenes creados por el patriotismo, cuenta también con las simpatías de las almas buenas, cuando, al par que Juan de Dios Palma, canta lo hermoso y grande que encierra el hogar.

J. A. Pérez Calvo

En el grupo de los poetas de la actual generación, Pérez Calvo tiene puesto distinguido, porque es inspirado, rinde culto idolátrico á la forma y son siempre delicados los asuntos que informan sus producciones. Después de un largo silencio, su musa ha vuelto á prorrumbar en hermosos cantos y de estos han obtenido entusiastas aplausos los titulados "Gitana" y "La última Vestal."

La primera de estas poesías aparece hoy en nuestra Revista y sirve de magnífico marco al retrato del autor.

Virgilio, Horacio y Vario en casa de Mecenas

CUADRO DE CH. JALABERT

De Grecia vino á Roma ese aprecio ilimitado que los monarcas sintieron por los grandes poetas de su tiempo. Polícrates é Hiparco, déspotas célebres, mantuvieron á su lado, gozando de fastuosos honores, á Anacreonte, Píndaro, Simónides é Ibico.

En el reinado de Augusto fue cuando Roma vio recompensado el genio de sus poetas. Mecenas, amigo y consejero del emperador, inclinó á éste á que favoreciese á los literatos, y durante la administración del Imperio alcanzaron todos los homenajes á que son acreedores los que están por sobre la cabeza de las muchedumbres. Virgilio Marón, "el primer poeta de Flaco, que desde sus primeras *Odas*, hasta nuestra época viene ejerciendo poderosa influencia en todas las literaturas; y Vario y Propertio, fueron amigos y protegidos de Mecenas.

El momento á que da vida Jalabert en su hermoso cuadro, es aquel en que Virgilio lleva á Horacio á la presencia de Mecenas, quien sentado en su triclinio y al lado de Vario, oye con atención recitar al poeta de Ve.usa.

Desde ese día, Mecenas hizo de Horacio el primero y más excelente de sus amigos. En el momento de morir, escribió á Augusto: "acuérdate de Horacio como de mí propio;" pero el emperador no pudo cumplir la postrera demanda de su amigo, porque mes y medio después [27 de noviembre, 8 años antes de J. C.] moría el poeta que eclipsó con sus *Odas* á todos los poetas líricos latinos.

Vista de Guayaquil

La vista que de esta ciudad damos en el presente número, pertenece á la colección de fotografías que debemos á la bondad del señor Dr. Rafael Domínguez y de las cuales ya conocen varias nuestros lectores.

Después de Quito, la ciudad más importante del Ecuador es Guayaquil, antiguamente La Culebra, fundada por Sebastián Belalcázar en 1535. Se desdobló á consecuencia del levantamiento de los indios y la volvió á poblar en 1537 Francisco de Orellana, por orden de Francisco Pizarro.

Dividida la ciudad en nueva y vieja, vive en esta parte la gente pobre. La parte nueva tiene calles anchas y rectas, y en la del Malecón, que es la mejor y más animada, se encuentran los principales almacenes y tiendas y sirve de paseo en una extensión de más de dos kilómetros. En la ciudad nueva casi todas las casas son de tres pisos y hay muchas hermosas y de gran lujo.

Desde el punto de vista mercantil, Guayaquil es la ciudad principal de la nación. Tiene 40.000 almas; su puerto es punto de escala de los vapores procedentes de las costas occidentales de Europa; y exporta cacao, café, metales preciosos, pieles, sombreros de paja, marfil vegetal y quina.

En política da la norma á los gobiernos de la República y es la que decide en las revoluciones y conflictos. Su movimiento intelectual es progresivo y así lo comprueba la existencia de seis diarios de gran tamaño y la publicación ilustrada *El Ecuador Pintoresco*, á la cual nos referimos en uno de nuestros últimos números.

En Guayaquil tuvo efecto la célebre entrevista de Bolívar y San Martín en 1822; y allí narraron el poeta y teólogo P. Aguirre, el historiador Morán de Buitrón, el gran épico, cantor de Junín, Olmedo, y el estadista Rocafuerte.

El Chimborazo y el Cotopaxi

El Secretario de la Legación de Venezuela en las Repúblicas del Ecuador y Perú, al enviarnos las fotografías que son materia de estas líneas, y que obtuvo á su paso por la ciudad de Guayaquil, nos dice: "En breve seguiremos á Quito, y desde ahora me preparo á gozar de los panoramas que bien pueden llamarse archi-andinos, tal es el sello de magnificencia y belleza que imprimen á la contemplación esos gigantes coronados de nieve, que de trecho en trecho marcan como vértebras en la columna dorsal de Sud-América."

El Chimborazo trae al patriotismo sud-americano el recuerdo de las visiones poéticas de Bolívar, que siguiendo las huellas de Humboldt, trepa á la montaña, interroga al infinito, platicca con el tiempo y en su delirio sublime de redimir pueblos esclavos, se tercia "el manto de iris" en que venía envuelto

"desde donde Orinoco caudaloso su tributo de amor paga á las aguas."

Por mucho tiempo se tuvo el Chimborazo—situado á 150 kilómetros al S. S. O. de Quito—por el pico más elevado de los Andes y de América; hoy se sabe que es inferior al Aconcagua y á algunos picos de Bolivia; viajeros y geómetras modernos le han altitudes que bajan hasta los 6.300 metros. Han intentado llegar á la cima de la montaña. Humboldt, que no pudo pasar de los 6.000 m.; Boussingault en 1831 llegó á los 6.004 m.; Remy y Brenchley subieron hasta muy cerca de la cumbre, y Whymper, en 1879, consiguió llegar á la cúspide, después de penosos trabajos á causa del frío, el viento y de la dificultad de respirar. La nieve comienza á los 1.900 metros sobre la meseta en que se apoya la montaña.

El Cotopaxi, situado al S. E. de Quito, de la que

diste unos 70 kilómetros, tiene la altura de 6.150 metros, según Whymper. Desde hace un siglo venían repitiéndose cada diez años las erupciones del volcán y una de las mayores fue la del año de 1877. En esa fecha cubrió con lluvia de cenizas todo el litoral, desde Manta hasta Guayaquil, esparciendo la mayor desolación en los ricos valles de Chilo y Tumbaco. Las detonaciones del volcán se oyen á 100 kilómetros de distancia y las cenizas que arroja suben á veces á 7.000 m. sobre el nivel del mar. Las erupciones son frecuentes; y perennes llamas iluminan de modo fantástico el inmenso cráter de la cumbre.

Tipos martiniqueños

VENDEDORA DE BANANOS

Este es uno de los tantos grabados que no necesitan explicación entre nosotros, porque el tipo es bastante conocido. Los racimos y hojas, entre los cuales se levanta la figura, le dan aspecto original á la fotografía, que no dudamos fue eso lo que solicitó el modesto artista.

Por la patria

(CUADRO DE S. P. SERGENT)

En ese inefable sentimiento que diviniza á la Doncella de Orleans; que levanta á Pelayo por sobre las montañas de Asturias; que hace pasar á Bolívar lábaro de libertad desde el Orinoco hasta el Rimac y que en Kosciuszko es constancia, heroísmo y martirio, —se inspiró el notable pintor norte-americano para crear su lienzo titulado *Por la Patria*. Es una ascensión gloriosa, en que el patriotismo se hermanó con el arte para que palpitate la vida con toda su fuerza en los personajes que componen el cuadro.

Una pregunta

(DIBUJO DE IHÖNI)

Vaga claridad de crepúsculo otoñal difúndese en el parque, mientras la hermosa joven recorre las avenidas, silenciosa y pensativa, poblada la mente de castos ensueños, dominada por un solo pensamiento, y en el abandono y laxitud de sus movimientos, como preocupada de no realizar en ese instante el ideal querido de su alma.

Sólido pedestal de piedra sostiene el busto de un sátiro. La hermosa joven se detiene, contempla fijamente la efígie, y en actitud de melancólico reproche le pregunta:

—¿Por qué te ríes?

El asunto es original, delicado, y se resuelve en una antítesis refinadamente poética. El sátiro ríe cínicamente, pero el semblante de la joven tiene la dulce expresión de las almas soñadoras.

Caín

(BUSTO DE JOSÉ MAGR)

Todas las rebeldías del primer fratricida, tienen expresión en la fisonomía de esta celebrada escultura. El torso amplio y musculoso, revelando potencia para todos los crímenes de la fuerza; la nariz sensual, como si le fuese grato el olor de la sangre inocente; fruncido el ceño, en señal de amenaza; la cabellera en desorden, y las pupilas preñadas de protestas satánicas.

La actitud del busto es de incomparable esfuerzo artístico. El escultor parece que escogió el momento en que Caín respondió á Dios que no era guarda de Abel, le responde irrespetuosamente, y recibe entonces la terrible maldición de que habla la leyenda bíblica.

Las lavanderas

CUADRO DE TOMÁS MUÑOZ Y LUCENA

Este cuadro presentado en la Exposición de Bellas Artes de Madrid el año de 1890, llamó poderosamente la atención y fue premiado con medalla de segunda clase, siendo además el artista por esta obra obsequiado con un banquete al que concurrieron ex-ministros, diputados, novelistas, autores dramáticos, poetas, críticos y periodistas.

Muñoz y Lucena nació en Córdoba [España] el año de 1860. Sus primeros estudios, que alcanzaron popularidad, fueron una *Cabeza* y el cuadro titulado *El cadáver de Álvarez de Castro*. Las obras que le han dado nombrada, además de *Las Lavanderas*, son *Parada de coches en Granada*, *Una merienda* y *La huerta de El Escorial*.

De su pastel titulado *Niña*, dice Balsa de la Vega que es notable por lo castizo del color y la franqueza de la hechura.

San Antonio Abad y San Pablo el Ermitaño

(CUADRO DE ANDRÉS SURAND)

Entre las obras notables que ha inspirado la vida de Pablo el Ermitaño, la que más se cita es la de Ribera, que representa una gruta con un gran tronco de árbol atravesado en ella. Echado en la gruta y recostando la parte superior del cuerpo en una piedra que tiene debajo del codo izquierdo, todo desnudo y sin más que un informe tejido de hojas de palma que le cubre el centro del cuerpo, medita el santo ermitaño, con las manos al pecho, en la muerte, representada en la calavera que tiene delante.

En cambio, de la vida de San Antonio se citan innumerables obras notables, desde la Edad Media hasta nuestros tiempos. Ayudados por la fantasía popular, los artistas crearon el género conocido con el nombre de las *Tentaciones*. Diablos, vestigios y todo un aparato cómico infernal informa el espíritu de los lienzos antiguos: no así los lienzos de los artistas contemporáneos, quienes juzgando pueriles aquellas escenas, las han sustituido con orgías de mujeres desnudas, voluptuosas y seductoras, que según un notable crítico han sido pintadas con la intención de tentar más bien al espectador antes que al solitario de la Tebaida.

Surand no sigue á ninguno en el cuadro que copiamos en el presente número.—Escogió el momento en que yace inerte el primer anacoreta de la Tebaida; y San Antonio, á quien rogó que envolviera su cuerpo en la capa ó manto que San Anastasio le había dado, le contempla en silencio, quizá meditando en el corto tiempo que sobrevivirá á su compañero.

Cogido en flagrante delito

CUADRO DE J. MANTE

La escena es naturalista, en la acepción más ingenua del calificativo, y el artista ha desarrollado su idea con precisión.

El inquieto chiquillo hace rabiar con la presencia de un gato al guardián de la humilde alquería, pero no "cuenta con la huésped." La abuela se le acerca, levanta la vara y no tarda en castigar sus travесuras sacudiéndole el polvo del arrollado pantalón.

Yo te quiero mucho!

Naturalidad en el conjunto, fina intención animando la idea artística, y amable y clara expresión en la fisonomía de los pequeños personajes que se aman con inocente ignorancia, resaltan con ingenua sencillez en el capricho que ocupa la página 342 del presente número.

Maracaibo

alle del Obispo Lazo.—Calle derecha número 64.—Vista tomada hacia el Oeste

Las vistas de las dos calles, son copiadas de fotografías del señor Maggiolo; y la de una parte de la ciudad, es del señor A. Lares.

Se observa en estas copias, como puede verse en las páginas que les hemos dedicado en la presente edición, el progresivo desarrollo de la histórica ciudad de Mara, á toda hora cantada por sus inspirados poetas y en todo tiempo engrandecida por la iniciativa de sus hijos.

Las calles están cruzadas por líneas de tranvías; los edificios, dentro del orden moderno, tienen la severidad de las construcciones sólidas, las aceras son amplias, y de los altos postes penden globos de luz eléctrica, que es la que gasta desde hace algunos años la ciudad.

La torre de la iglesia se levanta majestuosa en el remate de la calle del Obispo y en la ojiva se ve la campana que llama á los fieles á la oración.

"La Elvira"

Próxima á Caracas, lindando con la vía del Gran Ferrocarril de Venezuela, en las cercanías de la Estación de Las Ajuntas, se encuentra la hacienda de caña denominada "La Elvira," finca de gran valor en el país, que después de haber sido atendida con interés y esmero por su primitivo dueño, señor don Carlos Palacio, ha pasado á ser propiedad del señor Francisco Barrios Parejo, quien la dota con las mejoras que se imponen para hacer más fácil y ventajoso el cultivo y explotación de la caña.

"La Elvira" tiene magníficas oficinas, cómoda y elegante habitación para familia, y los jardines que rodean estos edificios parecen estar cuidados por manos de mujer que tiene entusiasta afición por las flores, y conoce la vida de éstas en diferentes climas.

Amplias avenidas, cascadas artificiales, arcadas de bambúes y grandes tanques con peces de diversos colores, embellecen "La Elvira," que por éstas y otras tantas condiciones es constantemente visitada. Da una ligera idea de lo que hemos dicho, la vista que aparece en el presente número, copiada de una fotografía del señor Schael.

Ducea—Estado Lara

(MANIFESTACION PUBLICA ANTI-INGLESA)

La "Sociedad propagadora de la defensa del territorio venezolano," ha tenido la cortesía de enviarnos la fotografía de la cual damos hoy copia fotográfica.—La Junta Directiva la componen los señores:

Bachiller Juan Antonio Guillén, Presidente.

General N. Jiménez, Vice-Presidente.

General Julio Couput, Vocal.

General Jesús M. Andrade, Vocal.

Carlos Luis Oberto, Secretario.

La manifestación anti-inglesa se efectuó en enero último en la explanada de la Estación del Ferrocarril inglés, y tomaron parte en ella todos los gremios y corporaciones de la población.

Templo de Santa Rosa

Los que transitan por el camino que de la ciudad de Barquisimeto conduce á la de Cabudare y llanos de Occidente, divisan á su paso una hermosa colina coronada por majestuoso templo que circundan las habitaciones de la población.

Es la parroquia de Santa Rosa que se destaca en la altura de aquel variado panorama, panorama que complementan las corrientes del Turbio, cuyas márgenes bordadas con líneas de esmeralda, realizan aquel sitio agrícola con vistas de belleza tropical.

Capilla de San Roque (Acarigua)

En otras ocasiones hemos tenido oportunidad de ocuparnos de la floreciente población de Acarigua; y no hace mucho dimos á conocer en un fotograbado la perspectiva que ofreciera en la plaza principal la manifestación patriótica efectuada últimamente para protestar contra la invasión inglesa.

Pueblo esencialmente cristiano, conserva con esmero su Capilla de San Roque y tiene á orgullo presentarla digna del culto á que está consagrada.

Tinaco

Grupo de paseantes en el río, en momentos de pesquerías

No sólo los pueblos grandes merecen nuestra atención. También los pequeños la exigen y más cuando éstos tienen el prestigio de la antigüedad ó pueden con sus productos naturales aumentar algún día la riqueza del país. Las más de las veces estos pueblos no avanzan en producción y aumento de población, debido á que no se les estudia, y permanecen casi inactivos á causa de estar privados de vías de comunicación.

Tinaco es un pueblo antiguo del Distrito Tinaco, en el Estado Zamora y tiene 2.500 habitantes. Una parte de la gente pobre de la población se dedica á la pesca; y ésta, por lo animada, atrae numerosos espectadores, como sucede en las playas del Oriente de la República, cuando los peces, por fenómeno aún desconocido, llegan en grueso cardumen á la orilla y los más pequeños son arrastrados por las olas á la arena.

La pesca en el río no tiene peligros y es bella. Así lo vemos en la vista del Tinaco que ofrecemos á nuestros abonados.

Monumento destinado á la ciudad de Sedán

(ESCULTURA DE M. CROISY)

Los sentimientos del pueblo francés, que arrancan desde el desastre de Sedán, están reflejados en el grupo de Croisy. Es el verso elocuente del épico griego, hecho símbolo. El verso de Tirteo animando á los soldados de la vieja Esparta: "Gloria á los que mueren en la defensa de la Patria."

Herido está el soldado francés; y antes de caer, todavía apoyado en sus armas, baja la Gloria á coronar su frente.

La escultura de Croisy no es sólo para Sedán, sirve también á todos los pueblos vencidos con menoscabo de sus grandes tradiciones ó de la desmembración de su territorio.



LA TRASATLÁNTICA

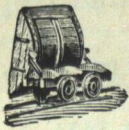
Capital responsable

B\$ 37,500.000.

Acepta seguros contra incendio bajo condiciones muy módicas

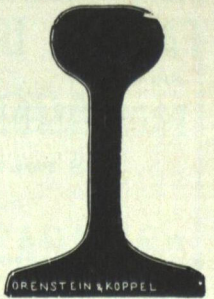
CESAR MÜLLER

Agente General en Venezuela



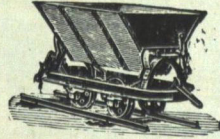
"ORENSTEIN & KOPPEL DE BERLIN"

Fábrica de Ferrocarriles fijos y portátiles de acero



CARROS DE TRASPORTE, COCHES DE PASAJEROS, LOCOMOTORAS, RUEDAS, ETC., ETC., ETC.
CASAS PRINCIPALES Y FABRICAS EN BERLIN S. W.-DORTMUND
SUCURSALES Y DEPOSITOS EN LAS PRIMERAS CAPITALES DEL MUNDO

Materiales para ferrocarriles y tranvías con el nuevo riel acanalado propio para las calles. Instalaciones de vías portátiles para Haciendas de caña, café, cacao y otras industrias, cambios



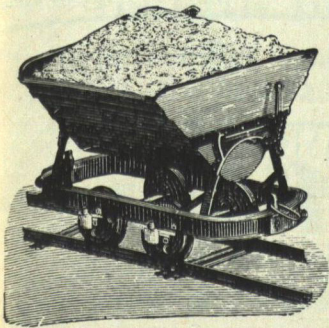
de vías, wagones para cargar caña y demas frutos, para maderas, placas giratorias etc., etc., etc., y cambios montantes tan usados en la explotación de

HACIENDAS DE CAÑA

ofrecen los suscritos

AGENTES GENERALES DE ESTA FABRICA PARA VENEZUELA

El Ingeniero Representante en esta ciudad, señor Andres Palacios Hernández se encarga de los presupuestos que se soliciten y todo lo que se relacione con los pedidos.



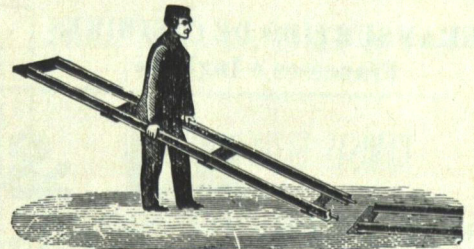
EXPOSICION PERMANENTE
de todo el material en miniatura
EN LA

OFICINA TECNICA DE INGENIERIA

CARACAS: SUR 1 NUMERO 44

TRAPOSOS A COLON

Müller y Montemayor.



LA LEGITIMIDAD Y LA HIDALGUA

REAL FABRICA DE GIGARRILLOS

Y

PAQUETES DE PICADURA DE TODAS CLASES

DE

PRUDENCIO RABELL

CON SUS MARCAS ANEXAS

LA HONRADEZ, EL NEGRO BUENO Y EL FENIX

AGRACIADO POR REAL ORDEN DE SU MAJESTAD
EL REY DON ALFONSO XII, CON EL USO DE SUS REALES ARMAS

Los productos de esta Fábrica son elaborados con hojas selectas procedentes de las mejores vegas de Vuelta Abajo, escogidas escrupulosamente por persona inteligentísima en el ramo.

Los cigarrillos son elaborados á máquina, tanto los Elegantes y Panetelas como los Corrientes; lo cual, además de su reconocida calidad y buen gusto, garantiza el aseo y limpieza en su elaboración.

Hay constantemente un surtido general variado y fresco de Elegantes, Panetelas, Bouquets, Bouquet Imperial, Especiales, Camelias Medio Gigante y Gigantes en papel de algodón, trigo, hilo, arroz, pectoral, berro, pulpa y pasta de tabaco, grozuz y chorrito.

Al que lo solicite se le envían precios corrientes de los artículos de la Fábrica y se sirven los pedidos con esmero y prontitud.

DIRECCION: Cable, Rabell. Teléfono, 1.016. Correo, Apartado 117.

PASEO DE TACON (CARLOS III), 193, HABANA

D. DAVID RICARDO

Y SU HIJO

S. DE JONGH RICARDO

CIRUJANOS-DENTISTAS

CARACAS

ESQUINA DE LA CRUZ VERDE, 67 — TELEFONO VIEJO N. 995

Gran Fábrica de Chocolates y Cacaos



CARACAS

La materia prima de nuestra fabricación es el cacao conocido universalmente por el nombre de CARACAS, el cual goza de reputación, hasta ahora indiscutible, como el mejor del mundo.

PABLO RAMELLA Sucs.

CARACAS - VENEZUELA

DE VENTA EN TODAS LAS PANADERIAS DE RAMELLA

FABRICA DE CHOCOLATES SUPERIORES Y CACAO EN POLVO SOLUBLE

PROPIEDADES DEL CACAO

EN POLVO SOLUBLE

El cacao en polvo soluble, marca *LA INDIA*, es un producto normal, sacado (extraído) de una mezcla de los mejores cacaos de Venezuela, tan acreditados en el mundo entero, y elaborado cuidadosamente por medio de procedimientos científicos. En Europa y en los Estados Unidos goza este producto desde hace veinte años, de fama y consumo universal y donde casi sustituye el uso del Café y del Té, por sus propiedades nutritivas, corroborantes y digestivas, siendo un alimento inapreciable, especialmente para los niños, para las personas anémicas, débiles de estómago é inapetentes, que no soportan ni digieren la grasa que contienen los chocolates.

El Cacao en Polvo Soluble marca *LA INDIA*, no debiera faltar á ninguna familia.

CACAO SOLUBLE



CARACAS - VENEZUELA

MODO DE PREPARARLO

DOSIS PARA UNA TAZA

Mézclese bien dos cucharaditas de cacao soluble con igual cantidad de azúcar en polvo, agréguese un poco de leche ó agua caliente, y revuélvase bien hasta conseguir una pasta chocolate muy espesa, y en seguida puede usted llenar la taza con leche ó agua (mejor es leche) y obtiene usted una bebida theobromina superior al chocolate (hecho á la minuta) por ser ésta más digestiva é higiénica para las personas débiles de estómago.

Una latica de una libra de Cacao en Polvo Soluble marca *LA INDIA* vale 8 reales, y equivale á 5 libras de chocolate.

Avenida Sur, N. 2 y 4.—Fábrica: Calle de la Estación

Productos premiados en las principales exposiciones de Europa y de las Américas con 12 medallas de Mérito de Oro y de Plata

GRAN SURTIDO DE CASIMIRES Franceses é Ingleses

CAMISAS ULTIMA NOVEDAD

ROPA INTERIOR FINISIMA
de hilo, seda y lana

Medias Medias-Haute Nouveauté

PAÑUELOS, ELASTICOS PERFUMERIA

TELEFONO VIEJO, N. 1928

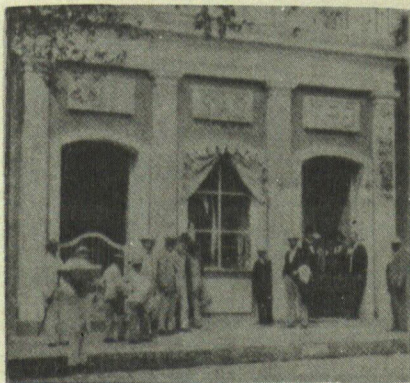


GRAN SASTRERIA DE PARIS — CAMILO SIRET — GRAN SASTRERIA DE PARIS
ENTRE LA TORRE Y EL PRINCIPAL—PLAZA BOLIVAR—CARACAS

Establecimiento constantemente surtido

— DE LAS —

ULTIMAS NOVEDADES EN SU RAMO



SIMON SANZ
CALLE DEL COMERCIO

SUR 4, NUMERO 28 TELEFONO VIEJO, 908

ANEMIA

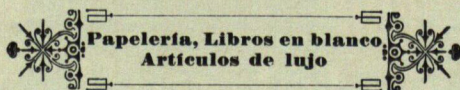
HIERRO QUEVENNE

DEBILIDAD

Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris, contra OJOSIS, FIEBRES, FALTA de FUERZAS Exigir el Verdadero.—14, R. BEAUX-ARTS, PARIS.

“LA ESTRELLA DEL TUY”

MERCANCIAS DIVERSAS



NOVEDADES

LA CASA QUE VENDE MAS BARATO EN TODO EL TUY

AGENCIA DE EL COJO ILUSTRADO

M. R. Romero & Ca.

OCUMARE DEL TUY—VENEZUELA

CUELLOS - PUÑOS - BOTONES

BASTONES-PARAGUAS

y artículos de fantasía para regalos

ESPECIALIDAD

en uniformes militares, levitas
y casacas

Expediciones para el Interior

LOS CORTADORES DE LA CASA SON FRANCESES

TELEFONO VIEJO, N. 1928

REAL FABRICA DE GIGARRILLOS Y PICADURAS

H. DE CABAÑAS Y CARBAJAL

PROPIETARIOS

EUGENIO A. EHMER & C^{as}

Sólo elabora picaduras de sus vegas de Vuelta Abajo.

REINA 20.—HABANA

Brambilla Ugo y su hija Amelia

se ofrecen para dar lecciones de piano
canto y francés

Dirección: Abanico N^o 34^a

LIVERPOOL CASA DE MODAS

CONFECCIONES DE TRAJES Y SOMBREROS

EN ARTICULOS DE LUJO ES LA PRIMERA CASA DE CARACAS

SU SURTIDO DE SEDERIA ES LO MEJOR QUE SE IMPORTA AL PAIS

Magnificas telas de lana para trajes, Satinees, Batistas, etc., etc.



Cristalería, porcelana, columnas con sus potes para decorar salones, lámparas altas con pie de bronce, cuadros con pinturas al óleo, alfombras, cortinas, muebles de fantasía, damascos de seda.

PERFUMERIA DE TODOS LOS FABRICANTES

OBJETOS DE ARTE Y DE LUJO PARA REGALOS, ETC., ETC.

GRADILLAS A SAN JACINTO No. 4

Juan Manuel Díaz & Ca.



ARON WALTZ & CA.

N. 43 - De Pajaritos á La Palma - N. 43

Ofrece al público el más completo surtido de artículos finos para regalos, tales como estatuas de bronce, vasos de la China, paravents, abanicos, etc., etc.

A PRECIOS MUY BARATOS



R. Zitting & Ca.

SUCESORES DE H. ROO & CA.

AVENIDA SUR

Sociedad á Gradillas N. 19 — Caracas

Ofrecen al público su grande y nuevo surtido de

FERRETERIA - QUINCALLERIA

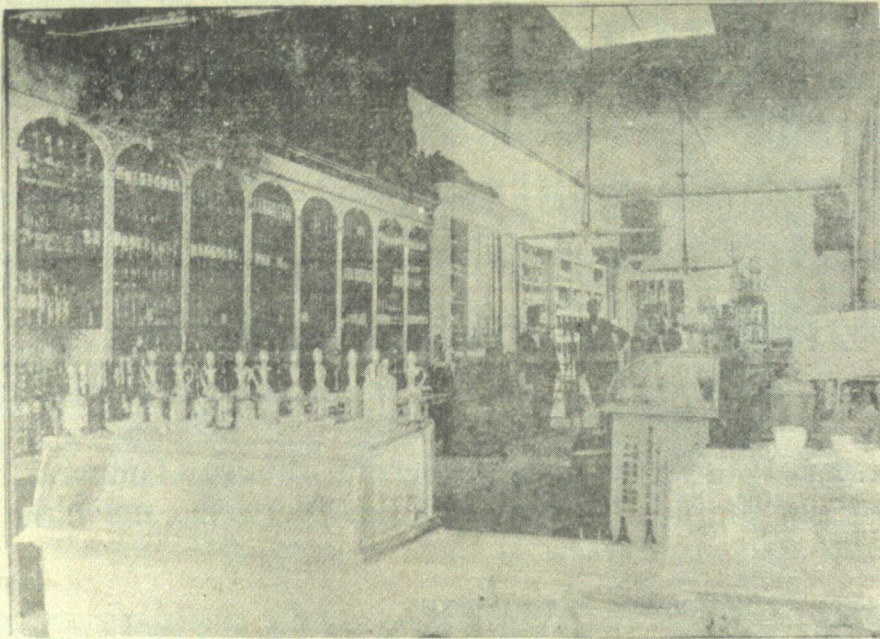
ESMERO Y PRONTITUD

En el despacho y empaque de pedidos.



PRECIOS EQUITATIVOS





LA OTRA CASA

Gradillas á San Jacinto, N. 17

La casa mejor surtida de Viveres
Y LICORES FINOS

Especialidad en vinos generosos
propios para enfermos.

Gran vino de consagrar con sus
certificados.

Espléndido surtido de porcelana,
cristalería y cuchillería.

TODO GARANTIZADO
TELEFONO VIEJO N. 153 ENVIO A DOMICILIO

Lizarraga & Fleury.

QUINCALLA MUÑOZ

PERFUMERIA

OBJETOS DE FANTASIA

FERRETERIA - LAMPARAS BELGAS

GRAN SURTIDO DE JUGUETES BARATISIMOS
DE OCASION PARA LOS PAPÁS



LA ESMERALDA

JOYERIA

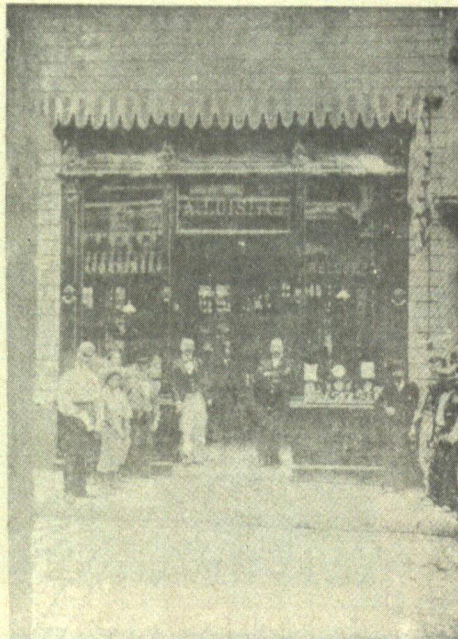
Sociedad á Gradillas, N° 15

A. LUISI & Ca.

Garantizan todas sus joyas como
que son importadas de las mejo-
res fábricas europeas.

CARACAS

Avenida Sur — Número 15



LA ESMERALDA

RELOJERIA

Sociedad á Gradillas, N° 15

A. LUISI & Ca.

Atención especial en venta de
brillantes pues la casa se esmera
en no vender ninguno defectuoso.

CARACAS

Avenida Sur -- Número 15

